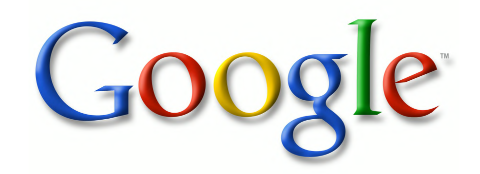
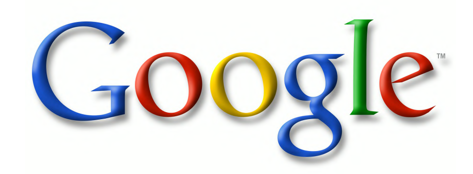
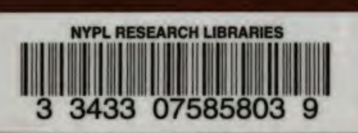
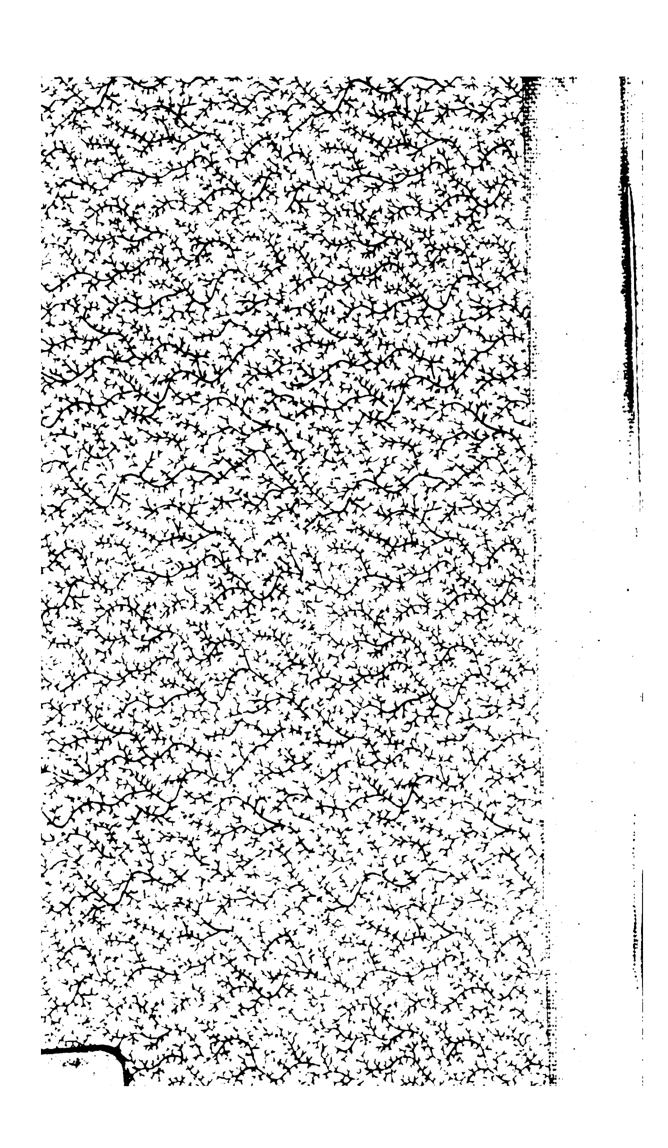
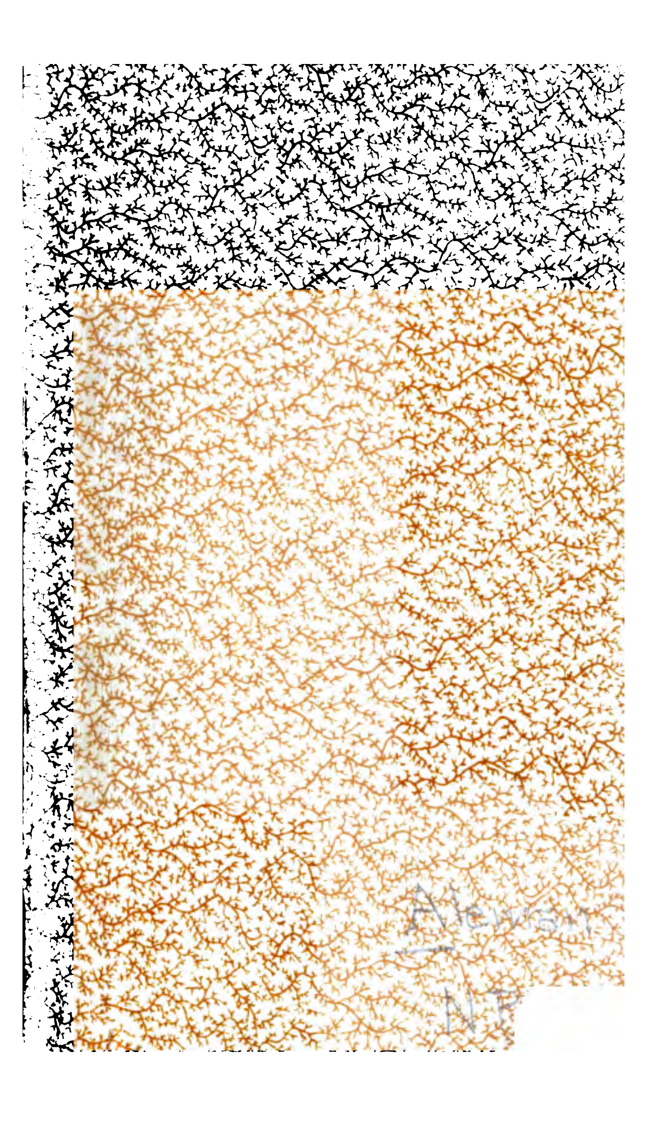



Google



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07585803 9




Alewan
NP

VIDA Y HECHOS

DE GUZMAN

DE ALFARACHE.

Se vende en las librerías de Cormon y Blanc.

En { LYON, calle Sala, nº 30;
PARIS, calle Montmartre, nº 167.

VIDA Y HECHOS

DEL PÍCARO

GUZMAN

de alfarache,

ó

ATALAYA DE LA VIDA HUMANA,

POR MATEO ALEMAN,

CRIADO DEL REY.

TOMO II.

PARIS,

LIBRERÍA DE CORMON Y BLANC.

1826.

VIDA Y HECHOS

DE GUZMAN

DE ALFARACHE.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO I.

Como Guzman de Alfarache, vistiéndose muy galan en Toledo, trató amores con unas damas. Cuenta lo que pasó con ellas, y las burlas que le hiciéron, y despues en Malagon.

SUELEN decir vulgarmente, que aunque vistan á la mona de seda, mona se queda: esta es en tanto grado verdad infalible, que no padece excepcion. Bien podrá uno vestirse de buen hábito, pero no por él mudar el malo que tiene: podria entretener y engañar con el vestido, mas el mismo fuera, desnudo. Presto me pondré galan, y en breve volveré á ganapan, que el que no sabe con sudor ganar, fácilmente se viene á perder, como lo verás adelante. Lo primero que hice á la mañana, fué

reformarme de jubon, zapatos y sombrero; al cuello del ferreruelo le hice quitar el tafetan que tenia y echar otro de otro color: trastejé la ropilla de botones nuevos, quité las mangas de paño, y púselas de buen tafetan, con que á poca costa lo desconocí todo, con temor que por mis pecados ó desgracia, no cayera en algun lazo donde viniera á pagar lo de antaño y lo de ogaño, que buscando al mozuelo, no me vieran sus vestidos, y achacándome haberle muerto para robarle, me lo pidieran por nuevo, y que diera cuenta de él. Asi anduve dos dias por la ciudad, procurando saber donde, ó en que lugar hubiese compañías de soldados: no supo alguno darme nueva cierta, andábame azotando el aire. Al pasar por Zocodover aunque le atravesaba pocas veces y con miedo, y si salia de la posada, era mal y tarde, no durmiendo tres noches en una, por no ser espiado si fuera conocido, veo atravesar de camino en una mula un gentilhombre para la corte, tan bien aderezado, que me dejó envidioso. Llevaba un calzon de terciopelo morado, acuchillado largo en escaramuza y aforrado en tela de plata, el jubon de tela de oro, coleto de ante, con un bravato pasamano Milanes, casi de tres dedos en ancho; el sombrero muy galan, bordado y bien aderezado de plumas, un trencillo de piezas de oro esmaltadas de negro, y en cuerpo. Llevaba en el portamanteo un ca-

pote, á lo que me pareció, de raja, ó paño morado, su pasamano de oro á la redonda, como el del coleto y calzones. El vestido del hombre me puso codicia, y como el dinero no se ganó á cabar, haciame cocos desde la bolsa; no me lo sufrió el corazon. Á buena fe, le dije, si gana teneis de danzar yo os haré el son; y si no quereis andar de gana conmigo, yo la tengo peor de traeros acuestas: cumpliréos ese deseo satisfaciendo el mio bien presto y que no tarde. Fuíme de allí á la tienda de un mercader; saqué todo recaudo; llamé á un oficial; corté un vestido; díle tanta priesa, que ni fué, como dicen, oido, ni visto; porque en tres dias me embasáron en él, salvo, que por no hallar buen ante para el coleto, le hice de raso morado, guarnecido con trencillas de oro; púseme de liga pajada, con un rapacejo, y puntas de oro, á lo de cristo me lleve, todo muy á la órden. Asentábame con el rostro que no habia mas que pedir; y en realidad de verdad, tuve cuando mozuelo buena cara. Viéndome tan galan soldado, dí ciertas pavonadas por Toledo en buena estofa, y figura de hijo de algun hombre principal. Tambien recibí luego un page bien tratado, que me acompañase; acerté con un ladino en la tierra; parecióme viéndome entronizado y bien vestido, que mi padre era vivo, y que yo estaba restituido al tiempo de sus prosperidades; andaba

tan contento, que quisiera de noche no desnudarme, y de dia no dejar calle por pasear, para que todos me vieran, pero que no me conocieran. Amaneció el domingo, púseme de ostentacion, y dí de golpe con mi lozanía en la iglesia Mayor para oir misa, aunque sospecho que mas me llevó la gana de ser mirado. Paséela toda tres ó cuatro veces; visité las capillas donde acudia mas gente, hasta que vine á parar entre los dos coros, donde estaban muchas damas y galanes; pero yo me figuré que era el rey de los gallos, y el que llevaba la gala; y como pastor lozano, hice plaza de todo el vestido, deseando que me vieran y enseñar aun hasta las cintas, que eran del Tudesco; estiréme de cuello, comencé á hinchar la barriga, y atiesar las piernas : tanto me desvanecia, que de mis visages y meneos todos tenian que notar, burlándose de mi necedad; mas como me miraban, yo no miraba en ello, ni echaba de ver mis faltas, que era de lo que los otros formaban risas, antes me pareció que los admiraba mi curiosidad y gallardía. De cuanto á los hombres no se me ofrece mas que decirte; pero con las damas me pasó un donoso caso digno por cierto de los tan bobos como yo; y fué que dos de las que allí estaban, la una de ellas natural de aquella ciudad, y hermosa por todo extremo, puso los ojos en mí, ó por mejor decir en mi dinero, creyendo que

le tenia quien tan bien vestido estaba; mas por entonces no reparé en ello, ni la ví, á causa que me habia cebado en otra que á otro lado estaba, á la cual, como le hice algunas señas á lo niño, rióse de mí á lo taimado. Parecióme que aquello bastaria y que lo tenia negociado: fuí perseverando en mi ignorancia, y ella en sus astucias, hasta que saliendo de la iglesia se fué á su casa, y yo en su seguimiento poco á poco; íbale por el camino diciendo algunos disparates: tal era ella que (cual si fuera de piedra) no respondió, ni hizo sentimiento, pero no por eso dejaba de cuando en cuando de volver la cabeza, dándome cara con que me abrasaba vivo. Así llegámos á una calle, junto á la Solana de San Cebrian donde vivia, y al entrar en su casa, me pareció haberme hecho una reverencia y cortesía con la cabeza, los ojos algo risueños, y el rostro alegre. Con esto la dejé y me volví á mi posada por los mismos pasos; y á muy pocos andados, vi estar una moza reparada en una esquina, cubierta con el manto, que casi no se le veian los ojos, la cual me habia seguido; y sacando solamente los dos deditos de la mano, me llamó con ellos y con la cabeza. Llegué á ver lo que mandaba, hízome un largo parlamento, diciendo ser criada de cierta señora casada muy principal, á quien estaba obligado á agradecer la voluntad que me tenia, tanto por esto cuanto

por su calidad y buenos deudos que gustaria le dijese donde vivia, porque tenia cierto negocio para tratar conmigo. Ya no cabia de contento en el pellejo: no trocara mi buena suerte á la mejor que tuvo Alejandro Magno, pareciéndome que penaban por mí todas las damas. Asi le respondí á lo grave, con agradecimiento á la merced ofrecida, que cuando se sirviese de hacérmela, seria para mí muy grande. En esta conversacion poco á poco nos acercámos á mi posada: ella la reconoció y despidiéndonos, entréme á comer que era hora. Como yo no sabia quien fuera esta señora, ni nunca me pareciese haberla visto, no me puso tanta codicia el esperarla, como la otra deseos de verla: todo se me hacia tarde; fuíme á su calle, dí mas paseos, y vueltas que rocin de noria, y á buen rato de la tarde salió, como á hurto, á hablarme desde una ventana: pasámos algunas razones, y últimamente me dijo, que aquella noche me fuese á cenar con ella. Mandé á mi criado comprase un capon de leche, dos perdices y un conejo empanado, vino del Santo, pan el mejor que hallase, frutas y colacion para la postre y lo llevase. Despues de anochecido, pareciéndome hora, fuí al concierto; hízome un gran recibimiento de bueno: ya era hora de cenar, pedíle que mandase poner la mesa; mas ella buscando novedades, y entretenimientos lo dilataba. Metióme en un laberinto, co-

menzándome á decir que era doncella, de noble parte, y tenia un hermano travieso y mal acondicionado, el cual nunca entraba en casa mas de á comer y cenar, porque lo restante, dias y noches ocupaba en jugar y pasear. Estando en esta plática, ves aquí que llamáron con grandes golpes á la puerta. ¡Ay Dios! me dijo, perdida soy. Alborotóse mucho, con una turbacion fingida, de tal manera, que á otro mas diestro engañara con ella, y aunque ya la señora sabia el fin y los medios como todo habia de caminar, se mostró afligida de no saber que hacerse; y como si entonces le hubiera ocurrido aquel remedio, me mandó entrar en una tinaja sin agua, pero con alguna lama de haberla tenido y no bien limpia. Estaba puesta en el portal del patio, hizo lo que quiso, cubrióme con el tapador, y volviéndose á su estrado, entró el hermano, el cual viendo la humareda, dijo: Hermana, vos teneis algo de brava con este humo, y lloverse ha la casa; gana teneis que salga huyendo de ella. ¿Qué tenemos que cenar con tanta humareda? Entró en la cocina, y como viese nuestro aparato, salió diciendo: ¿Qué novedad es esta? ¿Cual de nosotros es el que se casa esta noche? ¿De cuando acá tenemos esto en casa? ¿Qué aderezo de banquete es este, ó para que convidados? ¿Esta seguridad tengo yo en vos? ¿Esta es la honra que sustento, y dais á vuestros padres

y desdichado hermano! La verdad he de saber, ó todo ha de acabar en mal esta noche. Ella le dió no sé que descargos, que con el miedo y estar cubierto, no pude bien oir, ni entender mas de que daba voces, y haciendo del enojado, le mandó sentar á la mesa, y habiendo cenado, él por su persona bajó con una vela, miró la casa, y echó la aldaba á la puerta de la calle, y entrándose los dos en unos aposentos, se quedáron dentro, y yo en la tinaja. Á todo esto estuve muy atento y devoto; de suerte que no me quedó oracion de las que sabia que no rezase porque Dios le cegara, y no mirara donde estaba. Viéndome ya fuera de peligro, apartando la tapadera, saqué poquito á poco la cabeza, mirando si la señora venia, si tosia ó escupia; y si el gato se meneaba, ó cualquiera cosa, todo se me antojaba que era ella; mas viendo que tardaba, y la casa estaba muy sosegada, salí del vientre de mi tinaja cual otro Jonas del de la ballena, no muy limpio: mas fué mi buena suerte, que con el temor de malas cosas que suelen suceder, y mas á muchachos, guardaba el buen vestido para de dia, valiéndome por las noches del viejo, que antes habia comprado, y asi no me dió cuidado, ni pena. Dí vueltas por la casa; lleguéme al aposento, comencé á rascar la puerta, y en el suelo con el dedo, para que me oyera: era mal sordo, y no me quiso oir. Asi se fué la noche

en claro : cuando vi que amanecia, lleno de cólera, triste, desesperado y frio, abrí la puerta de la calle, y dejándola emparejada, salí fuera como un loco, echando mantas, y no de lana; haciendo cruces á las esquinas, con determinacion de nunca volvérselas á cruzar. Pensando en mis desdichas llegué al Ayuntamiento, y junto á él tenian abierta la puerta de la pastelería; hartéme de pasteles pícaros como yo, por serme de mejor sabor : con ellos pasé al estómago el corage, que me ahogaba en la garganta : mi posada estaba cerca, llamé y abrióme mi criado que me aguardaba; desnudéme, y metíme en la cama. Con el resto del enojo no podia tener sosiego ni cuajar sueño : ya me culpaba á mí mismo, ya á la dama, ya mi mala fortuna; y estando en esto, siendo de dia claro, ves aquí que llaman á mi aposento : era la moza que me habia seguido el dia pasado, y venia su ama con ella; sentóse á la cabecera en una silla, y la criada en el suelo junto á la puerta. La señora me pidió larga cuenta de mi vida, quien era, y á que venia, y que tiempo tardaria en aquella ciudad; mas yo todo era mentira, nunca le dije verdad; y pensándola engañar, me cogió en la ratonera; fuíle satisfaciendo á sus palabras, y perdí la cuenta en lo que mas importaba; pues debiéndole decir que allí habia de residir de asiento algunos meses, le dije que iba de paso:

ella por no perder los dados, y que no debia de apetecer amores tan de repelon, quiso dármelo: comenzó á tender las redes en que cazarme; asi al descuido, con mucho cuidado, iba descubriendo sus galas, que eran buenas guarniciones de oro, y otras cosas que traia debajo de una saya entera de gorgoran de Italia; y sacando unos corales de la faltriquera, hizo como que jugaba con ellos, y de allí á poco fingió, que le faltaba un relicario que tenia engarzado en ellos. Afligióse mucho diciendo ser de su marido; y con esto se levantó como que le importaba volverse luego á su casa, por si allá se le hubiera quedado, buscarle con tiempo; y aunque le prometí dar otro, y le dije muchas cosas, y ofrecí promesas, no pude recabar con ella que mas se esperase. Asi se fué, dándome la palabra de venir otra vez á visitarme, y enviar á su criada en llegando á casa, para darme aviso si habia parecido la joya; yo quedé tristísimo que asi se hubiese ido, por ser como dije, en extremo hermosa, bizarra, y discreta: yo tenia gana de dormir, dejéme llevar del sueño, mas no pude continuarle dos horas. Como ya tenia cuidados, levantéme á solicitarlos; en cuanto me vestí se hizo hora de comer, y estando á la mesa, entró la criada, la cual como diestra, me entretuvo hasta que hubiera comido, y díjome que volvia, por si por ventura jugando su ama con el rosario, se

le hubiese allí caido la pieza; todos la buscámos, mas no pareció porque no faltaba. Encarecióme que no sentia tanto su valor, como el ser cuya era: figuróme el tamaño y la hechura, obligándome con buenas palabras á que le comprase otra de mi dinero, prometiéndome que el dia siguiente al amanecer seria conmigo su señora, porque saldria en achaque de ir á cierta romería. Asi me fuí con ella á los plateros, y le compré un librito de oro muy galano, el cual la moza escogió, y ya el ama le habria echado el ojo: con él se quedáron, que nunca supe mas de ama, ni moza; ya eran las tres de la tarde, y el pan en el cuerpo no se me cocia, deseando saber la ocasion de la noche pasada, y si habia sido burla; y olvidado de la injuria, volvíme á mi paseo. Estaba la señora el rostro como triste, y que me esperaba: llamóme con la mano poniendo un dedo en la boca, y volviendo atras la cara, como si hubiera alguno á quien temer, y llegándose á la puerta dijo que me adelantase hácia la iglesia mayor: hícelo asi, ella tomó su manto, y llegámos entrambos casi á un tiempo; atravesó por entre los dos coros, y salió á la calle de la Chapinería, guiñándome de ojo que la siguiera. Fuíme tras ella, entróse en la tienda de un mercader en el Alcaná, y yo con ella: dióme allí satisfaciones, haciendo mil juramentos, no haber tenido culpa, ni haber sido en su mano

lo pasado. Hinchóme la cabeza de viento; creíle sus mentiras bien compuestas; prometióme que aquella noche lo enmendaria, y aunque aventurase perder la vida, la arriesgaria por mi contento. Rindióme tanto, que pudiera amasarme como cera: compró algunas cosas, que montáron como ciento y cincuenta reales, y al tiempo de la paga, dijo al mercader: ¿cuanto tengo de dar de esta deuda cada semana? El respondió: Señora, no las doy por ese precio, ni vendo fiado; si Vm. trae dineros llevará lo que ha comprado, y si no perdone. Yo le dije: Señor, esta señora se burla, que dineros tiene con que pagarlo; yo tengo su bolsa, y soy su mayordomo: asi sacando de la faltriquera unos escudos, por hacer grandeza con ellos, tambien saqué mi barba de vergüenza, y á la dama de deuda. Al punto se me representó haber sido estratagema para pagarse adelantado, y no quedarse burlada como acontece con algunos; y no me pesó de lo hecho, pareciéndome que con mi buen proceder la tenia obligada, y no diera mis dos empleos de aquel dia en las dos damas; por Méjico y el Perú. Asi le pregunté, ¿si su promesa seria cierta, y á que hora? asegurómela sin duda para las diez de la noche. Ella se fué á su casa, y yo á entretener el dia, pareciéndome tener los dos lances en el puño. Á la hora del concierto me puse mi vestidillo, y volví á la tahona; hice la seña concertada,

que fué dar unos golpes con una piedra por debajo de su ventana, mas fué como darlos en la puente de Alcántara. Parecióme quizá no seria hora, ó no podia mas; esperé otro poco, y asi me estuve hasta las doce de la noche, haciendo señas á tiempos, mas hablad con San Juan de los Reyes que es de piedra. Era cansarse en vano, y burlería, que el que decia ser su hermano era su galan, y se sustentaban con aquellos embelecos, estando de concierto los dos para cuanto hacian. Eran Cordobeses, bien tratadas las personas; y entre los mas tordos nuevos que habian cazado, era un mancebito escribanito, recien casado. que picado de la señora, le habia dado ciertas joyuelas, y como á mí, le llevaba en largas, haciéndole esperar, pechar, y despechar; mas cuando él conoció ser bellaquería, determinó vengarse. Aquella noche yo estaba ya cansado de aguardar, como lo has oido, y cuando me queria ir, ves aquí veo venir un gran tropel de gente; adelantéme pareciéndome justicia, y sentí que llamáron á la misma puerta: volví acercándome un poco, por ver que buscaba la turba multa, y un corchete diciendo quien eran hizo que abriesen. Cuando entráron me llegué á la puerta, el alguacil miró toda la casa, y no halló cosa de lo que buscaba. Yo quise decir: miren las tinajas, y echar á huir; á mi fe, que ya el escribanito sabia si estaban empegadas, que cuidado

tuvo en hacerlas mirar; mas como estas cosas no pueden tanto encubrirse, que si se repara en ellas, no se conozcan fácilmente, no faltó quien vió en el suelo un puño postizo que al tiempo de esconder la ropa del hermano se quedó allí; y como se hacia el oficio entre amigos, dijo un corchete : Aun este puño dueño tiene. La dama lo quiso encubrir, pero entretanto volviéron á dar vuelta con mas cuidado; y pareciéndole al alguacil, que en un cofre grande que allí estaba pudiera caber un hombre, le hizo abrir, donde halláron al galan; vistiéronse los dos, y de conformidad los lleváron á la cárcel. Yo quedé tan contento, cuanto corrido; contento de que no me hubiesen hallado dentro; y corrido de las burlas que me habian hecho. Todo lo restante de la noche no pude reposar, pensando en ello, y en la otra señora que aguardaba, creyendo desquitarme con ella : figurábala, entre mí, muger de otra calidad y término. Todo aquel dia la esperé, pero ni aun siquiera un recado me envió, ni supe donde vivia, ni quien era. Ves aquí mis dos buenos empleos, y si me hubiera sido mejor comprar cincuenta borregos. Estaba desesperado, y para consuelo de mis trabajos, á la noche cuando fuí á mi posada hallé un alguacil forastero, preguntando por no sé que persona; ya ves lo que pude sentir. Díjele á mi criado que me esperase hasta la mañana; salí por la

puerta del Cambron, donde pensando y paseando, pasé casi hasta el dia haciendo mis discursos, que podia querer ó buscar aquel alguacil, mas como amaneciese, parecióme hora segura para ir á casa y mudar de vestido y posada: aseguré mi congoja, porque no era yo á quien buscaba segun me dijéron, Salí á la plaza de Zocodover; pregonaban dos mulas para Almagro; mas tardé en oirlo que en concertarme, y salir de Toledo; porque allí todo me parecia tener olor de esparto y suela de zapato. Aquella noche la tuve en Orgaz, y en Malagon la siguiente; pero con el sobresalto de que las noches antes no habia podido reposar, llegué tan dormido que á pedazos me caia, como dicen; mas dispertóme otro nuevo cuidado, y fué, que entrando en la posada, se llegó á tomar la ropa una mozuela mas que criada, y menos que hija, de bonito talle, graciosa y decidora, cual para el crédito de tales casas las buscan los dueños de ellas. Habléle, y respondió bien; fuímos adelantando la conversacion de suerte que concertó conmigo de hablarme, cuando sus amos durmiesen. Puso la mesa; dile una pechuga de un capon; brindéle, hizo la razon; quise asirla de un brazo, desvióse; yo por allegarla y ella por huir, caí de lado en el suelo: era la silla de costillas, cogióme en medio, de que recibí un mal golpe; y sucediera peor, porque se me cayó la daga desnuda de la cinta, y dan-

do con el pomo en el suelo, quedó arriba la punta, y se hincó por un brazo de la silla, que fué milagro no matarme, y concluyendo conmigo, dejara pagados mis acreedores. Volvíle á preguntar si esperaria: Díjome, que si falta hubiese yo lo veria y otras algunas chocarrerías con que se despidió de mí. Las noches ántes ya te dije lo mal que pasáron: tal estaba, que fué imposible resistirme, pero tuve deseo de madrugar aunque nunca durmiera; y asi, mandé á mis criados tomasen paja y cebada para el pienso de mañana, y le metiesen en mi aposento; lo cual hecho, y habiéndolo puesto junto á la puerta, me la dejáron emparejada, y se fuéron á dormir: aunque me ejecutaba el sueño, la codicia me desvelaba; y no valiendo mi resistencia, me puse en manos del ejecutor, durmiendo como dicen, á media rienda. Ves aquí despues de la media noche se soltó una borrica de la caballeriza, ó bien si era de huésped, y andaba en fiado por la casa; ella se llegó á mi aposento, y habiendo olido la cebada, metió lo cabeza para alcanzar algun bocado, y en llegando al harnero meneóle, y procurando entrar, sonó la puerta: yo que estaba muy cuidadoso, poco bastaba para recordarme; ya pensé que tenia los toros en el coso; estaba todavía soñoliento. parecióme que no acertaba con la cama, púseme sentado en ella, y llaméla. Como la borrica me sintió, temió, y

estúvose queda, salvo que metió una mano en el esporton de la paja; yo creyendo que fuese la señora, y que tropesaba en él, salté de la cama, diciendo: Entra mi vida, daca la mano; alargué todo el cuerpo para que me la diese; toquéla con la rodilla el hocico, alzó la cabeza, dándome con ella en los mios una gran cabezada y fuese huyendo, que si allí se quedara, no fuera mucho con el dolor meterle una daga en las entrañas. Salióme mucha sangre de la boca y narices, dando al diablo el amor y sus enredos: conocí que todo me estaba bien empleado, pues como simple rapaz era fácil en creer; atranqué mi puerta, y volvíme á la cama.



CAPÍTULO II.

Como Guzman de Alfarache, llegando á Almagro, sentó plaza de soldado en una compañía. Refiérese de donde vino la mala voz: *En Malagon en cada casa un ladron, y en la del alcalde hijo y padre.*

COMO si el amor no fuese deseo de inmoralidad, causado en un ánimo ocioso, sin principio de razon, sin sujecion á ley, que se toma por voluntad sin poderse dejar con ella; fácil de entrar al corazon y dificultoso de salir de él, asi juré de no seguir su compañía. Estaba dormido, no supe lo que dije; tal era mi sueño entonces, que con todo mi dolor no habia bien recordado: con esto no pude madrugar; quedéme en la cama hasta las nueve del dia. Entró á estas horas la muy tal y cual, á darme satisfacciones de meson, que sus amos la encerráron, aunque bien creí que lo hizo de bellaca, y mentia; y asi le dije: Vuestros amores hermana Lucia, mal enojado me han, comenzáron por silla, y acabáron en albarda. No me la volveréis á echar otra vez, aderezadnos de almorzar que me quiero ir: asáron dos perdices y un torrezno, que sirvió de almuerzo y

comida, por ser tarde y la jornada corta. Ya me queria partir, las mulas estaban á punto, era la mia mohina de condicion y de mal proceder; quise subir en un poyo para de allí ponerme en ella, y al pasar por detras, creo que me debia de querer decir, que no lo hiciese, ó que me quitase de allí; y como no supo hablar mi lengua, para que la entendiese, alzando las piernas, y dándome dos coces, me arrojó buen rato de sí: no me hizo mal, porque alcanzó de cerza, y con los corbejones; aun esto mas me estaba guardado. Dije algo levantada la voz: no hay hembra que en esta posada no tenga cobrado resabio, aun hasta la mula: subí en ella, y por el camino (visto las desgracias que habia tenido) les fuí contando á mis criados lo de la burra; riéronse mucho de ello, y mas de mi poco entendimiento, en fiar de moza de venta, que no tiene mas del primer tiempo. Teníamos andadas dos largas leguas, y el mozo de á pie quiso beber; daca la bota, toma la bota, la bota no parece, que nos la dejamos olvidada; aun si por el retozo, dijo el mozo, hizo la señora presa en ella, porque no la trajésemos algo de balde. Mi page respondió: Antes me parece que nos la hurtáron, por sacar adelante la fama de este pueblo. Entonces tuve deseo de saber que orígen tuvo aquella mala voz; y como los que andan siempre traginando de una en otra parte, oyen tratar de semejantes

cosas á varias personas, me pareció que podia preguntárselo á mi mozo de á pie; y le dije: ¿Hermano Andres, pues fuísteis estudiante, y carretero, y ahora mozo de mulas, no me diréis, si habeis oido, de donde se le quedó á este pueblo la opinion que tiene, y por que se dijo: *En Malagon en cada casa hay un ladron y en la del alcalde hijo y padre!* El mozo respondió, diciendo: Señor, Vm. me pregunta una cosa, que muchas veces me han dicho de muchas maneras, y cada uno de la suya; pero si he de referirlas, es el camino corto, y el cuento largo, y grande la gana de beber, que no puedo con la sed formar palabra; mas vaya como pudiere y supiere, dejando á parte lo que no tiene color ni sombra de verdad, y conformándome con la opinion de algunos á quien lo oí, de cuyo parecer fio el mio, por ser mas llegado á la razon, que en lo que no la tenemos natural, ni por tradicion de escritos, cuando tiene sepultadas las cosas el tiempo, el buen juicio es la ley con quien habemos de conformarnos; y asi, esto tiene orígen, que corre de muy lejos, en esta manera:

En el año del señor de mil doscientos treinta y seis, reinando en Castilla y Leon el Rey Don Fernando el santo, que ganó Sevilla, el segundo año despues de fallecido el Rey Don Alonso de Leon su padre, un dia estaba comiendo en Benavente, y tuvo nueva que los

cristianos habian entrado en la ciudad de Córdoba, y estaban apoderados de las Torres y castillos del arrabal, que llaman Axarquia, con aquella puerta y muro, y que por ser los moros muchos y los cristianos pocos, estaban muy necesitados de socorro.

Este mismo despacho habian enviado á Don Alvar Perez de Castro, que estaba en Martos, y á Don Ordoño Álvarez, caballeros principales de Castilla, de mucho poder y fuerzas, y otras muchas personas, que les diesen su favor y ayuda. Cada uno de los que lo supiéron acudió al momento, y el rey se puso luego en el camino sin dilatarlo, no obstante que le diéron la nueva en veinte y ocho de enero, y el tiempo era muy trabajoso de nieves y frios. Nada se lo impidió, que partió al socorro, dejando dada órden que sus vasallos partiesen en su seguimiento, porque no llegáron á cien caballeros los que con él saliéron. Lo mismo envió á mandar á todas las ciudades, villas y lugares, enviasen su gente á esta frontera donde él iba; cargáron mucho las aguas, creciéron arroyos y rios, que no dejaban pasar la gente. Juntáronse en Malagon cantidad de soldados de diferentes partes, tantos, que con ser entonces lugar muy poblado, y de los mejores de su comarca, para cada casa hubo un soldado, y en algunas á dos y tres. El alcalde hospedó al capitan de

una compañia, y á un hijo suyo, que traia por alférez de ella. Los mantenimientos faltaban, el camino se traginaba mal, padecíase necesidad, y cada uno buscaba su vida robando á quien hallaba que, un labrador gracioso, del propio lugar, salió de allí camino de Toledo, y encontrándose con una escuadra de caballeros, le preguntáron de donde era: respondió, que de Malagon: volviéronle á decir, ¿qué hay por allá de nuevo? Y dijo: Señores, lo que hay de nuevo en Malagon, es en cada casa un ladron, y en la del alcalde quedan hijo y padre. Este fué el orígen verdadero de la falsa fama que le ponen, por no saber el fundamento de ella; y es injuria notoria en nuestro tiempo, porque en todo este camino dudo se haga otro mejor hospedage, ni de gente mas comedida, cada una en su trato. Tambien podré decir, que habemos visto en él hurtos calificàdos de mucha importancia. En esto íbamos tratando por alivio del camino, cuando de un caminante supe, que en Almagro estaba una compañía de soldados: certificóme de ello, y alegréme grandemente, que solo eso buscaba para salir de congoja. En llegando á la villa, luego á la entrada de ella ví en la calle real en una ventana una bandera: pasé adelante, y fuíme á posar á uno de los mesones de la plaza; donde cené temprano, yendo luego á dormir, para restaurar algo de tantas malas no-

ches pasadas. El Mesonero, y huéspedes, viéndome llegar bien aderezado y servido, preguntaban á mis criados quien era, y como no sabian otra cosa mas de lo que me habian oido, respondian, que me llamaba Don Juan de Guzman, hijo de un caballero principal de la casa de Toral. Á la mañana temprano mi page me dió de vestir, compuse mis galas, y oida una misa, fuí á visitar al capitan, diciéndole, como venia en su busca para servirle. Recibióme con mucha cortesía, el rostro alegre, y lo merecia muy bien el mio, vestido y dineros que llevaba, que serian poco mas de mil reales, porque los otros habian tomado vuelo, é hiciéron el del cuervo, en vestidos, amores y caminos. Asentóme en su escuadra, y á su mesa, tratándome siempre con mucha crianza; y en remuneracion de ello le comencé á regalar y servir, echando de la mano como un principe, cual si tuviera para cada martes orejas, ó si como en cada lugar habia de hallar otro Especiero, otro rio y otro bosque en donde poder ensotarme tan sin miedo, y con tanta prodigalidad lo despedia y arrojaba en dos á siete, y en tres á once; visitaba tan á menudo las tablas de la bandera, que ya, ganando pocas veces, y perdiendo muchas me adelgazaba. Con esto me entretuve, hasta que comenzámos á marchar, que para socorrer la compañía nos metiéron en la iglesia; de allí fuímos uno

á uno saliendo, y cuando á mí me llamáron, y el pagador me vió; parecíle muy mozo; no se atrevió á pasar mi plaza, conforme á la instruccion que llevaba. Encolericéme en gran manera; tanto me encendí, que casi me descompuse á querer decir algunas libertades, que despues me pesara, pues con ello quedaba obligado á mas de lo que era lícito. ¡Ó lo que hacen los buenos vestidos! Yo me conocí un tiempo, que me mataban á coces y pescozones, y de ellos traia tuerta la cabeza; callaba y sufria, y ahora estimé por el cielo, lo que no pesaba una paja, encendiéndome en cólera rabiosa. Entonces experimenté que no embriaga tanto el vino al hombre, cuanto el primer movimiento de la ira, pues le ciega el entendimiento, sin dejarle luz de razon; y si aquel calor no se pasase presto, no sé cual ferocidad, ó brutalidad pudiera parangonizarse con la nuestra. Pasóseme aquel incendio subito, y reportado un poco, le dije: Señor pagador, la edad poca es, pero el ánimo mucho: el corazon manda, y sabrá regir el brazo la espada, que sangre hay en él para suplir cosas muy graves. Él me respondió con mucha cordura: Es ási, señor soldado, y lo tal creo con mas veras de lo que se me puede decir, mas la órden que traygo es esta, y en excediendo de ella, lo pagaré de mi bolsa. No tuve que responder á sus buena palabras, aunque los colores que me

sacó el enojo al rostro, no se me pudiéron quitar tan presto. Al capitan pesó mucho de este agravio; recibióle como propio; en quitarle mi plaza, creyó que luego dejara su compañía, y vuelto contra el pagador, se alargó con él, de manera que á no ser tan compuesto en sufrir, se levantara entonces algun grande alboroto. Sosegóse la pendencia, y el socorro hecho, el capitan vino á visitarme á la posada, diciéndome con término bizarro lo que sentia mi pesadumbre; y con palabras y promesas honrosas, me dejó contento á toda satisfaccion. Tal fuerza tiene la elocuencia, que como los caballos dejan gobernarse de los buenos frenos, asi las iras de los hombres y las razones comedidas son poderosas á trocar las voluntades, mudando los ánimos ya determinados, reduciéndolos fácilmente. Aunque yo estuviera resuelto en dejarle, su oracion me persuadiera en quedarme. Estuvímos en la conversacion buen rato; y si va á decir verdades, murmurámos de la corta mano de los hombres valerosos, y cuan abatida estaba la milicia, qué poco se remuneraban servicios, que poca verdad informaban de ellos algunos ministros, por sus propios intereses; como se yerran las cosas, porque no se camina derechamente al buen fin de ellas, antes al provecho particular que á cada uno le sigue; y porque aquel sabe que el otro, aunque con buen

zelo, gobierna y guia; le tuerce y desbarata, temiendo sus enredos, por alcanzar á ser él solo dueño; y por el mismo caso buscará mil rodeos, arcaduces; y aliándose con sus enemigos, lo es de sus amigos, porque venga á parar á su puerta la danza, puestos los ojos á su mejor fortuna. Quiere ser semejante al Altísimo, y poner su silla en el aquilon, y que otro no la tenga. Llevan los tales la voz en el servicio de su rey, pero las obras enderezadas, para sí; como el trabajador que levanta los brazos al cielo, y da con el golpe del azadon en el suelo. Ordenan guerras, rompen paces, faltando á sus obligaciones, destruyendo la república, robando las haciendas, y al fin infernando las almas. ¿Cuantas cosas se han errado: cuantas fuerzas perdido: cuantos ejércitos desbaratado; de que culpan al que no lo merece, y solo se causa porque lo quieren ellos? que aquel mal ha de ser su bien, y si sucediere bien, resultara mal para ellos, asi va todo, y asi se pone de lodo. Quiere Vm. ver á lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas, los colores lo que alienta y pone fuerzas á un soldado, para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas; en viéndonos con ellas, somos ultrajados en España, y les parece que debemos andar como solicitadores, ó hechos estudiantes capigorristas enlutados, y

con gualdrapas, envueltos en trapos negros. Ya estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre Español, que otro tiempo peleaba, y con la reputacion temblaba de él todo el mundo, ya por nuestros pecados la tenemos casi perdida: estamos tan fallidos, que aun con las fuerzas no bastamos; pues los que fuímos, somos, y seremos. Dé Dios conocimiento de estas cosas, y enmiende á quien las causa, yendo contra su rey, contra su ley, contra su patria y contra sí mismos. Ahora, señor Don Juan, el tiempo le doy por testigo de mi verdad y de los daños que causa la codicia; en la privanza de ella nace el odio, del odio la envidia, de la envidia disension, de la disension mal órden: infiera de allí adelante lo que podrá resultar: Vm. no se aflija, que ya marchamos á Italia; en Italia es otro mundo; y le doy mi palabra de hacerle dar una bandera, que aunque es menos de lo que merece, será principio para poder ser acrecentado. Agradecíselo mucho; despedímonos: él quisiera irse solo, yo porfiaba en acompañarle á su posada, no me lo consintió. Luego otro dia comenzó á marchar la compañía sin parar, hasta que nos acercámos á la costa; y el señor capitan á la mia, gastando largo. Estuvímos esperando que viniesen las galeras; tardáron casi tres meses, en los cuales y en lo pasado, la bolsa rendia,

y la renta faltaba. La continuacion del juego tambien me dió priesa; y asi me descompuse, no todo en un dia, sino de todo en los pasados. Yo quedé cual digan dueñas, pues vine á volverme al puesto con la caña. ¡Cuanto sentí entonces mis locuras! ¡Cuanto reñí á mí mismo! ¡Que de enmiendas propuse, cuando blanca para gastar no tuve! ¡Cuantas trazas daba para consolarme, cuando no sabia en que árbol arrimarme! ¿Quien me enamoró sin discrecion? ¿Quien me puso galan sin moderacion? ¿Quien me ensñó á gastar sin prudencia? ¿De qué sirvió ser largo en el juego, franco en el alojamiento, pródigo con mi capitan? Cuanto se halla trasero, quien ensilla muy delantero? ¿Cuanta torpeza es seguir deleites? De seso salia en ver mis disparates, que habiendome puesto en buen predicamento, no supe conservarme; ya por mis mocedades, ni era tenido, ni estimado. Los amigos que con la prosperidad tuve; la mesa franca del capitan y alferez; la escuadra en que me deseaban alistar, parece que el solano entró por ello, y lo abrasó : paso como saeta, corrió como rayo en abrir y cerrar de ojo. Como iba faltando el dinero de que disponer, me comenzáron á descomponer poco á poco, pieza por pieza; quedé degradado; fué el obispo de san Nicolas respetado el dia del santo, y yo hasta no tener moneda. Los que conmigo se honraban, los que me visitaban, los que

me entretenian, los que acudian á mis fiestas, y banquetes, apurada la bolsa, me diéron de mano; ninguno me trataba; nadie me conversaba; y no solo esto, mas ni me permitian los acompañase. Hedió el oloroso, fué mohino el alegre, deshonró el honrador, solo por quedar pobre: y como si fuera delito, me entregáron al brazo seglar; mi trato, mi conversacion era ya con mochilleros, y en eso vine á parar, y es justa justicia, que quien tal hace que así lo pague.

CAPÍTULO III.

De lo que á Guzman de Alfarache le sucedió sirviendo al capitan hasta llegar á Italia.

QUE agrio se me hizo de comenzar! ¡que pesado de pasar! ¡que triste de padecer nueva desventura! mas ya sabia de aquel menester, y en el habia traido los atabales á cuestas; presto me hice al trabajo, que es gran bien saber de todo, no fiando de bienes caducos, que cargan y vacian como las azacayas, tan presto como suben bajan. Con una cosa quedé consolado, que en el tiempo de mi prosperidad gané crédito para la adversidad; y no lo tuve por pequeña riqueza, habiendo de quedar pobre, dejar estampado en todos que era noble, por las obras que de mi conociéron. Mi capitan me estimó en algo, reconocido de las buenas que le hice, quiso y no pudo remediarme, porque aun á sí mismo no podia: conservóme á lo menos en aquel buen punto que de mí conoció, luego que me trató, teniendo respeto á quienes debian de ser mis padres. Necesitéme á desnudarme, poniendo altiveces á una parte; volví á vestirme la humildad, que con las galas olvidé, y con el dinero menosprecié, considerando que

no me asentaban bien, vanidad y necesidad. Que el poderoso se hinche, tiene de que y con que: mas que el necesitado se desvanezca, es camaleon, cuanto traga es aire sin substancia; y asi, aunque es aborrecible el rico vano, tanto es insufrible, y escandaloso el pobre soberbio. Vi que no lo podia sustentar, dí en servir al capitan mi señor, de quien poco antes habia sido compañero; hícelo con el cuidado que al cocinero: mandábame con encogimiento. considerando quien era, y que mis excesos, la niñez y mal gobierno de mocedad me habian desbaratado, hasta ponerme á servirle, y estaba seguro de mí no haria cosa, que desdijese de persona noble por ningun interes. Teníame por fiel, y por callado tanto como sufrido: hízome tesorero de su secreto, lo cual siempre le agradecí. Manifestóme su necesidad, y lo que pretendiendo habia gastado; el prolijo tiempo, y excesivo trabajo con que lo habia alcanzado; rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias, postrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano; el paso ligero, cursando los patios tardes y mañanas. Contóme, que saliendo de palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida, y se lo dió á entender, dilatándole muchos dias el despacho, haciéndole gastar y padecer. Líbrenos Dios cuando se jun-

tan poder y mala voluntad. Lastimosa cosa es que quiera un ídolo de estos tales particular adoracion, sin acordarse que es hombre representante, que sale con aquel oficio, ó con figura de él, y que se volverá presto á entrar en el vestuario del sepulcro á ser ceniza, como hijo de la tierra. Mira, hermano, que se acaba la farsa, y eres lo que yo, y todos somos unos. Asi se avientan algunos, como si en su vientre pudiesen sorber la mar, y se divierten como si fuesen eternos, y se intronizan, como si la muerte no los hubiese de humillar. Bendito sea Dios, que hay Dios: bendita sea su misericordia, que previno igual dia de justicia.

Mi capitan me lastimó con su pobreza, porque no sabia con que remediarla, y tanto cuanto un noble tiene mas necesidad, tanto se compadece de ella, mas el pobre que el rico. Algunas joyas tenia para poder vender, mas honrábase con ellas, y como estaba de partida para embarcarse donde las habia menester, hacíasele de mal deshacer lo mucho para remediar lo poco. En el tiempo que tardáron las galeras anduvímos por alojamientos. Con la confesion que mi amo me hizo, le entendí el fin para que me la hizo; díjele: Ya señor tengo noticia experimentada de lo que son buena ó mala suerte; prosperidad y adversidad; en mis pocos años he dado muchas vueltas; lo que en mí es tendré la lealtad que debo á mi se-

ñor, y á quien soy: Vm. se descuide, que arriesgaré mi vida en su servicio, dando trazas para que en tanto que mejor tiempo llegue, se pase lo presente con menos trabajo. Asi me encargué de mas de lo que mis fuerzas, ni el ingenio prometian. De allí adelante hacia de oficio cosas de admiracion: en cada alojamiento cogia una docena de boletas, que ninguna valia de doce reales abajo, y algunas hubo que contribuyéron cincuenta: mi entrada era franca en todas las posadas, sin estar en algunas segura de mis manos, ni el agua del pozo. Jamas dejó mi señor de tener gallina, pollo, capon ó palomino á comida y cena; y pernil de tocino entero cocido en vino, cada domingo: nunca para mi reservé cosa en los encuentros que hice siempre le acudí con todo el pio. Si en algun asalto me cautivaba el huésped, siendo poco, pasaba por niñería; y si de consideracion, el castigo era cogerme mi amo en presencia del que de mí se querellaba, y haciéndome maniatar, con un zapato de suela delgada me daba mucho zapateado; por ser hueco sonaba mucho, y no me dolian: algunas veces habia padrinos, y me las perdonaban; mas cuando faltasen, el castigo no era riguroso, ni levantaba roncha; y como sabia que me daban mas por cumplir, que con gana, sin haberme tocado al sayo levantaba el grito, que hundia la casa: de esta manera satisfaciamos, él con su

obligacion, y yo la necesidad, reparando la hambre, y sustentando la honra. Salíame por los caminos á tomar bagages, vendíales el favor, encareciendo á los dueños lo que me costaba volvérselos, pagándolo á dinero; los que nos daban en los lugares, rescataba los que podia, hacíalos escurridizos y decia que se huyéron. En las muestras y socorros metia cuatro, ó seis mozos acomodados del pueblo, pasábales las plazas, tal vez hubo, que metiendo uno en la iglesia, por cima del osario cinco veces, cobró cinco socorros; y para el postrero le puse un parche sobre las narices para desconocerle; y cada vez le trocaba el vestido, porque mi demasía no descubriera la trampa controvándome la flor. Con estas travesuras y otros embustes le valia mi persona tanto como cuatro conductas. Estimábame como á su vida, mas era gran gastador, y hacíasele poco.

Llegámos á Barcelona para embarcarnos; hallóse fatigado, sin moneda de rey, ni traza de buscarla, ni allí podian ser las mias de provecho; sentíle melancólico, triste y desganado: conocíle la enfermedad como médico que otras veces le habia curado de ella. Ofrecióseme de improviso su remedio. Llevaba no sé cuales joyuelas, y un Agnus Dei de oro muy rico; pensaba deshacerse de ello, y díjele: Señor, si de mí se puede hacer confianza, déme ese Agnus Dei, que le prometo volvérselo mejora-

do dentro de dos dias. Alegróse oyéndome; y, como haciendo burla, me dijo: ¿Cual embeleco tienes ya trazado, dí Guzmanillo? ¿Hay por ventura cuajadas algunas de las bellaquerías que sueles? Y porque sabia que se podia fiar de mi habilidad su provecho, y de mi secreto su honra, y que su joya estaba segura, sin rogárselo muchas veces me le dió, diciendo: Quiera Dios que me lo vuelvas, y como lo piensas te suceda: veslo aquí. Toméle, metíle en el pecho, guardado en una bolsilla, bien atada y amarrada en un ojal del jubon. Fuíme derecho en casa de un platero confeso, gran logrero, que allí habia; hícele larga relacion de mi persona, de la manera que vine á la compañía, y lo mucho que en ella en poco tiempo habia gastado, reservando para mayor necesidad una joya muy rica que tenia, que si me la pagase algo menos de su valor se la daria; pero que se informase primero de mí, quien era y mi calidad; y en sabiéndolo, sin decir para que lo preguntaba, teniendo bastante satisfaccion, se saliese á la marina, que allí le esperaba solo. El hombre, codicioso de la pieza, se informó del capitan, oficiales y soldados, hallando la relacion que le pareció bastante. Contestáron todos una misma cosa, ser hijo de un caballero principal, noble y rico que deseoso de pasar á Italia, vine con dos criados muy bien tratada mi persona y con

dineros, que todo lo desperdicié como mozo, quedando perdido cual me veia. El confeso salió donde le esperaba, y me contó lo que le habian dicho, y estaba satisfecho; que seguramente podia comprar de mí cualquiera cosa. Pidióme la joya para verla, que me la pagaria por lo que valiese: díjele que nos apartásemos á solas en parte secreta, y allí se la enseñaria. Fuímonos alargando un poco y donde me pareció lugar conveniente; metí la mano en el seño, y saqué el Agnus Dei de oro de cuyo precio estaba yo bien informado, como del que le habia pagado. Satisfízole al platero; crecióle la codicia de comprarle, porque demas que estaba bien obrado, tenia piedras de precio. Pedíle por él doscientos escudos, y era muy poco menos lo que bahia costado de lance. Comenzóle á deshacer, bajándole de punto; púsole cien faltas y ofrecióme mil reales á la primera palabra: resolvíme, que habian de ser ciento y cincuenta escudos, y los valia como un real; no queria bajar de allí. Sirva de aviso al que vende, que nunca baje el precio en que ha de dar la cosa, sino espere á que suba el comprador á lo que le puede llevar. Dímos y tomámos; mi hombre se puso en darme ciento y veinte escudos de oro; parecióme que de allí no subiria, y que bastaban para lo que yo pretendia; rematésele. Bien deseó no apartarse, ni dejarme sin tenerlo pagado, y que me fuese con él. Yo le dije:

Señor honrado, que buena sea su vida, por lo que aquí me aparté á solas fué con temor no me tomen este dinero, que tengo reservado para en llegando á Italia vestirme, y darme á conocer á deudos mios; y si algun soldado me ve ir con Vm. bien ha de sospechar que no es á comprar, sino á vender algo; y en sintiendo algunas blancas, como soy muchacho, me las han de quitar, y no me queda otro remedio. Vaya en buen hora, que aquí le espero; vengan los escudos, y llevará su joya, que le haga buen provecho, como deseo. Mi razon le cuadró; partió como un potro, de carrera, hasta la casa, por ellos. Yo habia dado aviso á un mi compañero de quien mi amo hacia confianza que me estuviese esperando, y en dándole una seña, llegase á mí secretamente. Púsose en acecho, y venido el platero, contóme los escudos en la palma de la mano; tenia la joya en la bolsa, hice por quererla desatar, y como estaba tan bien añudada, no pude. Tenia mi marchante colgada del cinto una caja de cuchillos, pedíle uno sin saber para que me le dió; corté la cinta con él, dejando asido el nudo al jubon como se estaba, y diséla con el Agnus Dei. El hombre se admiró, y dijo: ¿Para que habia hecho tal? Respondíle, que como no tenia carta ni papel en que dársela envuelta lo hice, que no importaba, que ya la bolsa era vieja, y no tenia de ella necesidad, porque

aquellos escudos habian de ir cosidos en una faja; él tomó su joya como se la dí, metióla en el seno, despedímonos y fuese: hice á mi compañero la seña, y en llegándo, díle los escudos, y aviséle que aguijase con ellos á casa, y dándoselos á mi señor, le dijese que yo iba luego. Asi me fuí siguiendo á mi platero, y aunque por ir á paso largo me llevaba ventaja, corrí tras él, hasta tener buena ocasion, como la esperaba. Al tiempo que emparejó con un corrillo de soldados, agarro de él con ambas manos dando voces: al ladron, al ladron, señores soldados, por amor de Dios, que me ha robado; no le suelten, ténganle, quítenle la joya, que me matará mi señor si voy sin ella, y me la hurtó, señores. Conocíanme los soldados, y como me oyéron, creyéron decia verdad; tuviéron al hombre, para saber que habia sido; y porque quien da voces tiene mas justicia, y vence las mas veces con ellas: yo daba tantas, que no le dejaba hablar, y si hablaba que no le oyesen, haciéndole el juego maña. Imploraba con grandes exclamaciones, las manos levantadas y juntas las rodillas en el suelo: Señores mios, que me matará el capitan mi señor, compadézcanse de mí. Dábales lástima mi tribulacion; preguntáron como habia sido: No le dejé hacer baza; quise ganar por la mano, acreditando mi mentira porque no encajase su verdad, que el oido del hombre, contrayendo

matrimonio de presente con la palabra primera que le dan, tarde la repudia, con ella se queda: son las demas concubinas, van de paso, no se asientan: díjele: esta mañana se déjó mi señor el Agnus Dei á la cabecera de la cama, mandóme que le guardase, púsele en la bolsa, metele en el seno, y estando con este buen hombre en la marina, le saqué, y se le enseñé; como era platero, preguntéle lo que valia: díjome, que era de cobre dorado, y las piedras vidrios, que si le queria vender: díjele que no, que era de mi amo: preguntóme; ¿y él venderále? Respondíle, no sé, dígaselo Vm. Con esto me llevó en palabras, preguntándome quien era, de donde venia y donde iba, hasta que nos vímos á solas; y sacando un cuchillo de aquella caja, me dijo, que callase, ó que me mataría. Sacóme del seno la joya, y como no la pudo desatar, cortóme la cinta y fuese: búsquenselo por un solo Dios. Viendo los soldados la bolsa cortada, miráron al platero, que estaba como muerto, sin saber que decir: sacáronle el Agnus Dei del seno, que le llevaba en la bolsa como yo le habia dado: Echaba maldiciones, y juramentos, que se le habia vendido, y que por mi mano, con aquel cuchillo corté la bolsa, y en ella se le dí, dándome por él ciento y veinte escudos de oro: no le creyéron, pareciéndoles, que ni él comprara de mí aquella pieza, pues habia de creer ser hur-

tada, y porque habiéndome mirado y rebuscado, no me halláron dineros; con esta prueba le maltratáron de obras y palabras, que no le valian las que decia, y se le quitáron por fuerza: fuése á quejar á la justicia; parecí presente, y referí el caso segun antes le habia dicho, sin faltar sílaba. Los testigos juráron lo que habian visto : púsose el negocio en términos que quisiéron castigarle, diéronle una fraterna y echáronle de allí, y á mí me mandáron que llevase á mi amo la joya. Fuíme á la posada y en presencia de toda la gente se la entregué.

La traicion aplace, y no el traidor que la hace : bien puede, obrando mal el malo, complacer á quien le ordena; pero no puede que en su pecho no le quede la maldad estampada y conocimiento de la bellaquería, para no fiarse de él en mas de aquello, que le puede aprovechar. Por entonces no le pesó á mi amo del hecho, mas dióle cuidado : hallábase bien con mis travesuras, temíase de ellas y de mí; con este rescoldo pasó hasta Génova, donde habiendo desembarcado, y teniendo de mi servicio poca necesidad, me dió cantonada. Son los malos como las víboras ó alacranes, que en sacando la sustancia de ellos, los echan en un muladar; solo se sustentan para conseguir con ellos el fin que se pretende, dejándolos despues para quien son. Á pocos dias llegados, me dijo: Mancebico, ya estais en Italia, vuestro servi-

cio me puede ser de poco fruto, y vuestras ocasiones traerme mucho daño : veis aquí para ayuda del cámino, partios luego donde quisiéredes. Dióme algunas monedas de poco valor, y unos reales Españoles, todo miseria, con que me fuí de con él. Iba la cabeza baja, considerando por la calle la fuerza de la virtud, que á ninguno dejó sin premio, ni se escapó el vicio sin castigo, y vituperio. Quisiera entonces decir à mi amo lo en que por él me habia puesto; las necesidades que le habia socorrido, de los trabajos que le habia sacado, y tan à mi costa todo; mas consideré, que de lo mismo me hacia cargo, apartándome por ello de sí como miembro cancerado. Viendo mi desgracia, y creyendo hallar allí mi parentela, me dió por todo poco, fuíme por la ciudad tomando lengua, que ni entendia ni sabia, con deseo de conocer y ser conocido.

CAPÍTULO IV.

Como no hallando Guzman de Alfarache los parientes que buscaba en Génova, se fué á Roma, y la burla que antes de partirse le hiciéron.

PARA los aduladores no hay rico necio, ni pobre discreto, porque tienen anteojos de larga vista, con que se representan las cosas mayores de lo que son; verdaderamente se pueden llamar polilla de la riqueza, y carcoma de la verdad. Reside la adulacion con el pobre, siendo su mayor enemigo; y la pobreza que no es hija del espiritu es madre del vituperio, infamia general, disposicion á todo mal, enemigo del hombre, lepra congojosa, camino del infierno, piélago donde se anega la paciencia, consumen las honras, acaban las vidas, y pierden las almas. Es el pobre moneda que no corre, conseja de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico: come mas tarde, lo peor y mas caro; su real no vale medio; su sentencia es necedad; su discrecion locura; su voto escarnio; su hacienda del comun; ultrajado de muchos, y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla,

no es oido; si le encuentran, huyen de él; si aconseja, le murmuran; si hace milagros, que es hechicero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida; todos le atropellan, y ninguno le favorece: Sus necesidades no hay quien las remedie; sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le da, todos le quitan, á nadie debe, y á todos pecha. ¡Desventurado y pobre del pobre, que las horas del relox le venden, y compra el sol de agosto! Y de la manera que las carnes mortecinas, y desaprovechadas vienen á ser comidas de perros, tal como inútil, el discreto pobre viene á morir comido de necios. ¡Cuan al reves corre un rico, que viento en popa; con que tranquilo mar navega; que bonanza de cuidados; que descuido de necesidades agenas, sus alholíes llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios, y cofres de moneda; ¡que guardado el verano del calor; que empapelado el invierno por el frio! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necedades sentencias: si es malicioso, le llaman astuto: si pródigo, liberal: si avariento, reglado, y sabio: si murmurador, gracioso: si atrevido, desenvuelto: si desvergonzado, alegre: si mordaz, cortesano: si incorregible, burlon: si hablado conversable: si vicioso,

afable : si tirano, poderoso : si porfiado, constante : si blasfemo, valiente; y si perezoso, maduro : sus yerros cubre la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve : todos cuelgan el oido de su lengua, para satisfacer á su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale; es parte, juez y testigo; acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad, y cual si lo fuese pasa por ella : ¡como le acompañan, como se le llegan, como le festejan, como le engrandecen! Últimamente; pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y asi donde bulle buena sangre, y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre, y la vivifica; y asi, el que no le tiene, es un cuerpo muerto, que camina entre los vivos : no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo. Este camino corre el mundo; no comienza de nuevo, que de atras le viene el garbanzo el pico; no tiene medio, ni remedio : asi lo hallamos, asi lo dejamos, no se espere mejor tiempo, ni se piense que lo fué el pasado : todo ha sido, es, y será una misma cosa. El primer padre fué alevoso; la primera madre mentirosa; el primer hijo ladron, y fratricida. ¿Qué hay ahora, que no hubo, ó que se espera de lo por venir? Parecernos mejor lo pasado, consiste solo, que de lo presente se sienten los

males, y de lo ausente nos acordamos de los bienes; y si fuéron trabajos pasados, alegra el hallarse fuera de ellos, como si no hubiera sido. Asi los prados, que mirados de lejos, es apacible su frescura, y si llegais á ellos, no hay palmo de suelo acomodado para sentaros; todo son hoyos, piedras y basura: lo uno vemos, lo otro se nos olvida. Muy antigua cosa es amar todos la prosperidad, seguir la riqueza, buscar la hartura, procurar las ventajas, y morir por abundancias; porque donde faltan, el padre al hijo, el hijo al padre, hermano para hermano, yo á mí mismo quebranto la lealtad, y me aborrezco. Asi me lo enseño el tiempo, con la disciplina de sus discursos, castigándome con infinito número de trabajos. Ya veo, que si cuando á Génova llegué, me considerara, no arriesgara; y si aquella ocasion guardara para mejor fortuna, no me perdiera en ella, como sabrás adelante. Luego, pues que dejé á mi amo el capitan, con todos mis harapos y remiendos, hecho un espantajo de higuera, quise hacerme de los Godos, emparentando con la nobleza de aquella ciudad, publicándome por quien era; y preguntando por la de mi padre. Causó en ellos tanto enfado, que me aborreciéron de muerte; y es de creer, que si á su salvo pudieran, me la dieran, y aun tú hicieras lo mismo, si tal huésped te entrara por la puerta; mas harto me la procuráron, por

las obras que me hiciéron. Á persona no pregunté, que no me socorriese con una puñada ó bofeton. El que menos mal me hizo fué escupirme á la cara, y decirme : ¿bellaco, marrano, sois vos Genoves? hijo seréis de una gran mala muger, que bien se os echa de ver; y como si mi padre fuera hijo de la tierra, ó si hubiera de doscientos años atras fallecido, no hallé rastro de amigo, ni pariente suyo; ni descubrirle pude, hasta que uno se llegó á mi con alhagos de cola de serpiente. ¡Ó hijo de puta, viejo maldito, y como me engañó! diciendo : Yo, hijo, bien oí decir de vuestro padre, aquí os daré quien haga larga relacion de sus parientes, y han de ser de los mas nobles de esta ciudad, á lo que creo; y pues habeis ya cenado, venios á dormir á mi casa, que no es hora de otra cosa; de mañana darémos una vuelta, y os pondré, como digo, con quien los conoció, y trató gran tiempo. Con la buena presencia, y gravedad que me lo dijo, su buen talle, la cabeza calva, la barba blanca, larga hasta la cinta, un báculo en la mano, me representaba un san Pablo. Fiéme de él, seguíle á su posada, con mas gana de cenar, que de dormir, que aquel dia comí mal, por estar enojado y ser á mi costa, que temblaba de gastar; mas como lo que nos dan es poco, y si nos cuesta dineros, comemos poco pan y duro, y aun se nos hace mucho y blando, ya me hacia guar-

doso. Íbame cayendo de hambre, y mirad cual era mi huésped, pues como el Cordobés me dijo, que ya habria cenado; y sino fuera temiendo perder aquella coyuntura, no fuera con él sin visitar primero una hostería; mas la esperanza del bien que me aguardaba, me hizo soltar el pájaro de la mano, por el buey que iba volando. Luego como entrámos, un criado salió á tomar la capa; no se la dió, antes en su lengua estuviéron hablando; envióle fuera, y quedámonos á solas paseando. Preguntóme por las cosas de España; por mi madre, si le quedó hacienda; cuantos hermanos tuve, y en que barrio vivia; fuíle dando cuenta de todo con mucho juicio. En esto me entretuvo mas de una hora, hasta que volvió el criado: no sé que recado le trajo, que me dijo el viejo: Ahora bien, idos á dormir y mañana nos verémos. Hola, Antonia María, lleva este hidalgo á su aposento. Fuíme con él de una en otra pieza: la casa era grande, labrada de muchos pilares, y losas de alabastro: atravesámos á un corredor, y entrámos en un aposento, que estaba al fin de él, teníale bien aderezado, con colgaduras de paños pintados de matices á manera de arambeles; salvo, que parecia mejor: á una pared habia una cama, y á la cabecera un taburete; y como si tuviera que desnudarme, acometió el criado á quererlo hacer. Llevaba un vestido, que aun yo no me le acertaba á

vestir, sin ir tomando guia, pieza en pieza, y ninguna estaba cabal, ni en su lugar. De tal manera, que fuera imposible discernir, ó conocer cual era la ropilla ó los calzones, si los vieran tendidos en el suelo. Asi desaté algunos nudos, con que lo ataba por falta de cintas, y lo dejé caer á los pies de la cama, y sucio como estaba, lleno de piojos, metíme entre la ropa; era buena, limpia, y olorosa: consideraba entre mí: si este buen viejo es deudo mio, y me hace cortesía, y no quiere descubrirse hasta mañana, buen principio lleva, harámo de vestir, trataráme bien, pues estando tal me hace tan buen acogimiento, sin duda es como lo digo: de esta vez yo soy de la buena ventura. Era muchacho, no andaba ni veia mas de la superficie; que si algo supiera, y experiencia tuviera, debiera considerar que á grande oferta, grande pensamiento; y á mucha cortesía, mayor cuidado; que no es de balde; misterio tiene; si te hace caricias el que no las acostumbra hacer, ó engañar te quiere, ó te ha menester. Salió fuera el criado, dejándome una lámpara encendida: díjele, que la apagase. Respondió, que no hiciera tal, porque de noche andaban en aquella tierra unos murciégalos grandes muy dañosos, y solo el remedio contra ellos era la luz, porque huian á lo obscuro. Mas me dijo, que era tierra de muchos duendes, y que eran enemigos de la luz, y en los aposen-

tos obscuros, algunas veces eran perjudiciales. Creílo con toda la simplicidad del mundo. Con esto se salió; yo luego me levanté á cerrar la puerta, no por miedo de lo que me podian hurtar, mas con sospecha de lo que, como muchacho, me pudiera suceder. Volvíme á la cama, dormíme presto y con mucho gusto, porque las almohadas, colchones, cobertores y sábanas me brindaban, y no me faltaba gana. Pasado ya lo mas de la noche, declinaba la media caminando al claro dia; y estando dormido como un muerto, recordóme un ruido de cuatro bultos, figuras de los demonios, con vestidos, cabelleras y máscaras: llegáronse á mi cama; y dióme tanto miedo, que perdí el sentido; y sin hablar palabra me quitáron la ropa de encima; dábame priesa haciendo cruces, rezaba oraciones; invoqué á Jesus mil veces; mas como eran demonios bautizados mas priesa me daban. Habian puesto sobre el colchon, debajo de la sábana una frazada: cada un asió par una esquina de ella, y me sacáron enmedio de la pieza: turbéme tanto, viendo que rezar no me aprovechaba, que ni osaba ni podia desplegar la boca. Era la pieza bien alta y acomodada; comenzáron á levantarme en el aire, manteándome como á perro en carnestolendas, hasta que ellos, cansados en zarandearme, habiéndome molido, me volviéron á poner á donde me levantáron, y dejándome

por muerto me cubriéron, con la ropa, y se fuéron por donde habian entrado, dejando la luz muerta : yo quedé tan descoyuntado, tan sin saber de mí, que siendo de dia, ni sabia si estaba en cielo, si en tierra. Dios que fué servido de guardarme, supo para que. Serian como las ocho del dia, quíseme levantar, porque me pareció que bien pudiera; halléme de mal olor, el cuerpo pegajoso y embarrado. Acordóseme de la muger de mi amo el cocinero, y como en las turbaciones nunca falta un desconcierto, mucho me afligi; mas ya no podia ser el cuervo mas negro que las alas : estreguéme todo el cuerpo con lo que quedó limpio de las sábanas, y añudéme mi hatillo. En cuanto me tardé en esto estuve considerando, que pudiera ser lo pasado; y á no levantarme descoyuntado, creyera haber sido sueño : miré á todas partes, no hallaba por donde hubiesen entrado; por la puerta no pudiéron, que la cerré por mis manos y cerrada la hallé : imaginaba si fuéron trasgos, como la noche antes me dijo el mozo : no me pareció que lo serian, porque hubiera hecho mal en no avisarme, que habia trasgos de luz. Andando en esto alcé las colgaduras, para ver si detras hubiera portillo alguno; hallé abierta una ventana que salia al corredor, luego dije : Ciertos son los toros, por aquí me vino el daño; y aunque las costillas para que me sonaban en el cuerpo, co-

mo bolsa de trebejos de ajedrez, disimulé cuanto pude por lo de la caca, hasta verme fuera de allí. Cubrí muy bien la cama de manera que no se viera, entrando, mi flaqueza, y por ella mu dieran otro nuevo castigo. El criado que allí me trajo vino, casi á las nueve, á decirme que su señor me esperaba en la iglesia, que fuese allá; y porque allí no se quedara el mozo, para ganarle ventaja, roguéle me llevara hasta la puerta, que no sabria salir; llevóme á la calle, y volvióse. Cuando en ella me vi, como si en los pies me nacieran alas, y el cuerpo estuviera sano, tomé las de Villadiego; afufélas, que una posta no me alcanzara; mas se huye que se corre: mucho esfuerzo pone el miedo, yo me traspuse como el pensamiento; compré vianda, y para ganar tiempo iba comiendo y andando; así no paré hasta salir de la ciudad, que en una taberna bebí un poco de vino con que me reformé para poder caminar la vuelta de Roma, donde hice mi viage, yendo pensando en todo él, con que pesada burla quisiéron desterrarme, porque no los deshonrara mi pobreza; mas no me la quedáron á deber, como lo verás mas adelante.



CAPÍTULO V.

Como saliendo de Génova Guzman de Alfarache, comenzó á mendigar y juntándose con otros pobres, aprendió sus estatutos y leyes.

TAL salí de Génova, que si la muger de Lot hiciera lo que yo, no se volviera piedra. Nunca volví atras la cabeza. Iba la cólera en su punto, que cuando hierve por maravilla se sienten aun las heridas mortales; despues cuanto mas el hombre se reporta, tanto mas reconoce su daño. Yo escapé de la de Roncesvalles, como perro con vejiga; no habia ligadura fiel en toda mi humana fábrica, mas no lo sentí mucho hasta que reposé, llegando á una villeta diez millas de allí, que aporté sin saber por donde iba, desbaratado, desnudo, sin blanca, y aporreado. ¡Ó necesidad! cuanto acobardas los ánimos, como desmayas los cuerpos; y aunque es verdad que sutilizas el ingenio, destruyes las potencias, menguando los sentidos de manera, que vienen á perderse con la paciencia.

Dos maneras hay de necesidad: una desvergonzada que se convida viniendo sin ser llamada: otra, que siendo convidada viene llama-

da y rogada. La que se convida, líbrenos Dios de ella, esa es de quien trato; huésped forzoso en casa pobre, que con aquella fuerza trae mil èses en su compañía; es fuste en quien se arman todos los males, fabricadora de todas las traiciones, mala de sufrir y de ser corregida: farol á quien siguen todos los engaños, fiesta de muchachos, folla de necios, farsa ridícula, fúnebre tragedia de honras y virtudes; es fiera, fea, fantástica, furiosa, fastidiosa, floja, fácil, flaca, y falsa, que solo le faltaba ser Francisca; por maravilla da fruto que infamia no sea. La otra que convidamos, és muy señora, liberal, rica, franca, poderosa, afable, generosa, conversable, graciosa y agradable: déjanos la casa llena, hácenos la costa, es firme defensa, torre inexpugnable, riqueza verdadera, bien sin mal, descanso perpetuo, casa de Dios y camino del cielo. Es necesidad que se necesita, y no se necesitaba, levanta los ánimos, da fuerza en los cuerpos, esclarece las famas, alegra los corazones, engrandece los hechos, inmortalizando los nombres : cante sus alabanzas el valeroso Cortés, verdadero esposo suyo; tiene las piernas y pies de diamante, el cuerpo de záfiro, y el rostro de carbunclo; resplandece, alegra, y vivifica, La otra su vecina, parece á la tendera sucia, todo es monton de trapos de hospital, asquerosa, no hay á quien bien parezca, todos la aborrecen, y tienen razon. Miren,

pues que tal soy yo que de mí se enamoró, amancebóse conmigo á pan y cuchillo, estando en pecado mortal, obligándome á sustentarla; para ello me hizo estudiar el arte briviática, llevóme por esos caminos, hoy en un lugar, mañana en otro, pidiendo limosna en todos. Justo es dar á cada uno lo suyo, y te confieso, que hay en Italia mucha caridad, y tanta que me puso golosina el oficio nuevo para no dejarle: en pocos dias me hallé caudaloso de manera, que desde Génova donde sali, hasta Roma donde paré, hice todo el viage sin gastar cuatrin, la moneda toda guardaba, la vianda siempre me sobraba. Era novato, y echaba muchas veces á los perros lo que despues vendido me valia muchos dineros. Quisiera luego en llegando vestirme, y tornar sobre mí; parecióme mal consejo, volví diciendo: ¿Hermano Guzman, ha de ser esta otra como la de Toledo? ¿Y si estando vestido no hallas amo, de qué has de comer? Estáte quedo, que si bien vestido pides limosna no te la darán; guarda lo que tienes, no seas vano. Asentóseme; díle otro nudo á las monedas: aquí habeis de estaros quedas, que no sé cuando os habré menester. Comencé con mis trapos viejos, inútiles para papel de estraza, los harapos colgando, que parecia pizuelos de frisas, á pedir limosna, acudiendo al medio dia donde hubiese sopa, y tal vez hubo, que la cobré de cuatro partes.

Visitaba las casas de los cardenales, embajadores, príncipes, obispos y otros potentados, no dejando alguna que no corriese : guiábame otro mozuelo de la tierra y diestro en ella, de quien comencé á tomar lecciones. Este me enseñó á los principios como habia de pedir á los unos y á los otros, que no á todos ha de ser con un tono, ni con una harenga : los hombres no quieren plegarias, sino una demanda llana, por amor de Dios : las mugeres tienen por devocion la Vírgen María, á Nuestra Señora del Rosario, y asi Dios encamine sus cosas en su santo servicio, y las libre de pecado mortal, de falso testimonio, de poder de traidores y de malas lenguas : esto les arranca el dinero de cuajo, bien pronunciado y con vehemencia de palabras recitado. Enseñóme como habia de compadecer á los ricos, lastimar á los comunes, y obligar á los devotos. Díme tan buena maña, que ganaba largo de comer en breve tiempo. Conocia desde el papa hasta el que estaba sin capa ; todas las calles corria, y para no enfadarles pidiendo á menudo repartia la ciudad en cuarteles, y las iglesias por fiestas, sin perder punto. Lo que mas llegaba eran pedazos de pan : esto lo vendia y sacaba de él muy buen dinero; comprábanme parte de ello personas pobres que no mendigaban, pero tenian la bola en el emboque : vendíale tambien á trabajadores y hombres que criaban cebones

y gallinas; mas quien mejor lo pagaba eran turroneros para el alajú, ó alfajor que llaman en Castilla: recogía, demas de esto algunas viejas alhajas, que como era muchacho y desnudo compadecidos de mí, me lo daban: Despues dí en acompañarme con otros ancianos en la facultad que tenian primores en ella, para saber gobernarme: íbame con ellos á limosnas conocidas que algunos por su devocion repartian por las mañanas en casas particulares. Yendo una vez á recibirla en la del embajador de Francia sentí otros pobres tras mí que decian: Este rapaz Español que ahora pide en Roma nuevo es en ella; sabe poquito y nos destruye, por lo que he visto, que habiendo una vez comido en las mas partes que llega, si le dan viandas, no lo recibe; destrúyenos el arte, dando muestras que los pobres andamos muy sobrados; á nosotros hace mal y á sí propio no sabe aprovecharse. Otro que con ellos venia, les dijo: Pues dejádmelo y callad, que yo le disciplinaré, como se entienda, y no se deje tan fácil entender. Llamóme pasico, y apartóme á solas; era diestrísimo en todo. Lo primero que hizo, como si fuera Proto-pobre, examinó mi vida, sabiendo de donde era y como me llamaba, cuando y á que habia venido: díjome las obligaciones que los pobres tienen á guardarse el decoro, darse avisos, y ayudarse como hermanos de Mesta, advir-

tiéndome de secretos curiosos, y primores que no sabia; porque en realidad de verdad lo que primero aprendí de aquel muchacho y otros pobretes de menor cuantía, todas eran raterías respecto de las grandiosas que allí supe: dióme ciertos avisos, que en cuanto viva no me serán olvidados; entre los cuales fué uno con que soltaba tres ó cuatro pliegues al estómago, sin que me parase perjuicio, por mucho que comiese. Enseñóme á trocar á trascanton, con que hacia dos efectos, lastimaba creyendo que estaba enfermo, y que aunque embasase dos ollas de caldo, quedara lugar para mas, y asi se publicase la hambre y miseria de los pobres.

Supe cuantos bocados, y como los habia de dar en el pan que me daban; como le habia de besar, y guardar que gestos habia de hacer; los puntos que habia de subir la voz; las horas á que cada parte habia de acudir; en que casas habia de entrar hasta la cama, y en cuales no pasar de la puerta; á quien no habia de importunar, y á quien pedir sola una vez; refirióme por escrito las ordenanzas mendicativas, advirtiéndome de ellas, para evitar escándalo y estuviese instruido, que decian asi:

ORDENANZAS MENDICATIVAS.

Por cuanto las naciones todas tienen su método de pedir, y por él son diferenciadas, y conocidas, como son los Alemanes cantando en tropa, los Franceses rezando, los Flamencos reverenciando, los Gitanos importunando, los Portugueses llorando, los Toscanos con harengas, los Castellanos con fueros, haciéndose malquistos, respondones y mal sufridos : Á estos mandamos, que se reporten y no blasfemen, y á los mas que guarden la órden.

Item mandamos, que ningun mendigo, llagado ni estropeado, de cualquiera de estas naciones, se junte con las de otra, ni alguno de ellos haga pacto ni alianza con ciegos rezadores, saltimbancos, músicos, ni poetas, ni con cautivos libertados, aunque Nuestra Señora los haya sacado de poder de Turcos, ni con soldados viejos que escapan rotos del presidio, ni con marineros que se perdiéron con tormenta; que aunque todos convienen en la mendiguez, la briva y labia son diferentes; y les mandamos á cada uno de ellos, que guarden sus ordenanzas.

Item, que los pobres de cada nacion, especialmente en su tierras, tengan tabernas y bodegones conocidos, donde presidan de ordinario tres ó cuatro de los mas ancianos, con

sus báculos en las manos : los cuales diputamos para que allí dentro traten de todas las cosas y casos que sucedieren : den sus pareceres y jueguen al rentoy, puedan contar y cuenten hazañas agenas y suyas, y de sus antepasados, y las guerras en que no sirviéron, con que puedan entretenerse.

Que todo mendigo traiga en las manos garrote ó palo. y los que pudieren herrados, para las cosas y casos que se les ofrezcan, pena de su daño.

Que ninguno pueda traer, ni traiga pieza nueva, ni de mediada, sino rota y remendada, por el mal ejemplo que daria con ella, salvo si se la diéron de limosna, que para solo el dia que la recibiere le damos licencia, con que se deshaga luego de ella.

Que en los puestos y asientos guarden todos la antigüead de posesion, y no de personas; y que el uno al otro no le usurpe, ni defraude.

Que puedan dos enfermos ó lisiados andar juntos, y llamarse hermanos, con que pidan á remuda, y entonando la voz alta; el uno comience donde el otro lo dejare, yendo parejos, y guardando cada uno su cera de calle, y no encontrándose con las harengas, cante cada uno su plaga diferente, y partan la ganancia, pena de nuestra merced.

Que ningun mendigo pueda traer armas ofen-

sivas, ni defensivas de cuchillo arriba, ni traiga guantes, pantuflos, ni anteojos, ni calzas atacadas, pena de las temporalidades.

Que puedan traer un paño sucio átado á la cabeza, tijeras, cuchillo, lesna, hilo, dedal, aguja, hortera, calabaza, esportillo, zurron, y talega; como no sean costal, espuerta grande, alforjas, ni cosa semejante, salvo si no llevare dos muletas y la pierna mechada.

Que traigan bolsa, bolsico y retretes; y cojan la limosna en el sombrero. Y mandamos, que no puedan hacer, ni hagan landre en capa, capote, ni sayo, pena, que siéndoles atisvada, la pierdan por necios.

Que ninguno descorne levas, ni las divulgue, ni brame al que no fuere del arte profeso en ella; y el que nueva flor entreverare, la manifieste á la pobreza, para que se entienda y sepa, siendo los bienes tales comunes, no habiendo entre los naturales estanco. Mas, por via de buena gobernacion, damos al autor privilegio que lo imprima por un año, y goce de su trabajo, sin que alguno sin su órden lo use, ni trate, pena de nuestra indignacion.

Que los unos manifiesten á los otros las casas de la limosna en especial de juego y partes donde galanes hablaren con sus damas, porque allí está cierta, y pocas veces falta.

Que ninguno crie perro de caza, galgo, ni podenco, ni en su casa pueda tener mas de un

gozquejo, para el cual damos licencia, y que le traiga consigo atado con un cordel ó cadenilla del cinto.

Que el que trajere perro, haciéndole bailar y saltar por el aro, no se le consienta tener ni tenga, puesto ni demanda en puerta, iglesia, estacion, ó jubileo, salvo que pida de pasada por la calle, pena de contumaz, y rebelde.

Que ningun mendigo llegue al cajon á comprar pescado, ni carne, salvo con extrema necesidad y licencia del médico; ni cante, taña, baile, ni dance, por el escándalo que en lo uno y en lo otro daria, lo contrario haciendo.

Damos licencia y permitimos, que traiga alquilados niños hasta cantidad de cuatro, examinando las edades, y puedan dos haber nacido de un vientre juntos, con tal que el mayor no pase de cinco años; y que si fuere muger, traiga el uno criando á los pechos; y si hombre, en los brazos, y los otros de la mano y no de otra manera.

Mandamos, que los que lòs que tuviéren hijos, los hagan ventores, perchando con ellos las iglesias, siempre al ojo, los cuales pidan para sus padres que estan enfermos en una cama : esto se entienda hasta tener seis años, y si fueren de mas, los dejen volar; que salgan ventureros, buscando la vida, y acudan á casa con la pobreza á las horas ordinarias.

Que ningun mendigo consienta ni deje servir á sus hijos, ni que aprendan oficios, ni les den amos, que ganando poco trabajan mucho, y vuelven pasos atras de lo que deben á buenos, y á sus antepasados.

Que el invierno á las siete, y el verano á las cinco de la mañana ninguno esté en la cama, ni en su posada, sino que al salir el sol, ó antes media hora vayan al trabajo, y otra media antes que anochezca se recoja y encierre en todo tiempo, salvo en los casos reservados, que de nos tienen licencia.

Permitímosles que puedan desayunarse las mañanas echando tajada, habiendo aquel dia ganado para ello, y no antes; porque se pierde tiempo, y gasta dinero disminuyendo el caudal principal; con tal, que el olor de boca se repare, y no se vaya por las calles y casas jugando de punta de ajo, tajo de puerro, estocada de jarro, pena de ser tenidos por inhábiles ó incapaces.

Que ninguno se atreva á hacer embelecos, levante alhaja, ni ayude á mudar, ni trastejar, ni desnude niño, acometa ni haga semejante vileza; pena que será excluido de nuestra hermandad y cofradía, y relajado al brazo seglar.

Que pasados tres años, despues de doce cumplidos en edad, habiéndolos cursado legal y dignamente en el arte, se conozca y en-

tienda haber cumplido la tal persona con el estatuto, no obstante que hasta aquí eran necesarios otros dos de jábega, y sea tenida por profesa, haya y goce las libertades y exenciones por nos concedidas, con que de allí adelante no pueda dejar, ni deje nuestro servido y obediencia, guardando nuestras ordenanzas, y so las penas de ellas.

CAPÍTULO VI.

Como Guzman de Alfarache fué reprendido de un pobre jurisperito, y lo mas que le pasó mendigando.

Demas de estas ordenanzas, tenian y guardaban otras muchas, no dignas de este lugar, las cuales legisláron los mas famosos poltrones de Italia, cada uno en su tiempo las que le pareciéron convenientes, que pudiera decir ser otra nueva recopilacion de las de Castilla. Ilustrábalas entonces un Alberto por nombre proprio, y por el malo, Micer Morcon. Teníamosle en Roma por generalísimo nuestro. Merecia por su talle, trato y loables costumbres la corona del imperio, porque ninguno le llegó de sus antecesores. Pudiera ser príncipe de poltronía, y archibribon del cristianismo. Comíase dos mondongos enteros de carnero, con sus morcillas, pies y manos, una manzana de vaca, diez libras de pan, sin zarandajas de principio y postre, bebiendo con ellos dos azumbres de vino. Y con juntar él solo mas de limosna, que seis pobres ordinarios de los que mas llegaban, jamas le sobró, ni vendió comida que le diesen, ni moneda recibió que no la bebiese; y

andaba tan alcanzado, que nos era forzoso como vasallos de bien y mal pasar, socorrerle con lo que podíamos. Nunca le vímos abrochado ní cubierto de la cintura arriba, ni puesto ceñidor, ni media calza; traia descubierta la cabeza, la barba rapada, reluciendo el pellejo como si se lo lardearan con tocino.

Este ordenó, que todo pobre trajese consigo escudilla de palo, y calabaza de vino donde no se le viese. Que ninguno tuviese cántaro con agua, ni jarro en que beberla, y el que la bebiese fuera en un barreño, caldero, tinajon, ó cosa semejante, donde metiese la cabeza como bestia y no de otra manera. Que quien con la ensalada no brindase, no lo pudiera hacer en toda aquella comida ó cena, y quedase con sed. Que ninguno comprase, ni comiese confites, conservas, ni cosas dulces. Que las comidas todas tuviesen sal, ó pimienta, ó se la echasen antes de comerlas. Que durmiesen vestidos en el suelo, sin almohada y de espaldas. Que hecha la costa del dia, ninguno trabajase, ni pidiese. Comia echado; y en el invierno y verano dormia sin cobija. Los diez meses del año no salia de tabernas y bodegones. Teníamos, como digo nuestras leyes; sabíalas yo de memoria, pero no guardaba mas de las pertenecientes á buen gobierno; y las tales, como si de mi observancia pendiera mi remedio. Toda mi felicidad era, que mis actos acreditaran mi

profesion y verme consumado en ella : porque las cosas una vez principiadas, ni se han de olvidar, ni dejar hasta ser acabadas, que es nota de poca prudencia muchos actos comenzados y acabado ninguno. Nada puse por obra, que soltase de las manos antes de verle el fin; mas como estaba verde y la edad no madura, ni sazonada, faltábame la práctica; hallábame mas atajado cada dia en casos que se ofrecian, y en muchos erraba. Una fiesta de los primeros dias de septiembre, como á la una de la tarde salí por la ciudad con un calor tan grande, que no lo puedo encarecer, creyendo que quien me oyera pedir á tal hora, pensara obligarme gran hambre y me favorecieran con algo : quise ver lo que á tales horas podia sacar, solo por curiosidad. Anduve algunas calles y casas, de ninguna saque mas de malas palabras, enviándome con mal : asi llegué á una donde toqué con el palo á la puerta; no me respondiéron; batí segunda y tercera vez, tampoco: vuelvo á llamar algo recio por ser la casa grande. Un bellacon, mozo de cocina que debia de estar fregando, púsose á la ventana, y echóme por cima un gran perol de agua hirviendo, y cuando la tuve acuestas dijo muy despacio : Agua va, guardaos de abajo. Comencé á gritar, dando voces que me habian muerto; verdad es que me escaldáron, mas no tanto como lo acriminaba. Con aquello hice gente, cada uno decia

lo que le parecia : unos, que fué mal hecho; otros, que yo tenia la culpa, que sino tenia gana de dormir, que dejara los otros dormidos. Algunos me consoláron, y entre los mas piadosos junté alguna moneda, con que me fuí á enjugar y reposar. Iba entre mí diciendo : ¡ Quien me hizo tan curioso, sacando el rio de su madre? ¿ Cuando podré reportarme? ¿Cuando escarmentaré? ¿Cuando me contentaré con lo necesario, sin querer saber mas de lo que me conviene? ¿Cual demonio me engañó, y sacó del ordinario curso, haciendo mas que los otros? Llegaba cerca de mi casa, y junto á ella vivia un viejo de casi setenta años de pobre, porque nació de padres del oficio, y se lo dejáron por herencia, con que pasó su vida. Era natural Cordobes (dígolo para que sepais que era tinto en lana) trájole su madre al pecho á Roma el año del jubileo.

Cuando me vió pasar de aquella manera, hecho un trapajo mojado, sucio, lleno de grasa, verzas y garbanzos, me preguntó el suceso, yo se le conté, y él no podia tener la risa, y dijo : Tú, Guzmanejo, bien me temo no seas otro Benitillo, como te hierve la sangre, antes quieres ser maestro que discípulo. ¿No ves que haces mal en exceder de la costumbre? pues por ser de mi pais y muchacho, te quiero doctrinar en lo que debes hacer. Siéntate, y considera, que no se ha de pedir por la siesta

el verano, y menos en las casas de hombres nobles que en las de los oficiales: es hora desacomodada, reposan todos, ó quieren reposar, dales pesadumbre que nadie los despierte, y se enfadan mucho con importunidades.

En llamando á una puerta dos veces, ó no estan en casa ó no lo quieren estar, pues no responden; pasa de largo, y no te detengas, que perdiendo tiempo no se gana dinero.

No abras puerta cerrada, pide sin abrirla ni entrar dentro, que acontece abriendo, descuidados de lo que sucede, salir un perro que se lleva media nalga en un bocado, y no sé como nos conocen, que aun de ellos estamos odiados; y si perro faltare, no faltará un mozo desesperado, diciendo lo que no quieras oir, si acaso con eso poco se contenta.

Cuando pidas, no te rias ni mudes tono; procura hacer la voz de enfermo, aunque puedas vender salud, llevando el rostro parejo con los ojos, la boca junta, y la cabeza baja.

Friégate las mañanas el rostro con un paño, antes liento que mojado, porque no salgas limpio, ni sucio; y en los vestidos echa remiendos, aunque sea sobre sano, y de colór diferente, que importa mucho ver á un hombre mas remendado, que limpio, pero no asqueroso.

Aconteceráte algunas veces llegar á pedir limosna, y el hombre quitarse un guante, echar mano á la faltriquera, que te alegrarás, pen-

sando que es para darte limosna, y verásle sacar un lienzo de narices con que se las limpia, no por eso te ensañes, ni lo gruñas, que por ventura estará otro á su lado, que te la querrá dar, y viéndote soberbio, te la quite.

Donde fueres bien recibido acude cada dia, que aumentando la devocion, crece tu caudal; y no te apartes de su puerta sin rezar por sus difuntos, y rogar á Dios que le encamine sus cosas en bien.

Responde con humildad á las malas palabras, y con blandas á las ásperas, que eres Español, y por nuestra soberbia, siendo malquistos, en toda parte somos aborrecidos, y quien ha de sacar dinero de agena bolsa, mas conviene rogar, que reñir; orar, que renegar; y la becerra mansa mama de madre agena y de la suya.

Donde no te dieren limosna, responde con devocion: Loado sea Dios; él se lo dé á vuesas mercedes, con mucha salud, paz y contento de esta casa, para que lo den á los pobres. Esta treta me valió muchos dineros, porque respondiéndoles con tanta blandura, las manos puestas y levantándolas con los ojos al cielo, me volvian á llamar y daban lo que tenian.

Demas de esto, enseñóme á fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo, y otros primores curiosos del arte; á fin que no se nos dijese, que pues teníamos

fuerzas y salud, que trabajásemos. Hízome muchas amistades, tenia secretos curiosos de naturaleza con que se valia: nada escondió de mí, porque le parecí capaz y entonces comenzaba; y como ya él estaba el pie puesto en el estribo para la sepultura, quiso dejar capellan, que rogase á Dios por él; asi fué, que luego se murió. Juntábamonos algunos á referir con cuales exclamaciones nos hallábamos mejor: estudiábamoslas de noche, inventábamos modos de bendiciones: Pobre habia, que solo vivia de hacerlas, y no las vendia como farsas: todo era menester para mover los ánimos, y volverlos compasivos. Los dias de fiesta madrugábamos á los perdones, previniendo buen lugar en las iglesias, que no alcanzaba poco quien cogia la pila del agua bendita, ó la capilla de la estacion: salíamos á temporadas á correr la tierra, sin dejar aldea, ni alquería de la comarca que no anduviésemos, de donde veníamos bien proveidos, porque nos daban tocino, queso, pan, huevos en abundancia, ropa de vestir, doliéndose mucho de nosotros: pedíamos un traguito de vino por amor de Dios, que teníamos gran dolor de estómago, donde quiera nos decian si teníamos en que nos lo diesen; llevábamos un jarrillo, como para beber, de algo menos de media azumbre, siempre nos lo hinchian; luego en apartándonos de la puerta lo vaciábamos en una bota, que no se nos caia,

colgando atras del cinto, en que cabian cuatro azumbres, y acontecia hinchirla en una calle, que nos era forzoso ir á casa y echarlo en una tinajuela, para volver por mas. De ordinario andábamos calzados, descalzos, y cubiertas las cabezas, yendo descubiertos, porqué los zapatos eran unas chancletas muy viejas, y muy rotas, y el sombrero de lo mismo; pocas veces llevábamos camisa, porque pidiendo á una puerta con la humildad acostumbrada nuestra limosna, si decian: Perdonad, hermano, Dios le ayude, otro dia darémos, volvíamos á pedir unos zapatillos viejos ó sombrero viejo, para este pobre que anda descalzo y descubierto, al Sol, y al agua: bendito sea el señor, que libró á vuesas mercedes de tanto afan y trabajo como padecemos, que el se lo multiplique, y libre sus cosas de poder de traidores; dándoles la salud para el alma y el cuerpo, que es la verdadera riqueza. Si tambien decian: En verdad, hermano, que no hay que daros, no lo hay ahora: aun quedaba otro replicato, pidiendo una camisilla vieja, rota, desechada, para cubrir las carnes, y curar las llagas de este desventurado pobre, que en el cielo lo hallen y los cubra Dios de su misericordia; por el buen Jesus se lo pido, que no lo puedo ganar ni trabajar, me veo y me deseo, bendita sea la limpieza de Nuestra Señora la Vírgen María: con esto, ó con esotro, de acero eran las entra-

ñas, y el corazon de jaspe, que no se ablandaban. Escapábanse pocas casas de donde no saliese prenda; y cualquier par de zapatos no podian ser tan malos, tan desechado el sombrero, ni la camisa que se nos daba tan vieja, que no valiera mas de medio real: para nosotros era mucho, y á quien lo daba no era de provecho, ni lo estimaba; era una mina en el cerro del Potosí. Teníamos marchantes para cada cosa, que nos ponian la moneda sobre tabla, sahumada y lavada con agua de ángeles; llevábamos de camino unos asnillos en que caminábamos á ratos, en tiempo llovioso, para poder pasar los arroyos; y si atisvábamos persona que representase autoridad, comenzábamos á plaguearle de muchos pasos atras, para que tuviera lugar de venir sacando la limosna; porque si aguardábamos á pedir al emparejar, muchos dejaban de darla, por no detenerse y nos quedábamos sin ella; de esotro modo se erraban pocos lances: otras veces que habia ocasion y tiempo, en divisando tropa de gente, nos aparecíamos á cojear, variando visages, cargándonos á cuestas los unos á los otros, torciendo la boca, volteando los párpados de los ojos para arriba, haciéndonos muchos cojos, y ciegos, valiéndonos de muletas, siendo sueltos mas que gamos; metíamos las piernas en vendas que colgaban del cuello, ó los brazos en orillos; de manera, que con esto y de buena

labia, que Dios les diese buen viage, y llevase con bien á los ojos de quien bien querian, siempre valia dinero, y esta llamábamos venturilla, por ser en despoblado, y por suceder á veces muy bien, y en otras no llegar mas de lo que tasadamente nos era necesario para el camino. Teníamos por excelencia, bueno sobre todo, que no se hacia fiesta de que no gozásemos, teniendo buen lugar, ni aun banquete donde no tuviésemos parte; olíamoslo á diez barrios. No teníamos casa, y todas eran nuestras, que portal de cardenal, embajador, ó señor, no podia faltar; y corriendo todo turbio, de los pórticos de las iglesias nadie nos podia echar; y no teniendo propiedad, lo poseíamos todo. Tambien habia quien tenia torreoncillos viejos, edificios arruinados, aposentillos de poca sustancia, donde nos recogíamos, que ni todos andabamos ventureros, ni todos teníamos pucheros; mas yo que era muchacho, donde me hallaba la noche me entregaba al siguiente dia; y asi, aunque los llevaba malos, la juventud resistia, teniéndolos por muy buenos.

CAPÍTULO VII.

En que Guzman de Alfarache cuenta lo que le sucedió con un caballero, y las libertades de los pobres.

UNA verdadera señal de nuestra predestinacion es la compasion del próximo; porque tener dolor del mal ageno, como si fuese propio, es acto de caridad que cubre los pecados, y en ella siempre habita Dios. Todas las cosas con ella viven y sin ella mueren; que ni el don de profecía, ni conocimiento de misterios, ni esciencia de Dios, ni toda la fe, faltando caridad, es nada. El amor á mi próximo, como me amo á mí, es entre todos el mayor sacrificio, por ser hecho en el templo de Dios vivo; y sin duda es de gran merecimiento; recibir uno tanto pesar de que su hermano se pierda, como placer de que él mismo se salve. Es la caridad fin de los preceptos, el que fuere caritativo, el Señor será con él misericordioso en el dia de su justicia; y como sin Dios nada merezcamos por nosotros, y ella sea don del cielo, es necesario pedir con lágrimas que se nos conceda, y hacer obras con que alcanzarla, humedeciendo la sequedad hecha en el alma, y

durezas del corazon, que no será deshechado el humilde. y contrito, antes le acudirá Dios con su gracia, haciéndole señaladas mercedes; y aunque la riqueza, por ser vecina de la soberbia, es ocasion á los vicios, desflaqueciendo las virtudes, á su dueño peligrosa, señor tirano, y esclavo traidor, es de la condicion del azúcar que siendo sabrosa con las cosas calientes calienta, y refresca con las frias. Es el rico instrumento para comprar la bienaventuranza, por medios de la caridad; y aquel será caritativo y verdaderamente rico, que haciendo rico al pobre, se hiciese pobre á sí, porque con ello queda hecho discípulo de cristo.

Yo estaba un dia en el zaguan de la casa de un cardenal, envuelto y revuelto en una gran capa parda, tan llena de remiendos, unos cosidos en otros, que tenia, por donde menos, tres telas sin que se pudiera conocer de que color habia sido la primera: tenia un canto como una tabla para el tiempo, harto mejor que la mejor frazada, porque abrigaba mucho, y no la pasara el aire, agua, ni frio ni, estoy por decir, un dardo. Entróle á visitar un caballero principal, en su persona y acompañamiento, el cual como me vió de aquella manera, creyó debiera estar malo de ciciones, y fué, que habiéndome quedado allí la noche antes, como era invierno y aventaba fresco, estábame quedo hasta que entrara bien el dia.

Paróse á mirarme y llamóme; saqué la cabeza, y con el susto de ver á aquel personage junto á mí (no sabiendo que pudiera ser) mudé el color; parecióle que temblaba, y díjome: Cúbrete hijo, estáte quedo, y sacó de las faltriqueras lo que llevaba, que seria cantidad hasta trece reales y medio, y diómelos; toméles, y quedé fuera de mí, tanto de la limosna, como ver cual iba levantando los ojos. Creo que sin duda, debia decir: Bendígante, Señor, los ángeles y tus cortesanos del cielo, todos los espíritus te alaben, pues los hombres no saben, y son rudos; que no siendo yo de mejor metal, y no sé si de mejor sangre que aquel, yo dormí en cama, y él en el suelo; yo voy vestido, y él queda desnudo; yo rico, y él necesitado; yo sano, y él enfermo; yo admitido, y él despreciado, pudiendo haberle dado lo que á mí me diste, mudando las plazas: Fuiste, Señor, servido de lo contrario, tú sabes por que, y para que: Sálvame, señor, por tu sangre, que esa será mi verdadera riqueza, tener á tí, y sin tí no tengo nada. Digo yo, que aquel sabia verdaderamente grangear los talentos, que no considerando á quien lo daba, sino por quien lo daba, viéndome y viéndose, me dió lo que llevaba con mano franca, y ánimo de compasion. Estos tales ganaban por su caridad el cielo por nuestra mano, y nosotros lo perdíamos por la de ellos; pues con la golosina

del recibir, pidiendo sin tener necesidad, lo quitábamos al que la tenia, usurpando nuestro vicio el oficio ageno. Andábamos comidos, bebidos, lominhiestos; teníamos una vida que los verdaderamente senadores (y aun comedores) nosotros éramos; que aunque no tan respetados, lo pasábamos mas reposadamente y con menos pesadumbre. Dos cosas aventajábamos mas que todos ellos, ni que algun otro Romano por calidficado que fuese. La una era la libertad en pedir sin perder, que á ningun honrado le está bien; porque la miseria no tiene otra mayor que hallarse un hombre tal, obligado alguna vez á ello, para socorrer lo que le hace menester, aunque sea su proprio hermano, porque compra muy caro el que recibe, y mas caro vende quien lo da al que lo agradece; y si en esto del pedir he de decir mi parecer, es lo peor que tiene la vida del pobre, siéndole forzoso, porque aunque se lo dan, le cuesta mucho pedirlo. Mas te diré cual sea la causa, que el pedir escuece y duele tanto. Como el hombre sea perfecto animal racional, criado para la eternidad, semejante á Dios (como él dice) que cuando le quiso hacer, asistiendo á ello la Santísima Trinidad, dijo: Hagámosle á nuestra imágen y semejanza; (tambien te supiera decir, como se ha de entender esto, mas no es este su lugar) quedó el hombre hecho, saliendo con aquel natural, to-

dos inclinados á querernos endiosar, avecindándonos cuanto mas podemos, y siempre andamos con esta sed secos, y con esta hambre flacos. Vemos que Dios crió todas las cosas, nosotros queremos lo mismo, y ya que no podemos, como su Divina Magestad de nada, hacémoslo de algo, como alcanza nuestro poder, procurando conservar los individuos de las especies, en él campo los animales, los peces en el agua, las plantas en la tierra, y asi en su natural cada cosa de las del mundo. Miró las obras hechas de sus manos; pareciéronle muy bien, como manos benditas y poderosas: alegróse de verlas, que estaban á su gusto. Eso pasa hoy al pie de la letra. Queremos hacer, ó contrahacer; cuan bien me parece el ave que en mi casa crio, el cordero que nace en mi cortijo, el árbol que planto en mi huerto, la flor que en mi jardin sale: como me huelgo de verla en tal manera, que aquello que no crié, hice, ó planté, aunque sea muy bueno, lo arrancaré, destruiré, y desharé, sin que me dé pesadumbre: y lo que es obra de mis manos, hijo de mi industria, fruto de mi trabajo, aunque no sea tal, como hechura mia, me parece y le quiero bien. Del árbol de mi vecino, y del conocido, no solo quitaré la flor y fruto, mas no le dejaré hoja, ni ramas, y si se me antojare, cortaréle et tronco. Del mio me llega al alma si hallo una hormiga que le dañe, ó

pájaro que le pique, porque es mio; y en resolucion todos aman sus obras: asi en quererlas bien, me parezco al que me crió, y de él lo heredé yo. En todos los mas actos es lo mismo: es muy proprio en Dios el dar, y muy impropio el pedir, cuando no es para nosotros mismos, que lo que nos pide, no lo quiere para sí, ni le hace necesidad al que es remedio de toda necesidad y hartura de toda hambre. Mucho tiene y puede dar, y nada le puede faltar: todo lo comunica y reparte, cual tu pudieras dejar sacar agua de la mar, y con mayor largueza, lo que va de tu miseria á su misericordia. Queremos tambien parecerle en esto: á su semejanza me hizo, á él he de semejar, como á la estampa lo estampado: qué locos, qué perdidos, qué deseosos y desvanecidos andamos todos por dar al avariento; el guardoso, el rico, el logrero, el pobre, todos guardan para dar, sino que los mas entienden menos, como he dicho antes de ahora, que lo dan despues de muertos. Si preguntases á estos que llegan el dinero, y le entierran en vida, ¿para qué le guardan? responderian los unos, que para sus herederos; otros, que para sus almas; otros, que para tener que dejar; y todos desengañados de que consigo no lo han de llevar. Pues ves como lo quieren dar, sino que es fuera de tiempo, como un aborto que no tiene perfeccion; mas al fin ese es nuestro fin y deseo. ¡Cuan endiosado se halla un hombre,

cuando con ánimo generoso tiene que dar, y lo da! ¡Qué dulce le queda la mano, y alegre el rostro! ¡Qué descansado el corazon! ¡Qué contenta el alma! Quítansele las canas, refréscase la sangre, la vida se le alarga, y tanto mucho mas (sin comparacion, cuanto sabe que tiene para ello, sin temor que le hará falta.

De donde queriendo hacer lo que hace el que como á sí nos hizo, gustamos tanto en él dar, y sentimos el pedir, y aquellos con quien la divina mano fué tan franca, que habiéndolos hecho y de animo noble, que es otro don particular se hallan oprimidos, faltos de bienes, querrian padecer antes cualquier miseria, que pedir á otro que se la socorra. De estos es de quien se debe tener lástima, y estos son á quien á manos llenas habia todo el mundo de favorecer, y en esto se conoce quien les hace amistad y se la muestra, que viendo al necesitado, le socorren sin que lo pida, que si aguardan á ese punto, ni le da, ni le presta; deuda es que le paga, con logro lo vende, y con ventajas. Ese es el amigo, que socorre al amigo, y este llamo socorro, con el que corro: yo he de darlo, que no han de pedirlo, con él he de correr, que no esperar, ni andar.

Si me detuve, y no te satisfice perdona mi ignorancia, recibiendo mi voluntad. Asi que la libertad en pedir solo al pobre le es dada, y

en esto nos igualamos con los reyes, y es particular privilegio poderlo hacer, y no ser bajeza, como lo fuera en los mas; pero hay una diferencia, que los reyes piden al comun para el bien comun, por la necesidad que padecen, y los pobres para sí solos, por la mala costumbre que tienen. La otra libertad de los cinco sentidos, ¿quien hay hoy en el mundo, que mas licenciosa ni francamente goce de ellos que un pobre, con mayor seguridad, ni gusto? Y pues he dicho gusto, comenzaré por él, pues no hay olla que no espumemos, manjar de que no probemos, ni banquete donde no nos quepa parte. ¿Donde llegó el pobre, que si hoy en una casa le niegan, mañana no le den? Todas las anda, en todas pide, de todas gusta; y podrá decir muy bien en cual se sazona mejor. El oir, ¿quien oye más que el pobre? que como desinteresados en todo género de cosas, nadie se rezela que los oiga, en las calles, en las casas y en las iglesias; en todo lugar se trata cualquier negocio, sin rezelarse de ellos, aunque sea cosa importante. Pues de noche, durmiendo en plazas y calles, ¿qué música se dió, que no la oyésemos? ¿Qué requiebro hubo, que no lo supiésemos? Nada nos fué secreto, y de lo público mil veces lo sabíamos mejor que todos, porque oíamos tratar de ello en mas partes que todos. Pues el ver, ¿cuan franca-

mente lo podíamos ejercitar sin ser notados, ni haber quien lo impidiese? ¿Cuantas veces me acusé, que pidiendo en las iglesias, estaba mirando y alegrándome? Quiero decir (para mejor aclararme) codiciando mugeres de rostros angélicos cuyos amantes no se atrevieran, ni osaran mirar, por no ser notados, y á nosotros nos era permitido. Oler, ¿quien mas pudo oler, que nosotros, que nos llaman oledores de casas agenas? Demas que si el olor es mejor, cuanto nos es mas provechoso nuestro ámbar, y almizcle (mejor que todos, y mas verdadero) era un ajo, que no faltaba de ordinario, preservativo de contagiosa corrupcion; y si otro olor queriamos, nos íbamos á una esquina de las calles donde se venden estas cosas, y allí estábamos al olor de los coletos y guantes aderezados, hasta que los polvillos nos entraban por los ojos y narices. El tacto querrás decir, que nos faltaba, que jamas pudo llegar á nuestras manos cosa buena; pues desengañaos ignorantes, que es diferente la pobreza de la hermosura. Los pobres tocan y gozan cosas tan buenas como los ricos, y no todos alcanzan este misterio. Pobre hay, que con su mendiguez, y pobreza sustenta muger, que el muy rico deseara mucho gozar, y quiere mas á un pobre que le dé y no le falte, que á un rico que la infame; y cuantas veces algunas damas me daban de su mano la limosna (no sé lo

que otros hacian) mas yo con mi mocedad la cogia con las mias, y en modo de reconocimiento devoto, no la soltaba hasta haberla besado; mas esto es gran miseria y bobería, que sobre todas las cosas, gusto, vista, olfato, oido, y tacto, el principal y verdadero de todos los cinco sentidos juntos, era el de aquellas rubias caras de los encendidos doblones, aquella hermosura de patacones, realeza de Castilla, que ocultamente teníamos, y con secreto gozábamos en abundancia, que tenerlos para pagarlos ó emplearlos, no es gozarlos: gozarlos, es tenerlos de sobra, sin haberlos menester mas de para confortacion de los sentidos; aunque otros dicen, que el dinero nunca se goza hasta que se gasta. Traíamoslos cosidos en unas almillas de remiendos, en lugar de jubones, pegados á las carnes. No habia remiendo, por sucio y vil que fuera, que no valiera para un vestido nuevo razonable; todos manábamos oro, porque comiendo de gracia, la moneda que se ganaba, no se gastaba, y ese te hizo rico, el que te hizo el pico; grano á grano hinche la gallina el buche. Llegámos á tener caudal, con que algun honrado levantara los pies del suelo, y no pisara lodos. Descansa un poco en esta venta, que en la jornada del capítulo siguiente oirás lo que aconteció en Florencia con un pobre, que allí falleció, contemporaneo mio, en quien conocerás el tacto nuestro, si como quiera es bueno.

VIDA Y HECHOS

DE GUZMAN

DE ALFARACHE.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO I.

En que Guzman de Alfarache cuenta lo que aconteció en su tiempo con un mendigo que falleció en Florencia.

COSA muy ordinaria es á todo pobre ser tracista, desvelándose noches y dias, buscando medio para su remedio, y salir de lacería. En todas partes acontece, y aunque dicen que en materia de crueldad Italia lleva la gala, y en ella mas los de la comarca de Génova; no creo que va en la tierra, sino la necesidad y codicia: diciéndose de estos que lo tienen todo, sus mismos naturales ciudadanos viniéron á llamarlos Moros Blancos. Ellos, para vengarse y echarles las cabras, dicen, que quien descubre la alcavala, ese la paga, que no se dijo por

ellos, ni se ha de entender sino por los tratantes de Génova, que traen las conciencias en faltriqueras descosidas, de donde se les pierde, y ninguno la tiene: uno dijo, que no, que de mas atras corria, y era que cuando los Genoveses ponen sus hijos á la escuela, llevan consigo las conciencias, juegan con ellas, hacen travesuras, unos las olvidan, otros perdidas allí se las dejan. Cuando barren la escuela, y las hallan, danlas al maestro, el cual con mucho cuidado las guarda en una arca, porque otra vez no se les pierda; quien despues la ha menester, si se acuerda donde la puso, acude á buscarla. Como el maestro guardó tantas, y las puso juntas, no sabe cual es de cada uno, dale la primera que halla, y vase con ella, creyendo llevar la suya, y lleva la del amigo, la del conocido, ó deudo. De ello resulta, que no trayendo ninguno la propria, miran, y guardan las agenas, y de aquí quedó el mal nombre. ¡Ha, ha España! ¡amada patria, custodia verdadera de la fe, téngate Dios de su mano, y como hay en tí mucho de esto! tambien tienes maestros que truecan las conciencias; y hombres que las traen trocadas. Cuantos olvidados de sí, se desvelan en lo que no les toca: la conciencia del otro reprehenden, solicitan, y censuran. Hermano, vuelve sobre tí, deshaz el trueco, no espulgues la mota en el ojo ageno, quita la viga del tuyo, mira que vas enga-

ñado; eso que piensas, que descarga tu conciencia, es burla, y tu te burlas de tí; no disimules tu logro, diciendo: Fulano es mayor logrero, no hurtes, y te consneles, ó disculpes con que el otro es mayor ladron, deja la conciencia agena, mira la tuya; esto te importa á tí, aparte cada uno de sí lo que es suyo, y los ojos del pecado ageno, pues ni la idolatría de Salomon, ni el sacrilegio de Judas disculpan el tuyo, á cada uno darán su castigo merecido. Como te inclinas á lo dañoso y malo, ¿por qué no imitas al bueno y virtuoso, que ayuna, confiesa, comulga, hace penitencia, actos de santidad y buena vida? ¿Es por ventura mas bombre que tú? ¿Dejas, como el enfermo, lo que te ha de sanar, y comes lo que te ha de dañar? Pues yo te prometo, que importará para tu salvacion acordarte de tí, y olvidarte de mí. Donde hay muchas escuelas de niños, y maestros, que guardan conciencias (aunque, como digo, ninguna ciudad, villa, ni lugar se escapa en todo el mundo) es en Sevilla, de los que se embarcan para pasar la mar; que los mas de ellos como si fuera de tanto peso, y volúmen, que se hubiera de hundir el navío con ellas, asi las dejan en sus casas, ó á sus huéspedes, que la guarden hasta la vuelta; y si despues las cobran (que para mí es cosa dificultosa, por ser tierra larga, donde no se tiene tanta cuenta con las cosas)

vienen, y sino tampoco se les da por ellas mucho, y si allá se quedan, menos. Por esto en aquella ciudad anda la conciencia sobrada de los que se la dejáron, y no volviéron por ella. No quiero pasarme por las gradas, ó lonja, ni entrar en la plaza de San Francisco, ni anegarme en el rio, déjese á una banda todo género de trato y contrato, que seria, si comenzase, no salir de ello; apuntado se quede, y como si lo dijera, piensen que lo digo, quizá lo diré algun dia.

Hubo un hombre, natural de un lugar cerca de Génova, gran persona de invenciones, y de sutil ingenio: Llamábase Pantalon Castelleto, pobre mendigo, que como fuese casado en Florencia y le naciese un hijo, desde que la madre le parió anduvo el padre maquinando como dejarle de comer, sin obligarle á servir, ni á tomar oficio. Allá dicen vulgarmente: Dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno, aunque yo le llamo desdichado, pues no es posible lograr lo que le dejó, ni llegar á tercer poseedor.

Este me parece, que por dejar el suyo bien parado, se puso á peligro; y aunque por ser casado (que es particular grangería, y largo de contar, casar pobres con pobres, y ser todos de un oficio) tenian razonablemente lo que les era menester para pasar su vida, y que poder dejar á su heredero para un moderado trato;

no se quiso fiar de la fortuna, pusósele en la imaginacion la crueldad mas atroz, que se puede pensar. Estropeóle, como lo hacen muchos de todas las naciones en aquellas partes, que de tiernos los tuercen y quiebran, como si fueran de cera, volviéndolos á entallar de nuevo, segun su antojo, formando varias monstruosidades de ellos, para dar mas lástima. En cuanto son pequeños, ganan de comer para su vejez, y despues con aquella lesion les dejan buen patrimonio.

Mas este quiso aventajarse con géneros nuevos de tormentos, martirizando al pobre y tierno infante: no se los dió todos de una vez, que como crecia, se los daba como camisas ó baños, uno seco y otro puesto, hasta venirle á dejar entallado, segun te le pinté.

Cuanto á lo primero, no le tocó, ni pudo en lo que recibió de sola naturaleza. Tenia, con toda su desdicha, buen entendimiento, era decidor, y gracioso. En lo que le dió, que fué la carne, comenzando por la cabeza, se la torció y traíala casi atras, caido el rostro sobre el hombro derecho. Lo alto y bajo de los párpados de los ojos eran una carne. La frente y cejas quemadas, con mas de mil arrugas. Era corcobado, hecho su cuerpo un ovillo, sin hechura ni talle de cosa humana. Las piernas vueltas por cima de los hombros, desencajadas y secas: tenia sanos los brazos, y la lengua.

Andaba como en jaula, metido en un arquetoncillo encima de un borrico, y con sus manos le regia; salvo, que para subir, ó bajar buscaba quien lo hiciese, y no faltaba. Era, como digo, gracioso, decia muchas, y muy buenas cosas. Con esto andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable, que toda Florencia se dolia de él, y asi por su pobreza, como por sus gracias, le daban mucha limosna. De esta manera vivió 72. años, poco mas, al cabo de los cuales le dió una grave dolencia, de que claramente conoció que se moria. Viéndose en este punto, y en el de salvarse, ó condenarse, como era discreto, revolvió sobre sí, pareciéndole no ser tiempo de burlas, ni de confesiones, para cumplir con la Parroquia; era la postrera, y quiso que fuese la valedera. Pidió por un confesor conocido suyo, de muchas letras y gran opinion, en vida, costumbres y doctrina. Con él trató sus pecados, comunicando sus casos; de manera que ordenó hacer su testamento con las mas breves y compendiosas palabras que se puede imaginar; porque hecha la cabeza, por ser oficio de notario; él en lo que le tocaba, dijo asi:

Mando á Dios mi alma que la crió, y mi cuerpo á la tierra el cual entierren en mi parroquia.

Iten mando, que mi asno se venda, y con el precio de él se cumpla mi entierro, y el albar-

no me murmuren, como hice de los otros! ¡Ó, esto de los corrillos y murmuraciones, y como es larga historia! Quien tuviera lugar de significar lo mal que parece un hidalgo ser sastre de tan mala ropa, que no hay religioso á quien no corten loba con falda, ni muger honrada queda sin saya entera: visten al santo, y al pecador al talle largo. Quédese aquí, porque si vivimos, allá llegarémos. ¿Á cual derecha regla, recorrido nivel, y medido compas ha de ajustarse aquel desventurado pretendiente, que por el mundo ha de navegar, esperando fortuna de mano agena? Si ha de ser buena, que tarde llega: si mala, que presto ejecuta; por mas que se ajuste, ha de pecar de falso y falto: si no es bien quisto, todo se le nota: si habla, aunque bien, le llaman hablador; si poco, que es corto; si de cosas altas y delicadas, temerario, que se mete en honduras, que no entiende; si de no tales, abatido; si se humilla, es infame; si se levanta, soberbio; si acomete, desbaratado y loco; si se reporta, cobarde; si mira, embelesado; si se compone, hipócrita; si se rie, inconstante; si se mensura, saturnino; si afable, tenido en poco; si grave, aborrecido; si justo, cruel; si misericordioso, buey manso. De toda esta desventura tienen los pobres carta de guia; siendo señores de sí mismos, francos de pecho, lejos de emuladores: gozan su vida sin almotacen que se la denun-

cie, sastre que se la muerda. Tal era la mia, si el tiempo, y la fortuna (consumidores de las cosas, que no consienten permanecer en un estado alguno) no me derribaran del mio, declarando por el color de mi rostro, y libres miembros, estar de salud rico, no llagado, ni pobre, segun lo publicaban mis lamentaciones; porque como una vez me tentase á pedir limosna en la ciudad de Gaeta en la puerta de una iglesia, donde por curiosidad quise ir á ver si su caridad y limosna igualaba con la de Roma, descubrí mi cabeza, como recien llegado, y no prevenido de lo necesario: para luego, y presto valíme de tiña, que sabia contrahacer por excelencia. Entrando el Gobernador, pasó por mí los ojos, dióme limosna, fuéme razonable algunos dias; y como la codicia rompe el saco, parecióme un dia de fiesta sacar nueva invencion; hice mis preparamientos, aderecé una pierna, que valia una viña. Fuíme á la iglesia con ella, comencé á entonar la voz, alzando de punto la plaga, como el que bien lo sabia; quísolo mi desgracia, ó mi poco saber, que siempre de la ignorancia y necedad proceden los acaecimientos. No tenia yo para que buscar pan de trastrigo, ni andar hecho trueca borricas en pueblo corto; pasara con mi tiña que me daba de comer, y es bien recibida, sin andarme buscando mas retartalillas, ni ensayando invenciones. Vino el Gobernador aquel

dia á aquella iglesia para oir misa, y como me reconoció, hízome levantar, diciendo : Vente conmigo, daréte una camisa que te pongas : creílo, fuíme con él á su posada : si supiera lo que me queria, no sé si me alcanzara con una culebrina, ni me asiera en sus manos, por buena maña que se diera. Cuando allá estuve, miróme al rostro, y dijo : Con esos colores, y esa frescura de cuerpo (que estás gordo, recio, y tieso) ¿como tienes asi esa pierna? Respondíle turbado : No sé, señor, Dios ha sido servido de ello; luego conocí mi mal, y atisbaba la salida, para si pudiera tomar la puerta : no pude, que estaba cerrada : mandó llamar un cirujano, que me examinase; vino, y miróme de espacio : á los principios turbéle, que no sabia que fuese; mas luego se desengañó, y le dijo : Señor, este mozo no tiene mas en su pierna, que yo en los ojos; y para que se vea claramente, lo mostraré. Comenzó á desenfardelarme, y desenvolviendo adobos, y trapos, me dejó la pierna tan sana, como era verdad que lo estaba : Quedó el Gobernador admirado en verme de aquella manera, y mas de mi habilidad : yo me pasmé, sin saber que decir, ni hacer, y si la edad no me valiera, otro que Dios no me librara de un ejemplar castigo; mas el ser muchacho me reservó de mayor pena, y en lugar de la camisa que me prometió, mandó que el verdugo, en su presencia,

me diese un jubon para debajo de la ropa que yo llevaba, y que saliese de la ciudad luego al momento; mas aunque no me lo mandara, en cuidado lo tenia, que allí no quedara, si señor de ella me hicieran. Fuíme temeroso, temblando, y encogido, volviendo de cuando en cuando atras la cabeza, sospechoso, si pareciéndoles no llevar bastante recado, quisieran darme otra vuelta: con esto me fuí á la tierra del papa, acordándome de mi Roma, y echándole á millares las bendiciones, que nunca reparaban en menudencias, ni se ponian á espulgar colores, cada uno busque su vida, como mejor pudiere. Al fin tierra larga, donde hay que mariscar, y por donde navegar, y no por estrechos, siempre por la canal, donde á pocos bordos, con poca tormenta darás en bajíos, quedando, roto, y desbaratado.

CAPÍTULO II.

Como vuelto á Roma Guzman de Alfarache, un Cardenal compadecido de él, mandó que fuese curado en su casa, y cama.

Bien es verdad natural en los de poca edad tener corta vista en las cosas delicadas, que requieren gravedad y peso, no por defecto del entendimiento, sino por falta de prudencia, la cual pide experiencia, y la epxeriencia tiempo, como la fruta verde mal sazonada no tiene sabor perfecto, antes acedo, y desabrido, asi no le ha llegado al mozo su maduro, fáltale el sabor, la especulacion de las cosas y conocimiento verdadero de ellas; y no es maravilla que yerre, antes lo seria si acertase. Con todo esto el buen natural de ordinario siempre tiene mas capacidad para las consideraciones. Conocí del mio, que muchas veces me levantó el espíritu mas de lo que pedian mis años, poniéndome como el águila sus pollos los ojos clavados en el sol de la verdad, considerando, que todas mis trazas, y modos de engañar, era engañarme á mí mismo robando al verdaderamente necesitado y pobre lisiado, impedido

del trabajo, á quien aquella limosna pertenecia; y que el pobre nunca engaña, ni puede, aunque su fin es ese porque quien da, no mira al que lo da, y el que pide, es reclamo que llama las aves, y ése está en su percha seguro. El mendígo, con el reclamo de sus lamentaciones recibe la limosna, que convierte en útil suyo, metiendo á Dios en su voz, con que le hace deudor, obligándole á la paga. Por una parte me alegraba, cuando me lo daban, por otra temblaba entre mí, cuando me tomaba la cuenta de mi vida, porque sabiendo ser cierto aquel camino de mi condenacion, estaba obligado á la restucion, como hizo el Florentín; mas cuando algunas veces veia, que algunos hombres poderosos y ricos, con curiosidad se ponian á hacer especulacion para dar una desventura de moneda, que es una blanca, no lo podia sufrir, gastábaseme la paciencia, y aun hoy se me refresca con ira, embistiéndoseme un furor de rabia en contra de ellos, que no sé como lo liga. ¿Rico amigo, no estas harto, cansado, y ensordecido de oir las veces que te han dicho, que lo que hicieres por cualquier pobre, que lo pide por Dios, lo haces por el mismo Dios, en nombre de quien te lo pide y él mismo te queda obligado á la paga, haciendo deuda agena suya propia? Somos los pobres, como el cero de guarismo, que por sí no vale nada, y hace valer á la letra, que se

le allega , y tanto mas cuantos mas ceros tuviere delante. Si quiere valer diez, pon un pobre para tí, y cuantos mas pobres remediares, y mas limosna hicieres, son ceros, que te darán para con Dios mayor merecimiento. ¿Qué te pones á considerar si gano, si no gano, si me dan, si no me dan? Dame tu lo que te pido, si lo tienes y puedes, que cuando no por Dios, que te lo manda, por naturaleza me lo debes; y no entienda que lo que tienes y vales es por mejor lana, sino por mejor cardada y el que á tí te lo dió y á mí me lo quitó, pudiera descruzar las manos y dar su bendicion al que fuera su voluntad y la mereciere. No seas especulador, ni hagas elecciones, que si bien lo miras, no son sino avaricia y excusas para no darla : yo lo sé, largar el ánimo para ello y que veas el efecto de la limosna. Oye lo que cuenta Sofronio, á quien cita Canisio, varon docto : Teniendo una muger viuda una sola hija muy hermosa doncella, el emperador Zenon se enamoró de ella y por fuerza, contra toda su voluntad, la estrupó, gozándola con tiranía. La madre, viéndose afligida por ello y ultrajada, teniendo gran devocion á una imágen de nuestra Señora, cada vez que á ella se encomendaba, decia : Vírgen María, venganza y castigo te pido de esta fuerza y afrenta que Zenon, tirano emperador, nos hace. Dice, que oyó una voz, que le dijo : Ya estuvieras ven-

gada, si las limonas del Emperador no nos hubieran atado las manos. Desata las tuyas en favorecer los menigos, que es tu interes, y te va mas á tí en dalo, que á ellos en recibirlo. No hizo Dios tano al rico para al pobre, como al pobre para el rico : no te atengas con decir quien lo merece mejor. No hay mas de un Dios, por ese te lo piden, á él se lo das, todo es uno, y tu no puedes entender la necesidad agena como aprieta, ni es posible conocerla en le exterior que juzgas, pareciéndote no estar sano, y no ser justo darle limosna : no busques escapatorias para descabullirte; déjalo á su dueño, no es à tu cargo el exámen; Jueces hay á quien toca, sino míralo por mí, si hubo descuido en castigarme; lo mismo harán los demas.

No te pongas, ó tú de malas entrañas, en acecho que ya te veo. Digo, que la caridad, y limona su órden tiene : no digo que no la ordenes, sino que la hagas, que la des; y no la espulgues si tiene, si no tiene, si dijo; si hizo; si pude; si no puede; si te la pide, ya se lo debes, caro le cuesta, como he dicho, y tu oficio solo es dar. El corregidor, y regidor; el prelado y su vicario abran los ojos, y sepan cual no es pobre, para que sea castigado. Ese es su oficio, esa su dignidad, cruz, y trabajo; no los hiciéron cabezas para el mejor bocado, sino para que tengan mayor cuidado; no para

reir con truanes, sino para gemir las desventuras del pueblo; no para dormir y roncar, sino para velar y suspirar, teniendo como el dragon continuamente clara la vista del espíritu. Asi, que á tí te toca solamente á dar limosna; no pienses que cumples dando lo que no te hace provecho; y lo tienes á un rincon para echarlo al muladar; que como si el pobre lo fuese, das en él con ello, no tanto por dárselo, como por sacarlo de tu casa, que asi fué el sacrificio de Cain. Lo que ofrecieres, lo mejor ha de ser, como lo hizo el justo Abel, con deseo, y voluntad, que fuera mucho mejor, y que haga mucho provecho, no como de por fuerza, ni con trompetas, antes con pura caridad, para que saques de ella el fruto que se promete, aceptándote el sacrificio.

Alejado voy de Roma, para donde caminaba: cuando allá llegué me reventáronlas lágrimas de gozo; quisiera fueran los brazos capaces de abrazar aquellas santas murallas. El primer paso que dentro puse fué con la boca, besando aquel santo suelo; y como la tierra que el hombre sabe, esa es su madre, y yo sabia bien la ciudad; era conocido en ella; comencé como antes á buscar mi vida; vida la llamaba siendo mi muerte, aquel me parecia mi centro.

Cuan casados estamos con las pasiones nuestras, y como lo que aquello no es, nos parece extraño siendo lo verdadero y cierto. Asi

me pareció la suma felicidad, juzgando á desventura lo demas; y aunque todo lo miraba, inclinábame á lo peor, y eso tenia por mejor. Levantéme una mañana, segun lo tenia de costumbre; y mi pierna que se pudiera enseñar á vista de oficiales: púseme con ella pidiendo á la puerta de un Cardenal y como él saliese para el Palacio sacro, se paró á oirme, que pedia la voz levantada, el tono extravagante y no de los ocho del canto llano, diciendo: Dame noble cristiano, amigo de Jesucristo; ten misericordia de este pecador afligido y llagado, impedido de sus miembros, mira mis tristes años, amancíllate de este pecador. ¡Ó reverendísimo Padre, Monseñor Ilustrísimo! duélase vuestra Señoría Ilustrísima de este misero mozo, que me veo y me deseo, loada sea la pasion de nuestro maestro y redentor Jesucristo. Monseñor, despues de haberme oido atentamente, apiadóse en extremo de mí, no le parecí hombre, representósele el mismo Dios. Luego mandó á sus criados que en brazos me metiesen en casa y que desnudándome aquellas viejas y rotas vestiduras, me echasen en su propia cama, y en otro aposento junto á este le pusiesen la suya; hízose asi en un momento. ¡Ó bondad grande de Dios! largueza de su condicion hidalga! Desnudáronme, para vestirme, quitáronme de pedir, para darme; y que pudiera dar: nunca Dios quita, que no sea para hacer

mayores mercedes. Dios te pide, darte quiere. Pónese cansado á medio dia en la fuente, pídete un jarro de agua de que beben las bestias; agua viva te quiere dar por ella, con que le goces entre los ángeles. Este santo varon lo hizo á su imitacion; y luego mandó venir dos expertos cirujanos, ofreciéndoles buen premio; les encargó mi cura, procurando mi sanidad; y con esto dejándome en las manos de los dos verdugos, en poder de mis enemigos, fuese á su viage. Aunque el fingir las llegas hacíamos de muchas maneras, las que tenia entonces eran con cierta yerba, que las hacia de tan mal parecer, y á la vista tan canceradas que á quien las viera parecieran incurables, y necesitar de grande remedio, teniéndolas por cosa cancerada; pero si solo tres dias dejara la continuacion de este embeleco, la propia naturaleza pusiera las carnes con la perfeccion y sanidad que antes tenian. Á los dos cirujanos les pareció á la primera visita cosa de mucho momento : quitáronse las capas; pidiéron un brasero de lumbre, manteca de vacas, huevos y otras cosas, que cuando todo estuvo á punto, me desfajáron muy de propósito. Preguntáronme, ¿cuanto tiempo habia que padecia de aquel mal? ¿si me acordaba de que hubiese procedido? si bebia vino, que cosas comia y otras preguntas como esta, que los en el arte peritos acostumbran hacer en semejantes actos. Á to-

do enmudecí, quedando como un muerto; que no estaba en mí, ni lo estuve en mucho rato, viendo tanto preparamento para cortar y cauterizar; y cuando de esto escapase, mi maldad habia de quedar manifiesta. Lo en Gaeta padecido se me antojaban flores: aquí fué el temer á Monseñor, cuan bravo castigo me habia de mandar hacer, por la burla recibida. No sabia como remediarme, que hacerme, ni de quien valerme, porque en toda la Letanía, ni en el Flos-Sanctorum no hallaba santo defensor de bellacos, que quisiera disculparme. Habiéndome mirado y dado cien vueltas, dije: Perdido voy, aun de vida soy, sin pellejo me dejan esta vez: dos horas son de trabajo (si ya no me sepultan en el Tiber) pasarélas como pudiere; y si me cortan la pierna, quedaré con mejor achaque; y cierta la ganancia, sino es que me muero: mas cuando tan mal suceda, tendrélo hecho para adelante y no será menester otra vez. ¡Que puedo hacer, desdichado de mí! Nacido soy, paciencia y barajar, que ya está hecho. En esto vacilaba, cuando de la codicia y avaricia de los cirujanos hallé abierta la puerta de mi remedio. El uno de ellos, mas experimentado, vino á conocer aquello ser fingido y que por las señales procedia de los efectos de la misma yerba, que yo usaba, callólo para sí, diciendo al compañero: Cancerada está esta carne, será necesario para que el da-

ño se ataje y nazca otra nueva, quitar hasta la viva y quedará como conviene. El otro dijo: Tiempo largo es menester para esta cura, ocasion hay para sacar el vientre de mal año. El que sabia mas, tomó al otro por la mano y sacóle allá fuera en la antesala. Yo que los ví salir, salté de la cama tras ellos á escuchar, y oí que le dijo asi: Señor doctor, no creo que vuesa merced tiene advertida esta enfermedad, y no me maravillo, porque se curan pocas á ella semejantes y asi pocos las conocen; pues quiero que sepa, que tengo descubierto un gran secreto. ¿Qué, por mi vida, le dijo el otro? Yo lo diré á vuesa merced, le respondió: este es un grandísimo poltron, las llagas que tiene son fingidas, ¿qué harémos? Si le dejamos, el bien se nos va de los manos, con la honra y el provecho; si le queremos curar, no tenemos de que y reiráse de nuestra ignorancia; y si de una, ni otra manera se puede salir bien de ello, será lo mejor decir al cardenal el caso como pasa. El otro dijo: No señor, por ahora no conviene, menos mal es que para con este, que es un pícaro, quedemos con poca opinion, que dejar de gozar tan fina ocasion. No nos demos por entendidos, antes le irémos curando con medicamentos que entretengan; y si fuere necesario, aplicarle corrosivos, que le coman de la carne sana, en que nos ocupemos algunos dias. El otro dijo: No señor, que para eso me-

jor seria desde luego comenzar con él fuego, cauterizando lo inficionado. En cual de los dos remedios habian de comenzar y como se habia de partir la ganancia estuviéron discordes, á punto de manifestarme á Monseñor, porque el que conoció el mal queria mas parte. Viendo pues en lo que reparaban y ser de poco momento, que de buen partido lo diera yo de mi desventurada pobreza, en trueco de no quedar perdido; asi como estaba, desnudo, salí á ellos y postrado ante sus pies, les dije: Señores, en vuestras manos y lengua está mi vida ó muerte, mi remedio y mi perdicion: de mi mal no se os puede seguir bien, y de mi bien está cierto el provecho y la reputacion. Ya os es notoria la necesidad de los pobres, y la dureza de los corazones de los ricos que para poderlos mover á que nos den una flaca limosna, es necesario llagar nuestras carnes con todo género de martirios, padeciendo trabajos y dolores; y aun estas, ni otras mayores lástimas nos valen. Gran desventura es tener necesidad de padecer lo que padecemos, para un miserable sustento, que de ello sacamos: Doleos de mí por un solo Dios, que sois hombres, que correis por la plaza del mundo y sois de carne como yo y el que me necesitó, pudiera necesitaros: No permitais que sea descubierto; haced vuestra voluntad, que en lo que tocare á serviros y ayudaros, no faltaré un punto, de manera que sal-

gais de esta cura muy aventajados. Fiaos de mí, que cuando no estuviera de por medio algun otro seguro, que el temor de mi pena, me hiciera tener secreto : En lo de la ganancia no se repare; mejor es aceptarla, que perderla; juguemos tres al mohino, que mas vale algo que nada. Estas plegarias y preiogativas, fuéron bastantes á que tuviesen por acertado mi consejo y mas cuando viéron, que salí al camino. Gustáron tanto de ello que en hombros quisiẽran volverme á la cama de contento : ellos y yo lo recibímos, por lo que á cada uno le importaba. Tanto se tardáron en estos conciertos y debates, que apenas estaba vuelto á cubrir con la ropa, cuando Monseñor entraba por la puerta; uno de los dos cirujanos le dijo: Crea vuesa Señoría Ilustrísima, que la enfermedad de este mozuelo es grave y necesariamente se le han de hacer grandes beneficios, porque tiene la carne cancerada en muchas partes y el daño tan arraigado, que los medicamentos es imposible obrar sin largo transcurso de tiempo; mas estoy confiado y sin alguna duda certifico, que ha de quedar sano y bueno, mediante la voluntad de Dios. El otro dijo : Si este mozuelo no cayera en las piadosas manos de vuesa Señoría Ilustrísima, dentro de pocos dias acabara de corromperse y muriera; mas atajarásele su daño de modo que dentro de seis meses y aun antes, le quedarán

sus carnes tan limpias como las mias. El buen Cardenal, á quien solo la caridad le movia, les dijo : En seis ó en diez, cúrese como se ha de curar, que yo mandaré proveer lo necesario; con esto los dejó y se entró en el otro aposento : Esto me alentó y como si de otra parte me trajeran el corazon, y me le pusieran en el cuerpo, asi entonces lo sentí, que aun hasta este punto no estaba confiado de aquellos traidores. Temia no dieran alguna vuelta, dejándome perdido; mas ya con lo que allí tratáron en mi presencia, quedé alegre y consolado; pero la costumbre del jurar, jugar y bribar son duras de desechar, no pudo dejar de darme gran pesadumbre verme impedido, encerrado, inhábil de gozar lo mucho y bueno que tenia pidiendo, mas pasábase menos mal, por el curioso tratamiento, comida y cama que tenia, que era segun podia desearse, como un príncipe servido, como la persona de Monseñor curado, y asi lo mandó á los de su casa; demas, que por su propia persona venia todos los dias á visitarme y algunos estaba conmigo hablando de cosas que gustaba oirme. Con esto sané de la enfermedad, y cuando pareció á los cirujanos tiempo, se despidiéron, siendo de su poco trabajo mucho y bien pagados, y á mí me mandáron hacer de vestir, y pasar al cuartel de los pages, para que como uno de ellos de allí adelante sirviese á su Señoría Ilustrísima.

CAPÍTULO III.

Como Guzman de Alfarache sirvió de page á Monseñor Ilustrísimo Cardenal, y lo que le sucedió.

De todas las cosas criadas, ninguna podrá decir haber pasado sin su imperio: á todo les llegó su vida, y tuviéron vez; mas como el tiempo todo lo trueca, las unas pasan y otras han corrido. De la poesía, ya es notorio cuanto fué celebrada. Diga de la oracion la antigua Roma, la veneracion que dió á sus oradores: y hoy nuestra España á las sagradas letras, de tantos tiempos atras bien recibidas, y en el punto en que estan ambos derechos. Los vestidos, y trages de España no se escapan, que inventando cada dia novedades, todos ahilan tras ellas como cabras, ninguno queda que no los estrene, y aquello no parece bien, que hoy no admite el uso no obstante que se usó, y tuvo por bueno, llegando la ignorancia del vulgacho á querer todos emparejarse, vistiendo una medida, el alto como el bajo de cuerpo, el gordo como el flaco, el defectuoso como el sano, haciendo sus talles de feas monstruosidades, por seguir igualmente al uso, y querer con un ja-

rabe curar todas las enfermedades. Tambieu los vocablos y frascs de hablar corrompió el uso, y los que algun tiempo eran limados y castos, hoy tenemos por bárbaros. Las comidas tambien tienen su cuando, que no nos sabe bien en el invierno lo que por el verano apetecemos, ni en el otoño lo que en el estío, y al contrario. Los edificios y máquinas de guerra se inovan cada dia; las cosas manuales van rodando; las sillas, los bufetes, escritorios, mesas, bancos, taburetes, candiles, candeleros, los juegos y danzas, que aun hasta en lo que es música y en los cantares hallamos esto mismo, pues las seguidillas arrinconáron la zarabanda; y otros vendrán, que las destruyan y caigan. Quien vió los machuelos un tiempo que tanto terciopelo arrastráron en gualdrapas, y ser incapaces hoy de toda cortesía, que ni cosa de seda ni dorada se les puede poner.

Testigos somos todos cuando el hermano Sardesco era el regalo de las damas, en que iban á sus estaciones y visitas: ahora es todo sillas las que antes eran albardas.

Digan las mismas damas cuan esencial cosa sea y lo que importa tener perritos falderillos, monas y papagayos para entretener el tiempo que en los pasados gastaban cou la rueca y con las almohadillas, mas fuéron dosgraciadas y pasáron: corriéron como todo. Á la verdad aconteció lo mismo: tambien tuvo su cuando;

de tal manera, que antiguamente se usaba mas que ahora, y tanto, que viniéron á decir haber sido sobre todas las virtudes respetadas, y aquel que decia mentira mas ó menos de importancia era conforme á ella castigado, hasta darle pena de muerte, siendo públicamente apedreado. Mas como lo bueno cansa y lo malo nunca se daña, no pudo entre los malos ley tan santa conservarse. Sucedió, que viniendo una gran pestilencia, todos aquellos á quien tocaba, si escapaban con la vida, quedaban con lesion de las personas: y como la generacion fuese pasando, alcanzándose unos á otros, los que sanos nacian vituperaban á los lisiados, diciéndoles las faltas y defectos de que notablemente les pesaba de ser notados, de donde poco á poco vino la verdad á no querer ser oida; y de no quererla oir, llegáron á no quererla decir, que de un escalon se sube á dos, y de dos hasta el mas alto, y de una centella se abrasa una ciudad. Al fin fuéronsele atreviendo, hasta venir á romper el estatuto, siendo condenada en perpetuo destierro, y á que en su silla fuese recibida la mentira. Salió la verdad á cumplir el tenor de la sentencia: iba sola, pobre y cual suele acontecer á los caidos, et que tanto uno vale, cuanto lo que tiene y puede valer; y en las adversidades, los que se llaman amigos, declaradamente se descubren por enemigos, á pocas jornadas, estando en un repecho, vió

parecer por cima de un collado mucha gente, y cuanto mas se acercaba, mayor grandeza descubria. En medio de un escuadron, cercado de un ejército, iban reyes, príncipes, gobernadores, sacerdotes de aquella gentilidad, hombres de gobierno y poderosos, cada uno conforme à su calidad, mas ó menos, llegados cerca de un carro triunfal, que llevaban en medio con gran magestad, el cual era fabricado con admirable artificio y extrema curiosidad. En él venia un trono hecho, que se remataba con una silla de marfil, ébano y oro; con muchas piedras de precio engastadas en ella, y una muger sentada, coronada de reyna, el rostro hermosísimo: pero cuanto mas cerca, perdia de su hermosura, hasta quedar en extremo fea. Su cuerpo, estando sentada, parecia muy gallardo; mas puesta en pie, ó andando, descubría muchos defectos. Iba vestida de tornasoles riquísimos á la vista de colores varios, mas tan sutiles y de poca sustancia, que el aire los maltrataba, y con poco se rompian. Detúvose la verdad en tanto, que pasaba este escuadron, admirada de ver su grandeza, y cuando el carro llegó, que la mentira reconoció la Verdad, mandó que parasen. Hízola llegar cerca de sí. ¿Preguntóle de donde venia, y á que iba? Y la Verdad la dijo en todo. A la Mentira le pareció convenir á su grandeza llevarla consigo, que tanto es uno mas pode-

roso, cuanto mayores contrarios venee, y tanto es mas tenido, cuantas mas fuerzas resistiere. Mandóle volver, no pudo líbrarse, hubo de caminar con ella; pero quedóse atras de toda la turba, por ser aquel su propio lugar conocido. Quien buscare la verdad, no la hallará con la mentira, ni sus ministros; á la postre de toda está, y allí se manifiesta. La primera jornada que hiciéron fué á una ciudad, en donde salió á recibirlos el Favor, un príncipe muy poderoso, convidóla con el hospedage de su casa, acceptó la mentira á la voluntad, mas fuése al meson del Ingenio, casa rica, donde la aderezáron la comida, y sestéaron. Luego, queriendo pasar adelante, llegó el mayordomo, Ostentacion, con su gran personage, la barba larga, el rostro grave, el andar compuesto, y la habla reposada; preguntóle al huésped lo que debia, hiciéron la cuenta, y el mayordomo, sin reparar en ninguna cosa, dijo que bien estaba. Luego la mentira llamó á la Ostentacion, diciéndole: Pagadle á ese buen hombre de la moneda que le disteis á guardar, cuando aquí entrásteis. El huésped quedó como tonto, qué moneda fuese aquella qne decian. Túvolo á los principios por donaire, mas como instasen en ello, y viese que lo afirmaba tanta gente de buen talle, lamentábase, diciendo, nunca habérsele dado. Presentó la mentira por testigos al Ocio su teso-

rero, á la Adulacion su maestresala, al Vicio su camarero, á la Asechanza su dueña de honor, y otros sirvientes suyos, y para mas convencerle, mandó comparecer ante sí al interes, hijo del huésped, y á la codicia su muger. Todos los cuales contestes afirmáron ser asi. Viéndose apretado el ingenio, con exclamaciones rompia los aires, pidiendo á los cielos manifestase la verdad; pues no solo le negaban lo que le debian, pero le pedian lo que nò debia. Viéndole la Verdad tan apretado, como tan amiga, que siempre deseó ser suya, le dijo: Ingenio, amigo, razon teneis, pero no puede aprovecharos, que es la mentira quien os niega la deuda, y no hay aquí mas de á mí de vuestra parte, y en lo que puedo valeros es, en solo declararme, como lo hago. Quedó la mentira tan corrida de aqueste atrevimiento, que mandó á los ministros pagasen de la hacienda de la verdad; y asi se hizo, y pasáron adelante haciendo por los caminos, ventas y posadas lo que tiene de costumbre semejante género de gente, sin dejar alguna que no robasen, que un malo suede ser verdugo de otro, y siempre un ladron, un blasfemo, un rufian y un desalmado acaba en las manos de su igual; son peces, que se comen grandes á chicos. Llegáron mas adelante á un lugar donde la Murmuracion era señora, y gran amiga de la Mentira: Salióle á recibir, llevando delante de sí los poderosos de su

tierra, y privados de su casa; entre los cuales iban la Soberbia, Traicion, Engaño, Gula, Ingratitud, Malicia, Odio, Pereza, Pertinacia, Venganza, Envidia, Injuria, Vanagloria, Locura, y voluntad, sin otros muchos familiares. Convidóla con su posada, la cual aceptó la Mentira, con una condicion, que solo se le diese el casco de la casa, porque ella queria hacer la costa. La murmuracion quisiera mostrarle allí su poder, y regalarla; mas como debia dar gusto á la mentira, recibió la merced que le hacia, sin replicarle mas en ello, y asi se fuéron juntos á palacio. El veedor Solicitud, y el despensero Inconstancia, proveyéron la comida; y á la fama viniéron con la comarca con suma de bastimentos, todo se recibia, sin reparar en precios; y habiendo comido, queriendo ya partirse, les dueños pidiéron su dinero de lo que habian vendido; el tesorero dijo, que nada les debia; y el despensero, que lo habia pagado. Levantóse gran alboroto; salió la Mentira, diciendo: Amigos, ¿qué pedis? locos estais, ó no os entiendo; ya os han pagado cuanto aqui trajísteis, que yo lo vi, y os diéron el dinero en presencia de la Verdad, ella lo diga si basta por testigo. Fuéron á la Verdad: que lo dijese, hízose dormida, recordáronla con voces, mas ella (considerando lo pasado) dudaba en lo que habia de hacer: acordó fingirse muda, escarmentada de hablar,

por no pagar agena costa, y de sus enemigos, y con aquella costumbre se ha quedado; ya la verdad es muda, por lo que le costó el no serlo; ese que la trata, paga: mas á mi parecer pinto en la imaginacion, que la verdad, y la mentira son como la cuerda, y la clavija de cualquier instrumento. La cuerda tiene lindo sonido, suave y dulce: la clavija gruñe, rechina, y con dificultad voltea. La cuerdà va dando de sí; alargándose, hasta que la ponen en punto. La clavija va dando tornos, quedando, apretada, señalada, y gastada de la cuerda; pues asi pasa. La verdad es la clavija, y la mentira es la cuerda; bien puede la mentira, yéndose estirando, apretar á la verdad, y señalarla, haciéndola gruñir, y que ande desabrida; pero al fin va dando tornos, y estirando, aunque con trabajo, y quedando sana, la mentira quiebra.

Si mi trato fuera verdad, aunque pasara por tantos tormentos, afrentas y pesadumbres, no pudieran al cabo dejar de tener buen puerto. Era mentira, embuste y bellaquería, luego faltó y quebró. No pudo resistir la torcedera, siempre rodando de daño en daño, de mal en peor, que un abismo llama á otro. Ya soy page, quiera Dios que no vengamos á peor. No es posible lo que está violentado dejar de bajar ó subir á su centro, que siempre apetece. Sacáronme de mis glorias, bajándome á servir;

presto verás lo poco que asisto en ello, que tanto caminar apriesa, el cansancio llegará presto: venir tan de vuelo de uno en otro extremo no puede ser con firmeza; es dificultosísimo de conservarse. Si el árbol no echa raices y no lleva fruto, presto se seca; no las pude echar en el oficio nuevo, aunque perseveré algunos años, ni vine á fructifiar: fué mucho salto, á page de pícaro (aunque son en cierta manera correlativos y controvertibles, que solo el hábito los diferencia) por fuerza me habia de lastimar. Bien al rebes me aconteció que á los otros, pues dicen que las honras, cuanto mas crecen, mas hambre ponen: á mí me daban hastío: las que habia profesado, esas lo eran para mí; cada uno en lo que se cría. Bueno seria sacar el pez del agua y criar los pabos en ella; hacer volar el buey, y el águila quedar; sustentar el caballo con arena, cebar con paja al alcon y quitar al hombre lo risible. Yo estaba enseñado á las ollas de Egipto; mi centro era el bodegon: la taberna el punto de mi círculo; el vicio mi fin á quien caminaba; en aquello tenia gusto, aquello era mi salud y todo lo á esto contrario lo era mio. El que como yo estaba hecho á que quieres boca, cuerpo qué te falta, los ojos hinchados de dormir, y por otra parte las manos como seda de holgar, el pellejo liso y tieso de mucho comer, que me sonaba el vientre como un pandero, las

nalgas con callos de estar sentado, mascando siempre á dos carrillos como la mona, de qué manera pudiera sufrir una limitada racion, y estar un dia de guarda, y á la noche la hacha en la mano en un pie como grulla arrimado á la pared, hasta casi amanecer, á veces sin cenar, y aun las mas, era mas cierto, helado de frio, esperando que salga ó entre la visita, hecho resaca de las escaleras, ó fuelles de herrero, bajando y subiendo; acompañar, seguir la carroza á horas y deshoras, poniéndonos el invierno de lodo y el verano de polvo; sirviendo á la mesa, el vientre ahilado con deseos, comiendo con los ojos, y deseando en el alma lo que allí se ponia: llevar el recado, volver con otro, gastando zapatos, y de mes á mes que nos los daban, los quince dias andàbamos descalzos. En esto se pasa desde primero de enero, hasta fin de diciembre de cada un año. Preguntando al cabo de ello, ¿qué teneis horro? ¿Que se ha ganado? La respuesta está en la mano: Señor, sirvo á mercedes, he comido y bebido, en invierno frio, en verano caliente, poco, malo y tarde, traigo este vestido que me diéron; y no tanto con que me cubriese cuanto para con que sirviese, no para que me abrigase, sino con que los honrase, hiciéronlo á su gusto y á mi costa: diéronme por mis dineros los colores de su antojo, lo que habemos medrado en abundancia ha sido resfriados, que no hay

hombre que pueda alzar un plato, granos y comezon con que nos entretenemos, y otras cosas de frutillas, tales ó peores. Cuando el viento corre fresco y alcanzamos valor de diez ó doce cuartos todo en grueso, ha sido de otros tantos pellizcos ó bocados de cera que quitamos á la hacha y los vendemos á un zapatero de viejo. El que puede acaudalar un cabo, ya ese tiene patrimonio, hace grandezas, compra pasteles y otras chucherías; mas acaso si en ello le hallan, en azótes lo paga, que es un juicio. Solo esto se permitia hurtar, digo, se hurtaba, menos mal que si se nos permitiera, cabo á cabo me diera tal maña que pusiera tienda de cerería; mas cuando esquilaba de la mia ó traspalaba de las de mis compañeros, aquello era todo. Eran ellos tan rateruelos que nunca les vi meter mano en otra cosa, dejado á parte de comida, que las tales se consumen y nunca se venden, y aun en esto hacian mil burradas, que como uno levantase un panal de la mesa, envolvióle de presto en un lienzo y metióle en la faltriquera. Como servia los manjares, y no pudiese tan presto darle puerto de salvacion ó el cobro que deseaba, y con el calor se fuese la miel derritiendo, iba corriendo por las medias calzas abajo á mucha prieza: Monseñor lo miraba desde la mesa, y con gana de reir que tuvo mandóle que se estirase arriba las calzas; el page lo hizo: como pasó las ma-

nos por encima de la miel, pegósele, y quedó corrido de lo que allí se riéron; mas á fe que le amargó, porque sin gustar de la miel con una correa le hiciéron que diese la cerá. No, fuera yo, qué á fe que nunca tal me sucediera; sabia muy bien cualquier bellaquería y no estaba olvidado de mis mañas; porque no se me secase la vayna me ocupaba siempre en menudencias, haciendo cuidadosos á mis compañeros. El diablo trajo á palacio necios y lerdos que se dejan caido cada pedazo por su parte: gente enfadosa de tratar, pesada de sufrir y molesta de conversar. El hombre ha de parecer al buen caballo ó galgo; en la ocasion ha de señalar su carrera y fuera de ella se ha de mostrar compuesto y quieto. Page habia, y digo, que los mas y me alargo mas, que todos eran unos leños, lerdos, poco bulliciosos, asi delante como detras de su señor. Tan tardos en los mandados como en levantarse de la cama; flojos, haraganes, descuidados, que por ser tales holgaba de hacerles tiros, acomodándolos de medias, ligas, cuellos, sombreros, lienzos, cintas, puños, zapatos, y lo mas que podia, de que poblába el jergon de la cama de mi compañero porque no lo hallasen en la mia. En los aires lo trocaba por otro, y aunque fuera por hierro viejo no habia de quedar en mi poder. Tuviera cada uno buena cuenta con su hatillo, que si un punto se descuidaba, ojos

que lo viéron ir nunca lo vieran volver. De aquestas travesuras hacia muchas y todas eran obras de mozo liviano. Dí en una cosa despues que jamas me habia pasado por el pensamiento, y fué en goloso. No sé si lo hizo el comer por tasa, y que levantó el deseo el apetito ó que debia estar en muda, porque dicen, que en ciertas edades truecan los hombres de costumbres. Íbame tras la golosina como ciego en el rezado; las que mis ojos columbraban en el erario no estaban seguras; mis manos eran águilas; como el ciervo con el resuello saca las culebras de las entrañas de la tierra, asi yo poniendo los ojos en las cosas de comer se me rendian, viniéndoseme á la boca. Tenia Monseñor un arcon grande que usan en Italia, de pino blanco: aun en España he visto muchos de ellos que suelen traer de allá con mercaderías, especialmente con vidrios ó barros: este estaba en la recámara para su regalo, con muchos géneros de conservas azucaradas, digo secas: allí estaba la pera bergamota de Aranjuez, la ciruela Genovesa, melon de Granada, cidra Sevillana, naranja y toronja de Plasencia, limon de Murcia, pepino de Valencia, tallos de las Islas, berengena de Toledo, orejones de Aragon, patatas de Málaga; tenia camuesa, zanahoria, calabaza, confituras de mil maneras y otros infinitos números de diferencias que me traian el espíritu inquieto y el

alma desasosegada. Siempre que habia de hacer colacion ó comer alguna de estas cosas, dábame la llave, que lo sacase en su presencia, sin fiarla nunca de mí á solas. De esta desconfianza nació ira, de la ira deseo de venganza, con él me puse á soñar estando despierto: ¡válgame Dios! ¿como le daríamos á este arcon garrote? Ya dije que era grande á mi parecer de dos varas y media, una de alto y otra en ancho; blanco mas que un papel, la veta menuda como hilos de cambray, bien labrado, pulido, cerrado con cantoneras y su chapa en medio. Si sabes que es hurtar ó lo has oido decir, ¿como será bueno vaciarlo sin falsear llave, abrír cerradura, quitar gozne ni quebrar tabla? Espera, te diré que hacia. Cuando me cabia la guarda y habia en casa visita ó cualquier otra ocupacion que parecia forzosa, ó prometia seguridad, tenia mi herramienta prevenida, alzaba un poquito el un canton de la tapa cuanto podia meter una cuña de madera, y alzaprimando un poco mas metia un palo rollizo torneado como cabo de martillo; este iba poco á poco cazando con él, dando vueltas hácia la chapa, y cuanto mas á ella le llegaba, tanto le dejaba del canto mas levantada; de manera que como era mozuelo y tenia delgado el brazo, sacaba le que se me antojaba, de que poblaba las faltriqueras. Mas hacia; cuando alguna vez no alcanzaba lo que estaba

un poco lejos, contra la contumacia y rebeldía de las tales cosas, ponia en un palillo ó cabo de caña dos alfileres, uno de punta y otro hecho garabato, con que lo hacia venir á obediencia; asi era señor de cuanto dentro estaba sin tener llave para ello. Díme tan buena maña en todo, que aunque habia mucho ya se veia la falta, y conoció ser claro por una zamboa castellana, que como fuese muy grande y estuviese toda dorada me incliné á ella; era una ascua de oro á la vista y despues bien me supo; que hasta hoy la traigo en la bóca : nunca mejor cosa, ni su semejante vi en mi vida. Como era pieza conocida y faltase de allí comenzó la sospecha general; mas nunca se entendió que se hubiera sacado menos que con llave contrahecha; y de esto pesara mucho á monseñor tener en su casa quien se atreviera á falsear cerraduras, y mas las de dentro de su retrete. Llamó á sus criados principales para que la verdad se supiera; quiso mi buena suerte que ya estaba toda digerida, sin memoria de ella en mi poder. Era el mayordomo un capellan melancólico, de mala digestion; dijo que llamasen á todos los criados para que encerrados en una pieza se hiciera en ellos cala y cata, y en sus aposentos; porque obra semejante no era de hombre de razon sino atrevimiento de criado mozo. Á todos nos enjauláron; mas no fué de sustancia, que nos halláron cabales, de la marca y á

ninguno falso. Esta se pasó mas el cuidado no, que á bnena fe que andaba el amo deseoso de saber la verdad : yo con el alboroto dejé pasar algunos dias hasta que se olvidase y hubiese otro asno verde, sin osar poner las manos ni aun la vista en el arcon; mas la corcova que el árbol pequeño hiciere, en cuanto fuere mayor se le hará peor : las malas mañas que aprendí me quedáron endebles. Asi pudiera sustentarme sin ello como sin resollar, y mas aquellas niñerías, que yo les habia tomado el tiento y me sabian bien. No pude tenerme en la silla sin volver á caer y á visitarle de nuevo; volvíme á la querencia. Un dia que mi amo jugaba, parecióme lance forzoso asistir allí con otros cardenales, aunque le pesaba. Estaba el arcon en un retretillo como alcoba, mas adentro de la cámara en que dormia, y teniendo mi brazo arremangado dentro de él, acertó á darle á monseñor gana de orinar : levantóse á su aposento, y no viendo algun page, tomó el orinal que estaba á la cabecera, y estando orinando, sentílo y alborotéme; quise con el sobresalto sacar el brazo de presto, cayóse el garrotejo rollizo en el suelo y quedéme asido dentro, el brazo entre la tapa y el canton de las maderas; quedé como gorrion en la losera, bien apretado. Al ruido del golpe monseñor preguntó : ¿Quien está ahí? No pude responderle, ni apartarme de como estaba : entró dentro y hallóme

de rodillas castrando la colmena. Preguntóme, ¿qué hacia? Hube de confesar: dióle tanta gana de reir en verme de aquella manera, que llamó á los que con él jugaban para que me vieran; riéronse todos y rogáron por mí, que aquella se me perdonase por ser la primera y golosina de muchacho. Monseñor porfiaba que no, y que habia de ser azotado. Sobre cuantos azotes me habian de dar hubo nueva chacota, que asi los iban regateando como si fuera hechura de algun pontifical; quedáron de concierto fuesen una docena; remitiéron la paga al dómine Nicolao, que servia de secretario; era mi mortal enemigo: diómelos con tales ganas en su aposento, que en quince dias no pude estar sentado; pero no le sucedió de ello como pensaba, que me lo pagó muy presto y aun con setenas; y fué, que como los mosquitos le persiguiesen, y hubiese muchos en toda Roma, y en casa buena cantidad, le dije: Yo, señor, daré un remedio de que usábamos en España para destruir esta mala canalla. El me lo agradeció, y con ruegos me importunó se le diese; díjele, que mandase traer un manojo de perejil, y mojado en buen vinagre le pusiese á la cabecera de la cama; que todos acudirian al olor y en sentándose en él irian caiendo muertos. Creyóme, é hízolo luego. Cuando se fué á la cama cargó tanto número de ellos y diéronle tan mala vida, que le sacaban los ojos

á tenazadas y le comian las narices. Dábase mil bofetadas para matarlos, y creyendo que moririan pasó hasta por la mañana. La noche siguiente, como el remedio hubiese atraido, no solo los de casa, mas aun los de todo el barrio, de tal manera le desfiguráron el rostro y todo lo mas que pudiéron alcanzar de su cuerpo con tal exceso, que fué necesario dejar el aposento y salirse de él huiendo. El secretario me quiso matar, y viéndole monseñor de aquella manera que parecia leproso, y que yo de miedo no parecia, se descompuso riendo de la burla que le hice y mandóme llamar; preguntóme, ¿por qué habia hecho aquella travesura? Respondíle: Vuestra Señoria Ilustrísima me mandó dar una docena cabal de azotes por lo de las conservas y se acuerda bien cuanto se regateáron, uno á uno: demas de esto, no habian de ser azotes de muerte, sino de los que pudieran llevar mis años; el dómine Nicolao me dió mas de veinte por su cuenta siendo los postreros los mas crueles; y asi vengué mis ronchas con las suyas. Pasóse en gracia; y porque de mi atrevimiento pasado quedé azotado y desterrado del servicio de la cámara, serví este tiempo al camarero.

CAPÍTULO IV.

Como Guzman de Alfarache vengó una burla que el secretario hizo al camarero á quien servia, y el ardid que tuvo para hurtar un barril de conserva.

Era hombre donoso sin punta de malicia, todo del buen tiempo, hecho á la buena fe, sin mal engaño, salvo que era un poco importuno y algo imaginativo. Tenia unas parientas pobres y cada dia les emviaba su racion, y algunas veces comia ó cenaba con ellas, como lo hizo la noche antes que sucediese lo que oiréis adelante; y de achaque de un jarro de agua y unas tajarinas (que es un manjar de masa cortada y cocida en graso de ave con queso y pimienta) no vino bien dispuesto; fuése à la cama derecho y metióse dentro desnudo. Pues como faltase á la cena de monseñor y preguntase por él, dijéronle lo que pasaba; envióle á visitar y respondió no sentirse bueno, mas que confiaba en Dios lo estaria por la mañaua con la merced que su Señoría Ilustrísima le hacia, enviando á saber de su salud. Esto se quedó asi por entonces, y á la mañana habia ido yo á casa de las parientas con la comida; y un compañere

mio quedó limpiando los vestidos para que su señor se levantara. Él y el secretario se burlaban mucho; y de las burlas (por ser sin perjuicio) gustaba monseñor. Levantóse el secretario y fuese á donde mi compañero estaba y preguntóle: ¿Como está vuestro amo? El respondió: Que reposaba porque la noche antes no lo habia hecho, ni podido dormir. Volvióle á decir: Pues en tanto que no se viste, idos con este mi criado y ayudaréisle á traer cierto recado y ha de ser presto, que yo quedaré aquí entre tanto: el mozo fué donde le mandáron. Ya el secretario, con el achaque de la cena fuera de casa y haber faltado á la mesa, tenia trazada una donosa burla y prevenido un mozuelo que vestido en hábito de dama cortesana, se metiese tras de su cama; pues como estuviese durmiendo y la entrada franca, para mayor seguridad, entró el secretario primero sin ser sentido: el mozuelo se escondió como estaba industriado, y estúvose quedo; volvió el secretario á salir y se fué donde monseñor se paseaba rezando, el cual preguntó luego por el camarero. Respondióle: Señor, ahora supe de él y me dijo su criado no haber estado esta noche bueno; y no me maravillo, que antes de recogerme á noche le visité y no me habló de buena gracia, no sé lo que tiene. Monseñor que era la misma caridad, al momento le fué á visitar; y estando sentado á su cabecera; salió

el mozuelo por la cortina de los pies de la cama, y dijo : ¡ Ay amarga de mí! Voime, señor, que es tarde por amor de mi marido; y asi salió por medio de todos los criados del cardenal que con él habian venido. Monseñor se admiró, que le tenia por un santo; y el camarero asombrado creyó ser vision. Comenzó á dar gritos; Jesus, Jesus; el demonio, el demonio ; y asi saltó en camisa de la cama huyendo por toda la pieza. El secretario y algunos que lo sabian se estuviéron riendo, y en ello conoció monseñor, que habia sido burla : dijéronle la verdad. El camarero no sosegaba, ni sabia por donde huir; y aunque todos procuraban reportarle no volvió tan presto en sí, antes quedó asombrado y corrido de la burla, por haber sido en presencia de monseñor. Disimuló cuanto pudo como cortesano, y el cardenal se fué santiguando y riendo del entretenimiento donoso. Ya cuando yo vine todo era pasado, mas lo sentí tanto, como si dado me hubieran otros tantos azotes : diera el camarero por vengarse un ojo de la cara. Como me vió triste y él tambien lo estaba, me dijo : ¿Que te parece Guzmanillo de lo que han hecho conmigo estos bellacos? Respondile : bueno ha sido; mas creo que si á mí me la hicieran, que no le diera su santidad la penitencia, ni en mi testamento aguardara á dejarle la manda, que antes de ella cobrara la deuda, y no mal. Todos me tenian

por travieso y tracista: no fué necesario muchas palabras, que ya me sacaba los bofes porque le dijese algo. Recelábame de darle consejo por no ser lícito á un page vengar las injurias de un ministro grave contra otro su igual; ande cada oveja con su pareja, que no son buenas burlas con los mayores: una bastó para mi satisfacion y en causa propia que fué con disculpa; quien ó para qué me embarcaba en cosas de que no podia escapar menos que con buenos azotes ó las orejas cuatro dedos mas largas y sin pelo ni cañon en la cabeza; por eso callaba y me estaba quedo; mas yo que de mí era bullicioso, siendo tantas veces importunado, haciéndome grandes ofrecimientos y promesas; y entender que monseñor habia de saber ser obra de mis manos, en defensa de quien por entonces era mi amo, determiné hacerme dueño de ello; y asi dejé pasar algunos dias, esperando que hiciese mas calor: cuando me pareció tiempo, y que el ordinario de España queria partir, el secretario trabajaba con gran priesa; compré un poco de resina, incienso y almáciga; molílo y cernílo todo junto, dejándolo hecho sutil harina. Estaba el mozo del secretario aquella mañana envuelto con los vestidos, limpiándolos de priesa; fuíme derecho á él, diciendo: hola, hermano Jacobo, hágote saber que tengo en el asador un muy gentil torrezno; pan hay; si tienes vino serás mi com-

pañero; y sino perdona, que quiero buscar camarada; él dijo : No, pesia á tal, que yo lo daré; quédate aquí, que luego soy con él y contigo. Entre tanto que fué por él á la despensa saqué el papel de polvos, y volviendo las calzas, rociélas con un poco de vino que llevaba en un pomillo de vidrio, y polvoréelas muy bien volviéndolas á poner como el mozo las dejó. El volvió bien presto con el jarro proveido; y antes que hablase palabra su amo le estaba llamando, que se queria vestir; dejó en mi poder el vino y entróse allá dentro. Metiéronse en papeles, que hasta medio dia no pudo volver á salir. Era el secretario muy belloso; comenzáron los polvos á disponerse y hacer su efecto; era por los caniculares, y con la fuerza del calor obráron de manera que desde la cintura hasta la planta del pie, se hizo un pegote tan recio y fortalecido que le daba mal rato, arrancándosele un ojo con cada pelo. Como asi se vió comenzó á llamar á su gente para saber qué fuese aquello; ninguno lo supo decir ni darle razon, hasta que el camarero entró, y le dijo : Señor, esto ha sido burlar al burlador y dar al maestro cuchillada : si buena me la hizo, buena me la paga. Ella fué tal, pues con unas tijeras iban cortando pelo á pelo entre dos criados; y fué necesario descoser las calzas, para poderlas quitar. La burla se solemnizó mas que la primera, porque escoció mas. De esta

vez quedé confirmado por quien era; todos huian de mis burlas como del pecado.

Los dos meses del destierro se pasáron, despues volví á mi oficio con la misma poca vergüenza que primero. Ya tendrás noticia de la fábula, cuando apartáron compañía, la Vergüenza, el Aire y el Agua, que preguntándose donde volverian á verse, dijo el Aire, que en la altura de los montes, y el Agua en las entrañas de la tierra, y la Vergüenza, que una vez perdida imposible seria hallarla : yo la perdí, sin ella me quedé y sin esperanza de volver á ella; ni me estaba á cuento, porque á quien le falta la villa es suya. ¿Á quien lo pasado no pusiera escarmiento, para no volver mas á caso semejante? contaréte de la enmienda lo que me aconteció. Ya tenia las tripas dulces y tan hechas á ello, que aquellos dias que faltó fué quitar al enfermo el agua ó al borracho el vino: Dejárame caer de lo alto de san Ángel, para hurtarlas del suelo; y es asi que quien teme la muerte no goza la vida : si el miedo me acobardara, me quedara sin gozar de mas dulce. Hice mi cuenta; cuando en otra me hallen, ¿qué me pueden hacer? ¿Qué mal me puede venir? Siempre vi pintar al miedo flaco, despeluznado, amarillo, triste, desnudo y encogido : es el miedo acto servil muy propio en esclavos, nada emprende, de nada sale bien, como el perro medroso que es mas cierto en la-

drar que á morder: es el miedo verdugo del alma; y es necedad temer lo que evitar no se puede; érame imposible por mi condicion abstenerme. Venga lo que viniere que á los osados favorece la fortuna: con mi persona lo he de pagar, y no con bienes muebles ni raices, pues Dios no ha sido servido de darme tierra propia de que haga un bodoque, ni semovientes que conmigo no anden. Era monseñor aficionado á unos pipotillos de conservas almibaradas que suelen traerse de Canaria ó de las islas de la Tercera; y estando vacíos echábanlos á mal. Yo acaudalé uno de media arroba que me servia de baul, y en él tenia guardados naipes, dados, ligas, puños, lienzos de narices y otras cosas de page pobre. Mandó un dia estando comiendo á su mayordomo, que comprase á un mercader tres ó cuatro quintales de ellos que habian llegado frescos. Yo lo estaba oyendo y pensando en el mismo tiempo como valerme de un barril. Alzóse la mesa; recogiéronse todos á comer; entretanto me fuí á mi aposento, y en abrir y cerrar el ojo, recogí dentro del que tenia cuantos trapos viejos y tierra hallé á la mano hasta henchirle; púsele su fondo, apretéle los arcos como si naturalmente le hubieran traido con raices de escorzonera: dejéle estar, poniéndome á la mira de lo que sucediera. Ves aquí sobretarde veo traer dos acemilas cargadas de conservas que descargaron en el re-

cibimiento; mandónos el mayordomo á los pages las llevásemos al aposento de monseñor. Vile á la dama el copete; no os pasaréis les dije sin que os asa del cabello; cargué con uno como todos los demas, y quedándome de los postreros, al pasar por delante de mi aposento metíle dentro y saqué el otro, el cual me llevé á la recámara; y asi hice mis tres caminos dando de todos buena cuenta. Cuando subi el postrero púseme muy mesurado en la sala. Monseñor me dijo : ¿ Qué te parece de esta fruta, Guzmanillo? aquí no se puede meter el brazo : poco valen las cuñas. Respondíle al punto : monseñor Ilustrísimo, donde no valen cuñas aprovechan uñas; y sino cupiere el brazo me valdria la mano y eso me bastara. Replicóme : ¿como entrarán las uñas, ni la mano, de la manera que estan? Esa es la ciencia, le respondí, que estando fácil de ser abiertas, ni grado ni gracias; en las dificultades han de conocerse los ingenios y en las cosas grandiosas de importancia se muestran, que no hincando en la pared un clavo, ni en calzarse los zapatos, cosas agibles y de suyo ya hechas. Ahora pues, dijo, si en estos ocho dias fuere tu habilidad tanta que me hurtes algo de ellos, te daré lo que hurtares y otro tanto; pero sino lo haces te has de obligar á una pena. Monseñor Ilustrísimo, le dije : ocho dias de plazo es vida de un hombre, negocio largo; y podria ser cuando

allá llegásemos, ó el concierto se hubiese resfriado ó perdido la memoria : yo acepto la merced que se me ofrece, y si mañana á estas horas no estuviere negociado, dejo la pena en el arbitrio del secretario ; porque estoy cierto de lo que desea vengar el enojo pasado, que todavía sabe á la pez y no se le cubre pelo. Rióse monseñor y los que con él estaban, y asi quedámos de concierto para el siguiente dia : mas como ya estaba el negocio seguro pudiera desde luego salir de la obligacion y lo dejé hasta su tiempo. Estaba la mesa puesta y monseñor sentado á ella comiendo los principios que yo serví primero; y mirándome á la cara con alguna risa, me dijo : Guzmanillo, poco te queda de aquí á la tarde llegándosete ya el plazo; ¿qué dieras ahora por verte libre? Ya el dómine Nicolao tiene puesto á punto el recado y me parece que traza como vengarse de tí, y tú de satisfacerte de él; de mi consejo seria se hubiese bien contigo, no tanto por tí como por sí. Yo le respondí : monseñor Ilustrísimo, seguro estoy de la pena de sus manos y no lo estan las conservas de las mias; y si le pudiera jugar á siete y llevar, y tuviera que perder mas de la pobreza de mi persona, de esta vez determinara jugarlo por no tener mi suerte cierta; asi pasó la comida hasta el servir los postres, que tomando del aparador una media fuente la llené del barril, y con ella me fuí á

la mesa y la puse en ella. Cuando monseñor la vió admiróse, porque él mismo en su aposento guardó los barriles, y asi los tenia que á nadie los fió por el apuesta, y se guardó la llave. Llamó al camarero y mandóle entrar dentro, que los contase y viese si estaba algnno abierto ó mal acondicionado. Entró y hallólos como se pusiéron: Salió diciendo, que estaban enteros y cabales, sanos y sin sospecha de faltar en alguno de todos ellos un cabello. Ha, ha, ha, dijo monseñor, no te han de valer bellaquerías; de esta vez pagar tienes: querias decir que lo sacaste de los barriles y lo tendrás pagado con tus dineros? Dómine Nicolao, dijo al secretario, yo os entrego á Guzmanillo, que hagais de él á vuestro gusto pues ha perdido la apuesta. El secretario respondió: monseñor Ilustrísimo, vuestra señoría Ilustrísima haga en él el castigo que le pareciere, que yo á él ni á su sombra quiero llegarme, ni me atrevo; que le tengo por tal que buscará sabandijas que me coman; si á mi castigo dejan su pena, yo le absuelvo y le quiero por amigo. No he tenido culpa hasta ahora, respondí, para que me den absolucion; donde no hay materia no tienen que buscar forma: yo tengo ganado lo que prometí, y cuando no fuere verdad y se viere palpablemente, castíguenme como quisieren: ¿de qué sirven las palabras donde hay obras? Digo que esta conserva es de la que ayer se

trajo; y no solo esta pero un barril entero está en mi aposento. Santiguábase monseñor maravillado como pudiera ser : en cuanto acabó de comer y alzáron la mesa, no hacia otra cosa sino santiguarse con toda la mano; y deseoso de certificarse de ello se levantó y fué á mirarlo por sus ojos. Habia puesto ciertas señales; hallólas fieles; el número cabal; consigo la llave; no sabia como fuese; creyó con mas veras que compré el barril, y díjome : Guzmanillo, ¿no sabes que metiste aquí tantos? Pues cuéntalos; yo los conté, y le dije : monseñor Ilustrísimo cabales están, pero de lo contado come el lobo : ya veo que estan buenos, mas no todos; y para que asi se vea, tráygase uno que tengo en mi aposento, y abran aquel que allí está, y hallaránle trocado; y abriéndole, conociendo mi verdad y sutileza, porque la tierra y trapos viejos lo manifestaban, quedáron admirados de pensar como pudiera haber sido; todos me lo preguntáron mas á ninguno lo dije. Luego supliqué se cumpliese conmigo lo prometido : asi se hizo; mandáronme dar otro, y tuve dos; pero para que conociesen ser mi ánimo noble, tal como me lo entregáron se lo dí á los pages mis compañeros que lo partiesen entre sí; y aunque monseñor quedó escandalizado de la sutileza del hurto, admiróse mas de mi liberalidad y túvolo á bien. Temíase de mis malas mañas y sin duda entonces me echa-

ra de su casa si no fuera tan santo varon; hizo una consideracion : Si á este desamparo, algun gran mal podrá sucederle por sus malas costumbres; las cosas que en mi casa hace son travesuras de niñez, y de lo que no me pone en falta : menos daño es que á mí se me atreva en poco que con la necesidad á otros en mucho. Con esto hizo, para mejor disimulo, del vicio gracia; y es gran prudencia cuando el daño puede remediarse que se remedie; y cuando no que se disimule. Hízose risa de ello, contándolo á cuantos príncipes y señores le visitaban en las conversaciones que se ofrecian.

CAPÍTULO V.

De otro hurto de conservas, que hizo Guzman de Alfarache á monseñor, y como por el juego él mismo se fué de su casa.

LA ordenacion de la caridad (aunque antes quedó apuntado) digo que comienza de Dios, á quien se siguen los padres y á ellos los hijos, despues á los criados, y si son buenos deben ser mas amados que los malos hijos. Mas como no los tenia monseñor, amaba tiernamente á los que le servian, poniendo despues de Dios y su figura que es el pobre, todo su amor en ellos; era generalmente caritativo por ser la caridad el primer fruto del Espíritu santo y fuego suyo, primer principio del fin dichoso: tiene inclusas en sí la fe, y esperanza, es camino del cielo, ligaduras que atan á Dios con el hombre; obradora de milagros, azote de la soberbia y fuente de sabiduría. Deseaba tanto mi remedio como si de él resultara el suyo: Obligábame con amor por no asombrarme con temor; y para probar si pudiera reducirme á cosas de virtud me regalaba de la mesa, quitándome las ocasiones y deseo de su plato; de sus niñerías, cuando las comia partia conmigo,

diciéndome con mucho amor : Guzmanillo, esto te doy por treguas en señal de paz; mira que como el dómine Nicolao contigo no quiere pendencia, conténtate con este bocado, y con que te reconozco vasallage dándote parias. Decíalo sonriéndose, con alegre rostro, sin reparar que estuvieran en su mesa cualesquier señores : era humanísimo caballero; trataba y estimaba á sus criados; favoreciálos, amábalos haciendo por ellos lo posible; con que todos le amaban con el alma y servian con fidelidad, que sin duda al amo que honra el criado le sirve; y si bien paga bien le pagan; pero si es humano le adoran. Y al contrario, al señor soberbio, mal pagador, de poco agradecimiento, ni le dicen verdad ni le hacen amistad; no le sirven con temor ni regalan con amor; es aborrecido, odiado, vituperado, pregonado en plazas, calles y tribunales, desacreditado con todos y defendido de ninguno. Si supiesen los señores cuanto les importan honrados y buenos criados, la comida se quitarian para dársela, por ser ellos la verdadera riqueza; y es imposible que sea el criado diligente con el señor que no le amare.

Trajéronle á monseñor de Génova unas cajas de conservas muy grandes, muy doradas, labradas por encima lo que se podia desear : eran frescas, acabadas de hacer y en el camino habian tomado alguna humedad. Cuando se las

pusiéron delante holgóse de verlas, y mas por haberlas hecho, y enviado una señora deuda suya de quien solia ser ordinariamente regalado; yo no estaba en casa, y en tanto que volvia entráron en acuerdo qué se haria de ellas, ó donde se poudrian á enjugar que tuviesen salvoconducto de mi persona; porque como se hubiesen de poner al sol corrieran peligro aun dentro de la urna con las cenizas de Julio Cesar. Cada uno dió su parecer y ninguno bueno. Monseñor acordó en una cosa, y dijo: No hay para que buscar donde guardarlas; dándoselas que las guarde tendrán seguridad, y no de otra manera. Cuadró á todos la razon, y luego como vine me dijo: ¿Guzmanillo, qué habemos de hacer de estas conservas que vienen húmedas para que no se acaben de perder? Yo dije: Lo mas cierto me parece, monseñor Ilustrísimo, comerlas luego. ¿Y atreveráste á comerlas todas? me preguntó. Respondíle: No son muchas á mi parecer si el tiempo fuese mucho; mas no soy tan comedor que para luego me atreviera solo con tanta y tan honrada gente. Pues yo quiero que las guardes y tengas cuenta con sacarlas al sol cada dia, que aquí no hay lance; por cuenta se te han de entregar y las tienes de volver; descubiertas van y llenas; asegurado estoy del daño que les puede venir. Yo no lo estoy, le respondí, de mí mismo ni del que les podría hacer, que soy hijo

de Eva, y metido en un paraiso de conservas podríame tentar la serpiente de la carne. Volvió á decir: Pues mira como ha de ser que me las tienes de dar como te las doy, tan enteras y cabales; ó mira por tí lo que te va en ello. Volvíle á decir: No viene el pleito sobre ese artículo, que basta volverlas como estan sin que se les conozca falta ni daño, cosa es fácil; otra es en la que reparo. ¿En qué reparas? me volvió á preguntar; díjele: Que me pongo á gran peligro, porque conozco de mi habilidad y flaqueza que cumpliendo con lo que se me manda, forzoso he de gustar mucha parte de ello. Monseñor, admirándose, dijo: Ahora pues, en esto quiero ver lo que sabes; doite licencia que comas, hasta que te hartes una vez, con tal condicion que me las vuelvas á entregar sin que se les conozca falta, y si se le conociere me lo has de pagar: aceptélo: fuéronme todas entregadas; otro dia saquélas al sol á unos corredores, y entre todas habia una de azahar y limon que á la vista se venia. Lleguéme bonico con un cuchillo pequeño, quitéle las tachuelas del suelo, y dejándola trastornada sobre la tapa, con el mismo cuchillo le saqué casi la mitad por abajo, volviéndola á clavar como primero, poniendo en lugar de conserva otro tanto de papel de estraza cortado á la medida, y tan justo que no habia mas que ver. Estando monseñor aquella noche haciendo colacion,

trájele á la mesa cuatro cajas de aquellas, y preguntéle, ¿si habia hecho buena guarda? Si asi estan las demas yo me contento: Fuíselas trayendo todas y holgóse de verlas, porque estaban algo mas enjutas y cabales: luego volvi con un plato y en él todo mi hurto, que en realidad de verdad aun de ello no probé cantidad de una nuez; aquello lo hice solamente para la ostentacion del ingenio. Cuando lo vió me preguntó: ¿Qué es esto? Yo le respondí: Parto con vuestra señoría Ilustrísima de mi hurto. El me dijo: Yo mandé que te hartases, mas no que hurtases; perdido has esta vez. Repliquéle: Yo no me he hartado ni lo he probado; no pienso perder por ese camino, que eso es de lo que me he de hartar, y todo el hurto entero, como se podrá bien ver; y si del haber usado virtud ha de resultarme daño, no sé por donde camine que acierte pues me tienen tomadas las veredas; no se me da nada del castigo, ni de haber perdido, porque creí haber ganado; mas otra vez no perderé. Ahora no quiero dejarte quejoso, me respondió, sin razon te culpo; ¿mas de cual de todas estas, deseo saber, lo sacaste? Alargué la mano, diciendo: De esta es la falta, y enseñéle como y por donde. Holgóse de la gran sutileza, mas no quisiera que tuviera tanta, porque se temia mucho no la emplease mal en algun tiempo. Mandóme alzar la caja y que me la llevase.

De estas cosas pasaban por mí muchas. Gustaba de ellas y de mí como de un juglar; porque si algun page se dormia, bien pudieran otro dia comprarle zapatos y medias, que libramíentos de cera eran sus despertadores. Nuestro ejercicio era cada dia dos horas á la mañana, y dos á la tarde oir á un preceptor que nos enseñaba, de quien aprendí, el tiempo que allí estudié, razonablemente la lengua Latina, un poco de Griego y algo de Hebreo; los mas despues de servír á nuestro amo, que era harto poco, leíamos muchos libros, contábamos novelas y jugábamos juegos: Si salíamos de casa era solo á engañar buñoleros, que con los pasteleros buen crédito teníamos ganado. De noche dábamos lejías á las damas cortesanas, y á las puertas cantaletas. En esto pasé hasta que me apuntó la barba; y aunque te pareciera vida de entretenimiento era entretenerme en un palo con una argolla al pescuezo, puesto á la verguenza: todo me hedia, nada me asentaba, dia y noche suspiraba por mis pasados deleites. Cuando me vi mancebo, que pudiera bien ceñir espada, holgara de algun acrecentamiento de donde pudiera cobrar esperanzas para valer adelante; y estoy cierto que si mis obras lo merecieran no me faltara; mas en lugar de cobrar juicio y hacer cosas virtuosas, para ganar la voluntad, obligando con ellas, dí en jugar aun hasta mis vestidos; y como era un

poco libre tambien lo andaba en el juego: Siempre procuré aprovecharme de todas cuantas trampas y cautelas pude, en especial jugando á la primera. ¿Cuantas veces, yendo en dos, tomé tres cartas, y teniendo cinco embidé con las tres mejores? ¿Cuantas veces tomé la carta postrera, y poniéndola debajo, veia si era buena ó no, y muy de espacio brujuleaba la otra ya vista, y hacia partidos que era robar en poblado? ¿Cuantas veces tenia un diácono á mi lado que se hacia dormido y me daba las carta por debajo? ¿Cuantas veces andaba un adalid por cima que me daba el punto de los otros, para saber el que tenian y á qué iban y por señas tan sutiles me lo decia, que era imposible poder entenderse? ¿Cuantas pandillas hice dando al contrario cincuenta y dos, y quedándome con un as hice cincuenta y cinco, y aun otras veces con un cinco, que hice cincuenta y cuatro y mejoré mi punto y gané por la mano? Pues ya cuando jugábamos dos á uno y nos dábamos las cartas, tomar naype desechado, poniéndole encima, jugar con guion, hacer trascartones, poner el naype de mayor ó señalarle, habiéndome hecho de concierto con el coimero ó con el que lo vende. ¡O qué de ruindades hice y fullerías! ninguna hubo que no entendiera y supiera, todas las obraba; porque la cegnera del juego es tal que tienen los cautelosos en él mucho campo; y si licíto fue-

se, digo lícito, que como en la república se permiten casas de pecados, por excusar otros mayores, habia de haber en cada pueblo principal maestros donde los inclinados al juego las entendiesen y no los engañasen; porque nuestra sensualidad se deja vencer fácilmente del vicio y hace vil costumbre lo que se inveutó por lícito ejercicio. Con razon se dirá vil costumbre, cuando descompuestamente lo siguieren, sacándole de su curso: El juego fué inventado para recreacion del ánimo, dándole alivio del cansancio y cuidados de la vida; y lo que de esta raya pasa es maldad, infamia y hurto; pues pocas veces se hace que no se le junten estos atributos: Voy hablando de los que se llaman jugadores que lo traen por oficio y tienen por costumbre, no obstante que deseo mas que se aparten de él aquellos que son mas nobles, considerando los daños que de ello se les sigue, viendo que el málo se iguala con el bueno, y que si él gana y el otro pierde se obliga á sufrir muchos atrevimientos y descomposturas, palabras y meneos que la ganancia sola pudiera sufrirlo y no un hombre de honor; y otras cosas que no me atrevo á decir tales, de calidad, que no solo por ellas y las dichas habian de aborrecer el juego, pero las casas donde se juega. Mas ya que nuestro apetito es tan desenfrenado, no seria malo, sino importante, que sepa el mancebo las leyes, los par-

tidos, las trotas y los engaños que en él hay; y si de ello sacaren provecho ó rehundieren, rehunda el resto en botas, calzas, puños, cuello, cinta en el pecho, en las mangas, donde pueda, para que no pierda su dinero y se lo lleven como bestia, que demas de ganárselo se burlan de él. Una cosa procuré; nunca sentarme á jugar con poco, ni de poco, ni con persona que no aventurase á ganar mucho, jugando mi real á tres, y sin dar mohina ni tomarla. Yo me entretenia ya de manera que hacia muchas faltas; y no es posible que pueda el jugador cumplir con sus obligaciones, y menos el que sirve. Yo no sé cual señor quiere dar pan á criado jugador; porque si tiene hacienda á su cargo de que puede aprovecharse y pierde ha de jugar por cuenta de su amo, en ventura si podrá desquitarse; pero si vuelve á perder y no tiene de qué pagar, ha de hacer otro mayor daño cuando aquel quisiere remediar: y si no tiene á cargo hacienda es imposible asistir á las horas que debe servir, ni le han de hallar cuando fuere menester como á mí me aconteció. Sentíalo monseñor en el alma; nada pudo aprovechar conmigo, amonestaciones, persuaciones, palabras, ni promesas, para quitarme de malas costumbres: y estando una vez con los mas criados de casa, en mi ausencia, les dijo lo bien que me queria y deseo que tenia de mi bien: y pues conmigo no bastan buenos medios,

se usase una estratagema que echándome unos dias de casa podria ser que viendo mis faltas, amansaria conociendo mi miseria; pero que no se me quitase la racion, porque no hiciese cosa torpe ni mal hecha. ¡Ó virtud singular de príncipe, digna de alabanza eterna! y á quien deben imitar los que quieren ser bien servidos; que si los criados no son cual yo era, es imposible no dar mil vidas por solo un pequeño gusto de los tales amos. Previnome la necesidad forzosa de la comida: ¡Líbreos Dios todo poderoso de tal necesidad! todas las otras, trabajo se padece con ellas; pero el comer y no tener de qué; llegar la hora y estar en ayunas; pasar hasta la noche, y no haberlo hallado, no aseguro la primera capa que se encontrare por la mitad de lo que vale. Hízose asi, y en tiempo harto trabajoso; porque como un dia y una noche hubiese estado jugando y perdido cuanto dinero tenia y del vestido me quedase solo un juboncillo y zaragüelles de lienzo blanco, viéndome asi, metíme en mi aposento sin osar salir de él; y aunque me quise fingir enfermo no pude, porque monseñor era tan puntual en la salud y cosas necesarias de sus criados que al momento me hiciera visitar de los médicos; y tambien porque de boca en boca luego se supo en toda la casa mi daño. Como falté á la mesa tantos dias preguntaba siempre por mí, pesábale que se dijesen chismes y de que unos fis-

caleasen á otros : y asi le decian, por ahí anda. Creció su sospecha no me hubiera sucedido alguna desgracia, y apretando mucho por saber de mí, fué necesario satisfacerle diciéndole la verdad. Pesóle tanto de mi mala inclinacion, viendo cuan disolutamente, sin temor ni vergüenza procedia, que mandó me hiciesen un vestido y con él me echasen de casa en la forma que lo habia mandado antes. Vistióme el mayordomo y despidióme. Corríme tanto de ello, que como si fuera deuda que debiera tenerme monseñor consigo, haciendo fieros me salí sin querer nunca mas volver á su casa, no obstante que me lo rogáron muchas veces de su parte, con recados y promesas, diciéndome el fin con que se habia hecho, y solo haber sido pensando reformarme. Significáronme lo que me queria, y en mi ausencia decia de mí. Nada pudo ser parte para que volviese; siempre en mis trece, que parecia vengarme con aquello, y estendíme como ruin, quedéme para ruin, y fuí ingrato á las mercedes y beneficios de Dios que por las manos de aquel santo varon de mi amo me hacia : justa sentencia suya es que á quien las buenas obras no aprovechan y las tiernas palabras no mueven, las malas le domen con duro y riguroso castigo. Fuera de juicio salgo del poco mio que tuve, dándoseme por todo nada como si nada me faltara. ¡Cuanto menosprecié lo mucho que por mí se hizo, tan sin qué

por qué, ni para qué, pues ni en mí capacidad cabia, ni á mi servicio se debia, ni por gratitud lo merecia? ¿Qué mal supe conservar aquel bien presente ni merecer el que con aumento esperaba y sin duda recibiera? ¿Qué desconocido anduve al regalo con que fuí curado? ¿Qué olvidado de la solicitud con que fuí administrado? ¿Qué ingrato á la caridad con que fuí servido? ¿Qué descuidado del cuidado con que fuí doctrinado? ¿Qué soberbio á la mansedumbre con que fuí amonestado? ¿Que pertinaz á las dulces palabras con que fuí persuadido? ¿Qué sordo á las graves razones amorosas con que fuí reprehendido? ¿Qué áspero á la paciencia con que fuí sufrido? ¿Qué incorregible al favor con que fuí defendido? ¿Qué rebelde á los medios, que para mi remedio se buscáron? ¿Qué incapaz del buen término con que fuí tratado? ¿Y qué sin enmienda de los descuidos que me disimuláron? Si cualquiera de los dos que me tuviéron por hijo fuera vivo, ambos juntos volvieran á su prosperidad é hicieran tanto, con tanto amor, sufriéndome por solo él, tantas y tan perjudiciales travesuras, que asi tan desenvueltamente las usaba, no como en casa de mi señor ni de mi padre sino cual en la mia con menos respeto tratando en su presencia, que si fuera igual mio; y él con entrañas de Dios me lo sufria. Estoy cierto, que quien me engendró me hubiera aborrecido y

dejado de la mano cansado de mis cosas : monseñor no se cansó, no se indignó, ni airó contra mí. ¡Ó condicion real heredada del padre verdadero, hacer bien y mas bien á tales como yo! Esperándome un dia, una semana, un mes, un año y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya excusa, y que atajados con vergüenza pronunciemos contra nosotros la sentencia que nuestros delitos merecieren. En todo seguí mi gusto; á todo hice oidos de mercader; apelé para mi carne, que prompta para mis vicios en seguirla me desvanecí; tuve para ejecutarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia, y para no dejarlos firmeza. Tanto en ellos era natural como extraño en las virtudes. Querer culpar á la naturaleza, no tendré razon, pues no menos tuve habilidad para lo bueno que inclinacion para lo malo; mia fue la culpa que nunca ella hizo cosa fuera de razon; siempre fue maestra de verdad y de vergüenza; nunca faltó en lo necesario, mas como se corrompe por el pecado y los mios fuéron tantos, yo produje la causa de su efecto siendo verdugo de mi mismo.

CAPÍTULO VI.

Como despedido Guzman de Alfarache de la casa del cardenal, se acomodó con el embajador de Francia donde hizo algunas burlas. Refiere una historia que oyó á un Gentil hombre Napolitano.

No me puedo quejar de haberme monseñor despedido de su casa, si como dije, y fué verdad, tanta instancia hizo por volverme á ella; mas como hervia la sangre lo consideré bien mal. Quiero y debo decir bien mal, y andábame vagueando á la flor del berro por las calles de Roma; y como tenia de mi prosperidad algunos amigos de mi profesion, viéndome desacomodado, me convidaban aunque me costaba muy caro; que la comida en compañía del malo dando el alimento al cuerpo destruie con malos humores el alma: que mas me destruian sus malos consejos y costumbres de que solo me ha quedado el arrepentimiento, porque lo vine á conocer cuando yó me hallé con el agua á la boca. Éntranse los vicios callando, son lima sorda, no se sienten hasta tener al hombre perdido; son tan fáciles de recibir, cuanto dificultosos de dejar; y los amigos tales son

fuelles, eucienden la llama que comienza á arder y con una centella levantan gran hoguera. Bien pudiera yo cobrar mi racion, habiéndome dicho el mayordomo de mi amo que fuese ó enviase por ella cada dia; mas dejélo de obstinado; y queria mas la hambre con los malos que la hartura de los buenos. Bien presto me diéron el pago los que me aconsejaron que la perdiese y por cuya confianza yo lo hice: cansáronse de dármelo muy presto; no solo no me lo diéron, mas por no dármelo me aborreciéron. Esto de huéspedes tiene misterio, siempre hallé en el que convida boca de miel y manos de hiel. Con franqueza prometen, con avaricia dan, con alegria convidan, y con tristeza comen. Los huéspedes han de ser á deseo, ricos y de pasasage; han de pisar poco la casa, calentar poco la silla, y asistir poco á la mesa para no dar hastío: no te fies creyendo ser hospedado liberal y francamente como suenan las palabras, que para mí es regla cierta de hospederías, haberse de recibir de un pariente una semaua, del mejor hermano un mes, de un amigo fino un año, y de un mal padre toda la vida. Solo el padre no se cansa, que todos los demas se empalagan y enfadan; lo que mas tardares has de ser odioso y enojoso, y te querian echar en el pan zarazas. Y si por ventura te convida un casado y la muger es angosta de pechos, la hacienda suya y un poco braba, ó si es madre ó hermana; fi-

nalmente muger, que las mas de suyo son avarientas; ¡como lo lloran! como lo sienten! como lo maldicen aun á sí mismas con ello! El dia que en tu casa pudieres comer con piedras duras, no quieras en la agena pabos blandos: mis amigos hartos de mí, no fué necesario que yo avergonzado los dejase, pues ellos me desechâron, yéndose acortando en el dar, hasta sin rebozo venirlo á negar. Fuéme forzoso buscar un árbol donde arrimarme que me hiciese sombra con la comida; vime tan apretado, que cual el hijo pródigo quisiera volver á ser uno de los mercenarios de la casa de monseñor: fué mi desgracia tanta que ya habia fallecido; ya yo estaba rendido y me queria sujetar con muy determinada voluntad en la enmienda, mas acudí tarde, y ya faltaba absolutamente toda especie de remedio á mi desdicha. No distó mi buena de mi mala fortuna espacio de dos meses; y si los asistiera sin la mudanza que hice, cuando mal y peor librara, me quedara como el que menos de sus criados con una honrada racion para toda mi vida y en ventura de alguna mejoría; mas pues asi fué, sea Dios loado. No podré decir que mi corta estrella lo causó, sino que mi larga desvergüenza lo perdió: las estrellas no fuerzan aunque inclinan. Algunos ignorantes dicen: ¡Ah señor, al fin habia de ser, y lo que ha de ser conviene que sea! Hermano mio, mal sientes de la verdad, que ni ha

de ser ni conviene ser; tú lo haces que sea y que convenga, libre alvedrío te diéron con que te gobernases; la estrella no te fuerza, ni todo el cielo junto con cuantas tiene te puede forzar; tú te fuerzas á dejar lo bueno y te esfuerzas en lo malo siguiendo tus deshonestidades, de donde resultan tus calamidades. Entré á servir al embajador de Francia, con quien monseñor que está en gloria, tuvo estrechas amistades y en su tiempo gustaba de mis niñerías: mucho deseaba servirse de mí; no se atrevió á recibirme por la amistad que estaba de por medio: en resolucion allá me fuí, hacíame buen tratamiento, pero con diferente fin; monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona, y el embajador al gusto de la suya, porque le recibia de donaires que le decia, cuentos que le contaba, y á veces de recados que le llevaba de algunas damas á quien servia. No me señaló plaza ni oficio; generalmente le servia y generalmente me pagaba; porque ó él me lo daba ó en su presencia yo me lo tomaba en buen donaire: y hablando claro yo era su gracioso, aunque otros me llamaban truhan chocarrero. Cuando teníamos convidados, que nunca faltaban, á los de cumplimiento servíamos con gran puntualidad desvelando los ojos en los suyos; mas á otros importunos, necios, enfadosos, que sin ser llamados venian, á los tales hacíamos mil burlas; á unos dejándolos sin

beber, que parecia que los criábamos como melones de secano; á otros dándoles á beber poco y con tasas penadas; á otros muy aguado; y á otros caliente. Los manjares que gustaban, alzábamos el plato, servíamosles con sazonado, buscábamos invencion para que les hiciese mal provecho por aventarlos de casa. Una vez aconteció, que como un Ingles hubiese dicho ser pariente del embajador, y tuviese costumbre de venírsenos á casa cada dia, mi amo se enfadaba, porque, demas de no ser su deudo, no tenia calidades ni sangre noble, y sobre todo era en su conversacion impertinente y cansado. Hombres hay que aporrean el alma con solo mirarlos, y otros que se meten en ella dejándose querer, sin ser en las manos del uno, ni en el poder del otro el odio ni el amor; pero este parecia todo de plomo, mazo sordo. Una noche, al principio de cena, comenzó á desvanecerse con mil mentiras de que el embajador se enfadó mucho, y no pudiéndolo sufrir me dijo en español que el otro no entendia: Mucho me cansa este loco. No lo dijo á tonto ni sordo; luego lo tomé á estajo: fuíle sirviendo con picantes que llamaban á gran priesa; era el vino suavísimo, la copa grande, iba menudeando; de polvillo en polvillo se levantó una polvareda de la maldicion: cuando le vi rendido, y á treinta con rey, quitéme una liga y púsele una lazada floja

en la garganta del pie atando el cabo con el de la silla, y levantados los manteles cuando se quiso ir á su posada, no tan presto se alzó del asiento, que ya estaba en el suelo, deshechas las muelas y los dientes y aun las narices; de manera, que vuelto en sí al otro dia y viendo su mal recado, de corrido no volvió mas á casa. Bien me fué con este porque sucedió como deseaba; mas no todos los lances salen ciertos, algunos hay que pican y se llevan el cebo dejando burlado al pescador y el anzuelo vacío, como me aconteció con un soldado español de mas de marca. ¡Ó hijo de puta, traidor, y que madrigado y redomado era! oye lo que con él pasó: Entrósenos en casa á medio dia, cuando el embajador queria comer, y llegándose á él dijo ser un soldado, natural de Córdova, caballero principal de ella, y que tenia necesidad; y asi le suplicaba le favoreciese haciéndole merced. El embajador sacó un bolsico donde tenia unos escudos, y sin abrirle se le dió por parecerle que seria lo que significaba: no contento con esto, deteníase contándole quien era y las ocasiones en que se habia hallado: de lance en lance, como el embajador se fué á sentar á la mesa, él hizo lo mismo y llegando una silla se puso á un lado; yo iba por la vianda y veo que otros dos gerifaltes como él entraban por el corredor, y como le vieron comiendo, dijo el uno al otro: Voto á tal,

que parece que el pecado nos ata los pies, que siempre este chocarrero nos gana por la mano, que su padre no se hartó de calzarme borceguíes en Córdova donde tiene su ejecutoria en el techo de la iglesia mayor; está es la desventura nuestra, que si pasamos veinte caballeros á Italia, vienen cien infames cual este á quererse igualar, haciéndose de los Godos : como entienden que no los conocen, piensan que en engomándose el vigote, y arrojando cuatro plumas, han alzado la nobleza y valentía siendo unos infames gallinas, pues no pelean plumas, ni vigotes, sino corazones y hombres : vámonos, que yo le haré al marica que desocupe nuestros cuarteles y busque rancho : fuéronse y quedé considerando cuales eran todos tres, y como se honraban. Con los dos me indigné, pareciéndome fanfarrones y por su mal término en hablar, infamando al que se deseaba honrar, sin agena costa, ni perjuicio, y con el huésped cobré gran ira, por su demasiado atrevimiento: debiérase contentar con lo que le habian dado, sin ser desvergonzado, poniéndose á la tabla con semejante desenvoltura : dióme deseo de burlarle, y aprovechóme poco; pues pensando ir por lana volví trasquilado, no saliendo con mi intento. Pidióme de beber, hice que no lo entendia : señalóme con la mano; acerquéme junto á él; volvió tercera vez con una seña, volví los ojos á otra parte, mesurando el rostro;

y viendo que, ó lo hacia de tonto, óde bellaco, no me lo volvió á pedir, antes dijo al embajador : No le parezca á vuestra Señoría ser atrevimiento el haberme sentado á su tábla sin ser convidado, por las muchas excusas que tengo para ello.

Lo primero, la calidad de mi persona y noble linage merece toda merced y cortesía. Lo segundo, ser soldado me hace digno de cualquier tabla de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesion. Lo último que se junta con lo dicho, mi mucha necesidad á quien todo es comun; la mesa de vuestra Señoría se pone para remediar á semejantes, con que no es necesario esperar á ser convidados los que fueren soldados de mis prendas : suplico á vuestra Señoría se sirva mandar que se me dé la bebida, que como soy Español no me han entendido aunque la he pedido. Mi amo nos mandó darle de beber y asi no pudo excusarse; pero jurésela que me la habia de pagar : trájele la bebida en un vaso pequeño y penado y el vino muy aguado, de manera que le dejé casi con la misma sed. Mas como á los Españoles poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo con aquella gota pasó como pudo hasta el fin de la comida, habiéndonos todos los pages conjurado de no mirarle á la cara en cuanto comiese, porque no volviese con señas á pedirlo y nos obligase á darlo : mas él supo

mucho, que cuando satisfizo el estómago de viandas y servian los postres, volvió á decir: Con licencia de vuestra Señoría voy á beber; y levantándose de la silla fuése al aparador, y en el vaso mayor que halló, echó vino y agua, lo que le pareció; y satisfecha la sed, quitándose la gorra y haciendo una reverencia, salió de la sala y se fué sin hablar otra palabra. Quedó el embajador tan risueño de mis trazas, y admirado de la resolucion del hombre, que me dijo: Guzmanillo, este soldado se parece á tí y á tu tierra, donde todo se lleva con fueros y poca vergüenza.

En libertades de Españoles estábamos tratando sobre mesa, cuando entró por la puerta un gentilhombre Napolitano, diciendo: Vengo á contar á vuestra Señoría el caso mas atroz y de admiracion que se ha visto en nuestros tiempos, que hoy ha sucedido en Roma. El embajador pidió se lo contase; yo por oirlo entretuve la comida, lleguéle una silla y sentándose, dijo asi:

En esta ciudad residió un caballero mancebo, de edad hasta veinte y un años, de noble sangre y no mucha hacienda, tenia buen parecer, era virtuoso, hábil, diestro y de gran valor por su persona; enamoróse de una doncella dentro de Roma, y tendria de edad diez y siete años, en extremo hermosa y honesta; ambos iguales en estado y mas en voluntad,

pues si el uno amaba el otro ardia; él se llamaba Dorido y ella Clorinia : sus padres la criaban tan recogida que no le permitian trato ni conversacion de que pudiera resultarle daño, ni asomar á la ventana sino acaso y muy pocas veces; porque el exceso de su hermosura era causa para ser de todos los nobles mancebos codiciada : sus padres y un hermano que tenia andaban muy zelosos, por lo cual no podian los dos amantes tratarse como quisieran. Es verdad que á Clorinia, como bien enamorada, nada se le ponia por delante para mostrarse á Dorido todas las veces que por la calle pasaba, porque tenia pared en medio de su ventana otra de una amiga suya que con mas libertad por ser casada podia pasar á ella; y como le hubiese dado cuenta de sus amores, cuando pasaba Dorido, le daba cierta seña, con que luego salia por verle; y asi recibia de su amante lo que con esta traza podia. Esto estuvo asi por algun tiempo, que otra cosa no habia mas que mirarse de pasada; pero Dorido impaciente, codicioso de mejorarse en los favores, buscó modo como con mas comodidad gozar de la dulce vista, ya que otro no le era permitido; fué á hacer amistad muy estrecha con el hermano que se llamaba Valerio. Dióse tal maña, que no podia Valerio vivir sin Dorido; lo cual fué causa que muchas veces le llevase á su casa haciéndole señor de ella, donde á su placer

contemplaba la hermosura de su dama. Iban con estos cebos tomando los amores fuerzas, declarándose mas las voluntades con los ojos: Clorinia, como menos fuerte y por ventura mas encendida, se descubrió á una criada suya llamada Sintila, la cual deseosa de servir á su ama, fué á buscar á Dorido, y le dijo: Ya Dorido no es tiempo que os excuseis de mí, pues no me es nuevo los amores que pasan entre vos y mi señora; y para que veais que no os engaño, sabed que ella misma me los ha revelado pidiéndome ayuda en que os ama: y asi me dió esta cinta verde, señal de esperanza, para que por su gusto os la pongais en el brazo; bien creo estaréis cierto que viene de su mano, pues muchas veces se la vísteis revuelta en sus cabellos, de manera que de hoy en adelante podréis fiaros de mí, que deseo el serviros. Oyendo aquesto Dorido, quedó espantado y mal contento, como aquel que siempre se habia recelado de ella, no teniéndola por capaz de negocio de tanta confianza, temiendo no fuesen descubiertos sus amores: mas visto que no habia otro remedio, habiéndolo hecho Clorinia, disimuló su poca satisfaccion y lo mejor que pudo le agradeció la buena voluntad y obras. Pasados algunos dias y creciendo el deseo en Dorido de hablar á boca á su señora, y no hallando medios para ello, amor que todo lo puede y vence acometiendo imposibles, le

abrió camino mostrándole modo de poder conseguir lo que tanto deseaba. Estaba pegada á la pared de la casa de Clorinia que correspondia por la calle pública un pedazo de pared antigúa, medio derribada, de altura que casi llegaba á una ventana de la casa, y un poco mas abajo de ella estaba un agujero tapado con una piedra movediza que se quitaba y ponia. Este solia servir algunas veces á Clorinia de zelosía mirando por él, sin ser vista, los que pasaban por la calle: era bien conocido de Dorido, por las veces que por él habia visto á su señora; parecióle oportunidad favorable á su deseo; comunicólo á Sintila y rogándole que le favoreciese, le dijo: Ya, Sintila, que quiso mi dicha que á nuestros amores os haya hallado dispuesta en mi gusto, no dejaré de ponerme en vuestras manos, con seguridad que pondréis en todo el cuidado que la voluntad de servir á vuestra señora y hacerme merced os obligan: Sabed que desde que á Clorinia dí el alma, haciéndola dueño verdadero de ella y de mi vida, no tengo alcanzado otra mas de haberme correspondido con la voluntad significada por los ojos, por habernos faltado mejor comodidad. Cuanto mas me ha sido defendido mas ha crecido el deseo; que siempre la privacion engendra el apetito: hame venido ahora un pensamiento como con vuestra ayuda pueda quedar honestamente satisfecho mi deseo. Ya sabeis el

agujero que está debajo de la ventana, ese será el lugar y vos el instrumento de mi buena dicha. Diréis á Clorinia suplicándole por mí, corresponda á mi ruego; y cuando lo rehusase, podréis guiarle la voluntad si acaso no se atreviere, para que aquesta noche, pues la obscuridad nos ayuda, ya despues de su gente sosegada se sirva de hablarme por él, que otra cosa no le pido ni pretendo. Á Sintila pareció cosa fácil y sin riesgo; dióle buena esperanza, prometiéndole su solicitud hasta ponerlo en efecto; asi lo cumplió y señaló la hora en que podia ir; advirtiéndole de cierta señal que haria desde la ventana. Dorido, venida la noche, disfrazado el vestido, fuese al determinado lugar donde estuvo esperando; llegada la ocasion, cuando todos los de casa estaban sosegados, Sintila se fué á la ventana y la abrió con achaque de verter un poco de agua; lo cual visto por Dorido que ya estaba encima de la pared, y habia conocido á Sintila, dijo: Aquí estoy; ella le dijo que esperase; y cerrando la ventana se entró dentro. Dorido quedó saltándole el corazon en el pecho que parecia querer salir de él reventando con el deseo, cuidadoso de pensar que palabras le podria decir: á todo acudia con el pensamiento y con los ojos á mirar por el agujero lo que la mal encajada piedra permitia. Ya veia como Clorinia hablaba con Sintila, ya con sus padres, ya como se

levantaba de donde estaba y pasaba á otra parte, hasta que, sus padres acostados, la vió venir al puesto y llegar tan turbada de vergüenza que intentaba volverse; mas como la esforzase Sintila, se llegó. Luego que se viéron juntos tanto se turbó Dorido que aunque estaba prevenido de lo que pensaba decirle quedó mudo y ella no menos temblando, sin tener en tal coyuntura quien al uno ni al otro diese aliento para pronunciar palabra : mal ó bien, poco á poco, cuando hubiéron cobrado calor las lenguas heladas, formáron de ambas partes algunas con que se saludáron. Dorido le pidió la mano y ella se la dió de buena gana; no pudo mas que besársela trayéndola por todo su rostro, sin alejarla un punto de su boca. Despues él alargó la suya alcanzando á tentar el rostro de su dama, sin poder gozar otra cosa, ni el lugar era mas dispuesto. En esto se entretuviéron un gran rato : en cuanto las manos hablaban ellos callaban; que lo uno impedia lo otro; y como Sentila les daba priesa por el temor de no ser descubiertos, Dorido con muchos encarecimientos pidió á Clorinia que la noche siguiente, á la misma hora y en el mismo lugar, pudiese gozar de aquel regalo : ella se lo prometió y asi se despidiéron cada uno lleno de contento, y él mucho mas, que no le cabia en todo el cuerpo; y con el deseo que pasase presto aquella noche y el siguiente dia se fué á su casa donde

no podia reposar; en levantándose buscaba en qué acostarse; y como allí no sosegaba, con inquietud y deseo se paseaba, no hallando descanso en cosa alguna. De esta manera padeció hasta la siguiente noche y punto señalado, que con ampolleta estaba midiendo el tiempo haciéndosele todo perezoso. Fuése á su puesto esperando que le diesen la seña; metióse en el hueco de una puerta antigua que estaba en el paredon muy cerca de la ventana; y estando para subir al agujero vió que pasáron dos galanes de dos damas de la misma calle, los cuales anduviéron por ella dando vueltas esperando que se desocupase, por gozar de otra semejante ocasion; eran grandes amigos de Dorido y sabian que andaba enamorado de Clorinia: conociéronse bien los unos á los otros; mas como en sus amores andaba tan recatado, no queria descubrirse por la sospecha que pudiera dar de lo que no habia; y asi, en cuanto ellos se estuviéron paseando no se atrevió á subir en el paredon por no ser visto; que aunque la noche fuera mas obscura, se dejara muy bien reconocer el bulto por los que allí andaban, aunque por los que pasaran de largo no se advirtiera tanto; y asi, porque no le conociesen, yéndose de allí, se puso mas lejos, esperando que se fueran ó entretuviesen en sus paradas para volver á la suya; mas como vió que tardaban y llegase la hora pareció que si su dama

venia y no le hallaba allí ignorando la causa, se lo tuviera por descuido y poco amor; esto llegó con la cólera á tal desesperacion que estuvo determinado de acometerles, dándoles caza si le aguardaran, y si se defendieran matarlos: pudiéralo bien hacer asi por su mucho esfuerzo, como porque iba bien apercibido; demas que la ira en que ardia le ayudaria; que semejante corage acrecienta las fuerzas, y mas que los cogeria descuidados; pero considerando, no el peligro sino el estado de sus negocios, por no perderlos, se estuvo sosegado, mordiéndose los labios, torciéndose las manos, mirando al cielo, dando pisadas en la tierra como un loco. Viendo pues que el tiempo era pasado; se fué tan disgustado cuanto alegre la noche pasada. Luego al siguiente dia estos dos hombres fuéron en busca de Dorido, y le dijéron: Ya, señor, sabeis que somos vuestros amigos, y como tales no es justo entre nosotros haya cosa oculta; y lo mismo es justo, si lo sois nuestro, se haga de vuestra parte diciéndonos la verdad que se os preguntare y fuere lícito. Ayer á cuatro horas andadas despnes de anochecido, paseando por nuestra calle, que asi la podemos llamar pues en ella tenemos cada cual de nosotros el alma, buscando nuestra ventura vimos un hombre que nos anduvo acechando, siguiéndonos los pasos sin perdernos de vista un solo credo. Tuvimos deseo de reconocer quien

fuera y lo dejámos de hacer por no causar algun escándalo : no pudimos aun sospechar quien fuese, hasta despues de estar certificados, por lo que sucedió, ser vos; y fué, que habiéndonos parado cerca de la ventana de vuestra dama la sentimos abrir y ponerse á ella Sintila, que viendo los bultos y no conociendo, dijo : ¿Dorido por qué no subis? Cuando aquello le oimos, con una impertinente curiosidad, fiados de vuestra amistad, le respondimos : ¿Por donde? A esta palabra sin replicar otra alguna cerrando la ventana se entró dentro : de donde sospechámos debíades de haber hecho algun concierto y por no impedirlo nos fuímos de allí luego y en vuestra busca, mas no parecísteis; y asi no pudimos deciros hasta ahora lo pasado. Mas porque deseamos serviros y que conservando nuestra amistad nuestras pretensiones vayan adelante cada uno con la suya, sin que podamos impedirnos, partamos la noche : nosotros tomarémos de la media hasta el dia; si lo quereis al trocado sea como gustáredes, que á nosotros todo nos viene á ser una cuenta. Dorido quisiera disimular con ellos, mas hallándose atajado con razones no pudo y asi escogió la prima que le ofreciéron; y con esta llaneza prosiguió la noche tercera su visita bien falto de esperanza de hacerla y que ella volviese allí, por el suceso pasado. Mas como Clorinia amaba nada se le ponia por delante, que con

mucho cuidado solicitaba si volviera su galan por alegrarse con su vista, y saber qué impedimento le hubiera hecho faltar la noche pasada. En tanto que sus padres estaban cenando, levantándose de la mesa, fué al agujero: podíalo hacer con seguridad, porque la chimenea junto á la cual cenaban, estaba la úna puerta de la sala que era grande, y la ventana del agujero á la otra cerca del rincon de ella, y en medio habia ciertos embarazos que impedian la vista de la una parte á la otra: sus padres estaban de manera que fácilmente pudiera llegar y hablar bajo, sin ser sentida de alguno; verdad es que estaba sobre aviso de lo que pudiera suceder para quitarse presto. Ella llegó á tan buen tiempo, que ya Dorido la estaba esperando porque desde la calle le pareció sentir pasos en la sala: fué cierta señal para él que serian de su dama; subió presto á verlo y como era la segunda vez que se veian ya no tuviéron el empacho que primero: Habláronse con mas osadía lo que les dió lugar el tiempo, que fué aquella noche breve y como hurtado; despidiéronse con grandes ternezas, dejando concertado que en cuanto la luna les diese lugar con la menguante, gozasen ellos de su creciente hasta que otro mejor medio se hallase.

En este tiempo un mancebo muy gran amigo de Dorido que llamaban Oracio se enamoró de Clorinia; servíale no obstante que entendia

ser prenda de su amigo; pero juntamente sabia que no trataba de casarse con ella y él sí; confiándose de su grande amistad en la justa peticion y causa honesta, le pidió muy encarecidamente desistiese de los amores de Clorinia y le diese lugar pues el fin de ambos era tan diferente. Valiéron mucho con Dorido las efectuosas palabras y ruego lícito de Oracio, y asi le respondió ser muy contento, prometiéndole, si su señora de ello gustase, desembarazaria el puesto dejándole desocupada la plaza, sin contradiccion alguna; y viviese seguro que no le seria competidor, para lo cual haria dos cosas: la una desengañár á Clorinia, diciéndole como por cierto voto él no podia ser casado con ella; y la otra, que para poderla olvidar, procuraria amar en otra parte; pero que por la grande amistad que con Valerio tenia, no podia dejar de visitarla, y de ello podria resultarle algun provecho y de ninguna manera daño, pues entendia favorecerle en las ocasiones que se ofreciesen.

Quedó con esto Oracio contento, satisfecho y muy agradecido á Dorido, no considerando que habiéndolo dejado á la eleccion de Clorinia, hasta saber su voluntad habia poco negociado; y el haber hecho Dorido la oferta fué confiado que hablar á Clorinia en ello fuera sacarle el corazon. Con estas varias confianzas Oracio pidió a Dorido hablase por él, y asi

se lo prometió por conservar su amistad, no dando nota ni escándalo en sus amores: como se lo ofreció lo hizo, que viéndose con su dama, le relató una grande arenga de todo lo pasado, diciendole, que si su voluntad era amar á Oracio, que nunca Dios permitiera que él impidiera su honrado intento; mas á lo menos, cuando no le quisiese, tenia obligacion de agradecerle la voluntad no mostrándosele áspera; y si pasase por la calle no oirle que le hiciese rostro alegre aunque fuese fingido. Á esto respondió Clorinia con enojo, diciendo: Que no le mandase tal ni hablase mas en ello, porque cuando por este fin él la dejase, antes gustaria de ser aborrecida que ofenderle y ofenderse, poniendo su amor en otra parte; que él habia sido el primero y seria el último en su vida la cual desde luego le sacrificaba, para que no siendo caso de mandarle que le olvidase, dispusiese de todo lo restante de su voluntad. No dejaba Derido de recibir contento, por ser el verdadero crisol donde se afinaban sus amores, y la seguridad con que le amaba; y asi no se lo volvió á tratar, antes prosiguió sus visitas de dia y de noche, habiendo primero desengañado á Oracio de lo pasado. El no quiso creerlo; entristecióse grandemente de oirlo y con todo eso no dejaba de servirle; mas nunca la halló dispuesta en hacerle algun favor, antes áspera y rigurosa, de

donde resultò que viéndose despreciadó y á Dorido perferido, el furor irritó la paciencia, encendiéndose de tal manera en una ira infernal, que el amor que le tenia trocó en aborrecimiento; y asi como por lo pasado siempre deseó servirle, de allí adelante se desvelaba buscando su daño poniendo en ello todo su estudio y diligencia; de tal manera que como hubiese algunas veces acechado á Dorido, y supiera la hora, lugar y modo como subia por el paredon y se hablaban, una noche se anticipó á la venida del verdadero amante; y fingiendo ser él subió al puesto é hizo un pequeño ruido con la piedra que estaba en el agujero, segun lo habia visto hacer algunas veces: pues como Clorinia sintió la seña, sin considerar el tiempo que era muy anticipado, acudió al reclamo luego quitando la piedra recibiendo con dulces palabras al fingido amador que estaba callando; lo qual incitó mas á Oracio en su traicion; y metiendo la mano por el agujero asió de la de Clorinia y se la sacó afuera, fingiendo querérsela besar; asi se la tuvo apretada con la suya izquierda, y con la derecha, sacando un afilado cuchillo que llevaba, sin mucha dificultad y con suma impiedad se la cortó y llevó consigo, dejando á la triste doncella en el suelo amortecida; porque el dolor que se habia de desfogar con voces y quejas, refrenóle haciendo fuerzas á la flaqueza

femenil encerróse en el corazon, y ofendiendo los espíritus vitales quedó casi muerta. Allí acabara, sin duda, si brevemente no acudieran, que como la hallasen menos y llamándola no respondiese á sus padres, alborotados de ello saliéron á buscarla y la halláron desangrándose en el suelo junto al agujero que quedó abierto; y viéndole ensangrentado dió indicios de la causa de su muerte que tal se juzgaba, pues en ella no habia señal de vida. Viendo los afligidos padres el cruel espectáculo triste, y el tronco del brazo sin su mano, no pudiendo refrenar el dolor cayéron como muertos junto á la desventurada hija, no menos desalentados que ella estaba; mas volviendo luego en sí, con las mayores lástimas que nunca se oyéron comenzáron á lamentar su mucha desventura y lastimoso caso; pero en medio del excesivo dolor consideráron, ya que la vida de la hija se perdia que tambien perdian la honra, y no ser lícito aventurarlo todo junto. Parecióles ocultar el suceso refrenando los suspiros y gemidos; asi se sosegó la casa; y llevando á Clorinia, con los muchos, beneficios que le hiciéron la volviéron algo en sí; la cual viéndose en medio de sus padres llorosos y de aquella manera le causó tanto dolor, que acrecentándose la vergüenza de nuevo se desmayó. Viendo esto creció su dolor de manera que se les arrancaban las almas; y con las palabras

mas tiernas que podian regaladamente procurabau consolarla diciéndole dulces amores, como padres que tanto la querian, para curar con ellas la herida del ánimo que era lo que mas ella sentia. Con esto la afligida Clorinia se alentó algun tanto, y llorando su mal que hasta entonces no habia podido, movia las piedras á sentimiento. Luego tratáron con gran secreto, de curarla. Valerio su hermano fué á llamar un cirujano amigo suyo de quien podia secretamente fiarse. La noche hacia muy obscura; llevaba una linterna con la cual al atravesar una calle reconoció á Dorido que muy descuidado venia para verse con su dama, ignorante de todo lo pasado; comenzóle á llamar con voz dolorosa y triste; y como volviese, le dijo: ¡Ay amigo verdadero! ¿donde vais? ¿Vais por ventura á llorar con nosotros nuestra desgracia y el trágico dolor que nos acaba las vidas? ¿Habeis visto ó sentido desventura como la nuestra y de la desdichada Clorinia? ¡Ay! que á vos que sois amigo verdadero no se podrá encubrir lo que á todo el mundo habemos de negar, porque sé que habemos de tener en vos compañero en nuestro duelo, y que como nosotros mismos haréis diligencia en la venganza, procurando saber quien sea el cruel homicida de mi hermana. Dorido quedó sin sentido de oir estas palabras y fué maravilla, poderse tener en pie segun le hi-

riéron el corazon; pero cobrándose algo con el deseo de entender el caso, procurando esforzarse, con voz turbada preguntó lo que habia sido. Valerio le dijo por órden lo pasado y como iba á llamar un cirujano: rogóle se fuese con él pues corria peligro con la tardanza la vida de Clorinia. Dorido le acompañó y aunque habia mas menester ser consolado que dar consuelo; todavía lo menos mal que pudo, dijo asi: Valerio, hermano, es tanto lo que siento vuestras lástimas y de la desdichada Clorinia que no menos que á vos pueden darme el pésame de su desdicha: de tal manera lo siento que estoy seguro y cierto que no me haceis ventaja; empero viendo cuan poco el dolor aprovecha ni el llanto importa, no acudo á mas que aconsejaros en lo que se debe hacer; y os digo, que se busque al traidor que tal maldad ha hecho, para que en él se ejecute la mayor venganza que nunca se hizo. Yo me encargo de ello, que para esta diligencia bien creo seré bastante á salir con ella, descubriendo rastros por donde le halle. Id vos por el cirujano, que no es bien donde á tanto se ha de acudir que todos asistamos á una cosa siendo la de mi cargo tan forzosa; cada uno haga la suya: idos con Dios, que no me sufre la paciencia detenerme un punto: con esto se apartáron. Á Dorido se le asentó en el ánimo que otro que Oracio no pudo haber sido autor

de tal maldad por muchas razones que concurrieron que cada cual era manifiesto indicio de ello; y asi determinó hacer en él un castigo igual á lo que su justo enojo le pedia. Con esta determinacion se fué á su casa y entrando en su aposento soltó las riendas al llanto, lamentando el áspero desastre: Clorinia de mis ojos, decia, bien veo el mal que por mi te ha venido; yo fuí la causa de ello; engañóte el traidor Oracio; pensaste que era tu querido Dorido. Ay desdichada señora de mi vida; yo te traje á este paso tan amargo; yo te he muerto pues te inquieté de tu reposo y te saqué de tu recogimiento: ¡ Ay maldito agujero! ¡ Ay malditos ojos que te viéron! ¡ Ay maldita lengua con que pedí me hablases! ¡ Amada Clorinia! Clorinia, vida mia, ya no vida sino muerte, pues con la tuya vendrá la mia; yo te hice este mal; mas viva yo hasta que te vengue; y vive tu hasta que sepas la venganza del traidor que será tan ejemplar como es justo para que quede por memoria en siglos venideros. Yo prometo sacrificar á tus cenizas la impia sangre del traidor Oracio; por una mano que te quitó dará dos suyas: una cortó inocente, dos le cortaré sacrílegas. Déte tanta vida el cielo que lo alcance y deje gozar el galardon que por ello te debo. Y tú, dulce Clorinia, perdona la culpa que tengo, que si fuese tu gusto mi muerte con mis manos te la

hubiera dado : con estas, y otras lastimosas palabras lamentaba el caso digno de eternas lágrimas ; y el dolor le acabara segun le apretaba ; mas íbase sustentando con el deseo de la venganza ; y asi entre muerte y vida pasó aquella noche : luego al sigüiente dia los fué á visitar. Los padres y hermano de nuevo renováron las lágrimas abrazándose los unos á los otros ; y el padre dijo : ¿ Qué desdicha tan grande, hijo Dorido, ha sido la nuestra ! ¿ Qué rigor de cielos contra mí se conjuráron ! ¿ Qué furia infernal intentó semejante delito ? ¿ Qué os parece de nuestra desgracia ! ¿ Como sentis nuestra honra ? ¿ Qué capa cubrirá mancha tan fea ! ¿ Y qué venganza podrá mitigar dolor semejante ? Decidnos, ¿ qué consuelo será el nuestro ! ¿ Como podrémos vivir sin la que nos daba vida ! Dorido no pudiendo resistir las lágrimas, consolando á los afligidos padres y hermano, dijo : No es tiempo, señores, de gastarle lamentando ; antes debemos ocuparle en lo que mas á todos nos es importante ; y aunque para lo que quiero proponer fuera necesario no ser yo mismo, la ocasion y secreto me obligan que lo haga. Bien conoceis y habeis visto la general desdicha sucedida tan vuestra como mia, y mas mia que vuestra. Por sentir vuestro dolor juntamente con el mio ; veo cortado el hilo de mi vida que solo espero la muerte tan amarga, cuanto creí fuera di-

chosa si la acabara primero que Clorinia. Ya sabeis quien soy, y sé yo vuestro mucho valor y calidad, que cuando al mio no sobrepujara, lo hiciera la singular amistad que me habeis tenido, poniéndome en obligacion eterna. Este caso es proprio mio; y para que asi lo entienda el mundo, lo que despues por otro tercero habia de suplicaros, quiero pediros por merced me deis á mi Clorinia por esposa; y con esto haréis dos cosas, rescatais vuestras honras, y ejecutais con mano propria la venganza. Si el cielo me fuere tan favorable que le conceda vida, conmigo quedará, no como merece su calidad, mas como se debe á mi deseo de servirla: y si otra cosa sucediere bien es que se sepa que hizo su esposo lo que estuvo obligado, y no Dorido amigo de sus padres: concededme este bien por lo bien que a todos podria resultar de ello. Á los padres y hermano pareció justa y honrada peticion: agradeciéronselo mucho; mas porque quien mas en ello habia de ser parte era Clorinia quisiéron tomar su parecer; la cual cuando se lo dijéron, le saliéron las lágrimas de gozo, y dijo: Con solo esto espero tener vida, y si mas caro me costara la compraba barato; confio en Dios de vivir alegre y morir consolada; y asi suplico se haga como mi esposo Dorido lo pide. Luego le llamáron, y viéndose juntos en mucho rato no pudiéron hablarse, por lo que las almas de los

dos sentian ; y asi se juntáron , quedando concertado el matrimonio y hechas en él con todo secreto las diligencias que convino entretanto que pudieran ser desposados. En esto pasáron tres dias y del contento parecia tener Clorinia alguna mejoría, mas era fingida, porque con la mucha sangre que le habia salido poco á poco se acababa. Viendo Dorido ser imposible escapar su esposa con la vida, porque muriese de todo punto alegre y satisfecha , si tal puede haber en la muerte , al cuarto dia, pareciéndole tiempo conveniente á lo que tenia trazado , para el quinto convidó á Oracio como hacia otras veces ; el cual confiado en el secreto con que cometió el delito, y que ni en la ciudad ni vecindad se hablaba, ni entendia palabra, paseábase muy seguro como si tal no hubiera hecho, y asi no se rezelaba. Dorido para mas desvelarle fingió no saber alguna cosa; mostróle el rostro alegre, la boca risueña, que asegurado tan bien con esto, aceptó el convite. Habia hecho Dorido confeccionar un vino que daba profundo sueño siendo bebido, el cual secretamente mandó que le sirviesen á la mesa : hízose asi, y habiendo comido, con el postrer bocado se quedó en la silla como un muerto. Luego Dorido, atándole los pies y brazos fuertemente á los de la misma silla, cerradas todas las puertas de la casa , y ellos dos en ella solos , le dió á oler una poma

con que luego recordó del sueño en que estaba sepultado; y viéndose de tal modo, sin ser señor de poderse menear, conoció ser castigo de su culpa. Dorido le cortó ambas manos y en el canto de la silla le dió garrote con que le dejó ahogado; y esta madrugada le trajo antes de amanecer delante de sí en la silla de un caballo, y poniendo un palo en el agujero donde cometió el delito, le dejó ahorcado de él, y con una cinta las dos manos atadas al cuello. Con esto se ausentó de Roma, pareciéndole que sin su Clorinia, patria ni vida pudieran consolarle. Hoy que amaneció este espectáculo ha fallecido Clorinia; y en este punto acaba de espirar.

Al embajador causó gran lástima y admiracion el caso; era hora de ir á palacio y despidiéronse; yo dí mil gracias á Dios que no me hizo enamorado; pero si no jugué á los dados hice otros peores baratos como verás en los siguientes libros para donde, si los primeros te diéron gusto, te convido.

VIDA Y HECHOS

DE GUZMAN

DE ALFARACHE.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO I.

Guzman de Alfarache disculpa el proceso de su discurso; pide atencion, y da noticia de su intento.

Comido y reposado has en la venta; levántate amigo si en esta jornada gustas de que te sirva yendo en tu compañía; que aunque nos queda otra para cuyo dichoso fin voy caminando por estos pedrejales y malezas, bien creo que se te hará fácil el viage con la cierta promesa de llevarte á tu deseo. Perdona mi proceder atrevido; no juzgues á descomedimiento tratarte de esta manera falto de aquel respeto debido á quien eres: considera que lo que digo no es para tí, antes para que lo reprehendas á otros que como yó lo habrán me-

nester. Hablando voy á ciegas y dirásme muy bien que estoy muy cerca de hablar á tontas, pues arrojo la piedra sin saber á donde podrá dar; y diréte á esto lo que decia un loco, que arrojaba cantos; cuando alguno tiraba, daba voces, diciendo: Guarda aho, todos me la deben; dé donde diere. Aunque tambien te digo, que como tengo las hechas tengo las sospechas. Á mí me parece, que son todos los hombres como yo, flacos, fáciles, con pasiones naturales y aun extrañas, que con mal seria, si todos los costales fuesen tales; mas como soy malo nada juzgo por bueno, tal es mi desventura: y de semejantes, convierto las violetas en ponzoña, pongo en la nieve manchas, maltrato y sobajo con el pensamiento la fresca rosa. Bien me hubiera sido en alguna manera no pasar con este mi discurso adelante, pues demas que tuviera excusado el serte molesto, no me fuera necesario pedirte perdon para ganarte la boca y conseguir lo que mas aquí pretendo; que aunque muchos y quizá, todos los que comiéron la manzana lo juzgarán por impertinente y superfluo, emperó no es posible: porque aunque tan malo, cual tienes de mi formada idea, no puedo persuadirme que sea cierta pues ninguno se juzga como le juzgan; yo pienso de mí lo que tú de tí; cada uno estima su trato por el mejor, su vida por la mas corregida, su causa por justa, su honra por la

mayor, y sus elecciones por mas bien acertadas. Hice mi cuenta con el almohada, pareciéndome, como es verdad, que siempre la prudente consideracion engendra dichosos acaecimientos; y de acelerarse las cosas naciéron sucesos infelices y varios, de que vino á resultar el triste arrepentimiento; porque dado un inconveniente se siguen de él infinitos. Asi para que los fines no se yerren, como casi siempre sucede, conviene hacer fiel exámen de los principios, que hallados y elegidos, está hecha la mitad principal de la obra y dan de sí un resplandor que nos descubre de muy lejos con indicios naturales lo por venir. Y aunque de suyo son en sustancia pequeños, en virtud son muy grandes y estan dispuestos á mucho; por lo cual se deben dificultar cuando se intentan, procurando todo buen consejo; mas ya resueltos una vez por acto de prudencia se juzga el seguirlos con osadía, y tanto mayor cuanto fuere mas noble lo que se pretende con ellos. Y es imperfeccion y aun liviandad notable comenzar las cosas para no fenecerlas; en especial sino las impiden súbitos y mas graves casos, pues en su fin consiste nuestra gloria: La mia ya te dije que solo era de tu aprovechamiento; de tal manera que puedas con gusto y seguridad pasar por el peligroso golfo del mar que navegas. Yo aquí recibo los palos y tu los consejos en ellos: mia es la hambre y para

tí la industria para que no la padezcas. Yo sufro las afrentas de que nacen tus honras; y pues has oido decir que aquese te hizo rico que te hizo el pico, haz por imitar al discreto yerno que sabe con blandura grangear del duro suegro que le pague la casa, le dé mesa y cama, dineros y esposa con quien se regale: abuelos, que como esclavos y truhanes crien, sirvan y entretengan á sus hijos. Ya tengo los pies en la barca, no puedo volver atras; echada está la suerte; prometido tengo, y como deuda debo cumplirte la promesa en seguir lo comenzado. El sujeto es humilde y bajo; el principio fué pequeño; lo que pienso tratar, si como buey lo rumias volviéndolo á pasar del estómago á la boca, podria ser importante, grave y grande. Haré lo que pudiere satisfaciendo al deseo; que hubiera servido de poco alborotar tu sosiego, habiéndote dicho parte de mi vida, dejando lo restante de ella. Muchos creo que dirán, ó ya lo han dicho: mas valiera que ni Dios te la diera, ni asi nos la contaras, porque siendo notablamente mala y distraida, fuera para tí mejor callarla y para los otros no saberla. Lejos vas de la verdad; no aciertas con la razon en lo que dices; ni creo ser sano el fin que te mueve, antes me causa sospecha, que como te tocan en el Ay, y aun con solo el amagarte sin que te lleguen, te lastiman; que no hay cuando al disciplinante le

duele y sienta mas la llaga que se hizo él propio, que cuando se la curan otros. Ó te digo verdades, ó mentiras: mentiras no, y á Dios pluguiera que lo fueran, que yo conozco de tu inclinacíon que holgaras de oirlas y aun hicieras espuma con el freno; digo verdades y hácensete amargas. Pícaste de ellas porque te pican; si te sintieras con salud y á tu vecino enfermo; si diera el rayo en casa de Ana Diez, mejor lo llevaras, todo fuera sabroso y yo de tí muy bien recibido. Mas para que no te me deslices como anguila yo buscaré hojas de higuera contra tus bachillerías; no te me saldrás por esta vez de las manos. Digo, si quieres oirlo, que aquesta confesion general que hago, este alarde público que de mis cosas te represento, no es para que me imites, antes para que sabidas corrijas las tuyas en tí: si me ves caido por mal reglado, haz de manera que aborrezcas lo que me derribó; no pongas el pie donde me viste resbalar; y sírvate de aviso el tropezon que dí; que hombre mortal eres como yo, y por ventura no mas fuerte ni de mayor maña. Da vuelta por tí, recorre á espacio y con cuidado la casa de tu alma, mira si tienes hechos muladares en lo mejor de ella, y no espulgues que en casa de tu vecino hay una pluma de pájaro á la subida de la escalera. Ya dirás que te predico, y que cual es el necio que se cura con médico enfermo, pues

quien para sí no alcanza la salud menos la podrá dar á los otros. ¿Qué cóndito cordial puede haber en el colmillo de la víbora ó en la punta de un alacran? ¿Qué nos podrá decir un malo que no sea malo? No te niego que lo soy, más aconteceráme contigo lo que al diestro trinchante á la mesa de su amo, que corta curiosamente la pechuga, el alon ó la pierna del ave, y guardando respeto á las calidades de los convidados á quien sirve, á todos hace plato, á todos procura contentar, todos comen, todos quedan satisfechos, y él solo sale cansado y hambriento. Á mi costa y con trabajos descubro los peligros y sirtes, para que no embistas y te despedaces, ni en calles adonde te falte remedio á la salida. No es el rejalgar tan sin provecho que deje de hacerlo en algo; dineros vale y en la tienda se vende; si es malo para comido aplicado será bueno. Y pues con él emponzoñan sabandijas dañosas porque son perjudiciales, triaca seria mi ejemplo para la república si se atosigasen estos animalazos fieros aunque caseros y al parecer domésticos (que aqueso es lo peor que tienen) pues figurándosenos humanos y compasivos, nos fiamos de ellos: fingen que lloran de nuestras miserias y despedazan cruelmente nuestras carnes con tiranías, injusticias y fuerzas. ¡Ó si valiese algo para poder consumir otro género de fieras! Estos que lo miran, y estos que des-

cansados andan ventoleros, desempedrando calles, traginando el mundo, vagabundos de tierra en tierras, de barrio en barrios, de casa en casas, hechos espuma ollas, no siendo en parte alguna de algun provecho, ni sirviendo de mas que como los arrieros en la alhondiga de Sevilla, de meter carga para sacar carga, llevando y trayendo mentiras y nuevas, parlando chismes, levantando testimonios, poniendo disensiones, quitando las honras, infamando buenos, persiguiendo justos, robando haciendas, matando y martirizando inocentes. ¡Hermosamente parecieran si todos perecieran! Que no tiene Bruselas tapicería tan fina, que tanto adorne, ní tan bien parezca en la casa del príncipe, como la que cuelgan lós verdugos por los caminos. Premios y penas conviene que haya; si todos fueran justos, las leyes fueran impertinentes; y si sabios, quedaran por locos los escritores: para el enfermo se hizo la medicina, las honras para los buenos, y la horca para los malos. Y bien conozco ser el vicio poderoso por nacer de un deseo de libertad, sin reconocimiento de superior humano ni divino y temo si mis trabajos, escritos y desventuras padecidas, tendrán alguna fuerza para enfrenar las tuyas, produciendo el fruto que deseo, pues viene á ser vano y sin provecho el trabajo que se toma por algun respeto, sino se consigue lo que con él

se pretende: mas como ni el retórico siempre persuade, ni el médico sana, ni el marinero aporta en salvamento, habréme de consolar con ellos, cumplidas mis obligaciones, dándote buenos consejos y sirviéndote de luz, como el pedernal herido, que la sacan de él para encenderla en otra parte quedándose sin ella. De la misma forma, el malo pierde la vida, recibe los castigos, padece afrentas, dejando á los que le ven ejemplo en ellas.

Quiero volverme al camino que se me representa en este lugar lo que á los labradores y aun á los muy labrados cortesanos, cuando pasan por la ropería, si acaso alzan los ojos á mirar, que luego se arriman á ellos, unos les tiran, y otros estiran: allí los llevan, y acullá los llaman, y no saben con cuales ir seguramente; porque pareciéndoles que todos engañan y mienten, de ninguno se fian, y andan muy cuerdos en ello: yo sé muy bien el por qué, y lo que venden lo dicen á voces. Ahora bien, démosles lado, dejémoles pasar siquiera por las amistades que un tiempo me hiciéron en comprarme prendas que nunca compré, dándome dineros á buena cuenta de lo que les habia de vender, y enseñándome á hacer de la noche á la mañana ropillas de capas, vendiendo los retazos para echar soletas; ó lo que suele suceder al descuidado caminante que sin saber el camino salió sin preguntarlo en la po-

sada, y cuando tiene andada media legua, suele hallarse al pie de una cruz que divide tres ó cuatro sendas á diferentes partes, y empinándose sobre los estribos, torciendo el cuerpo, vuelve la cabeza mirando quien le podrá decir por donde ha de caminar; mas no viendo á quien le adiestre, hace consideracion cosmógrafa eligiendo á poco mas ó menos la que parece ir mas derecha hácia la parte donde camina. Veo presentes tantos y tan varios gustos, estirando de mí todos, queriéndome llevar á su tienda cada uno; y sabe Dios por qué y para qué lo hacen. Pide aqueste dulce, aquel acedo; uno hace freir las aceitunas, otro no quiere sal ni aun en el huevo; y habiendo quien guste de comer los pies de la perdiz tostados al humo de la vela, no falta quien dice que no crió Dios legumbre como el rábano. Asi lo vimos en cierto ministro papelista, por excelencia malquisto y mentiroso, aunque sobre todo avariento, el cual como se mudase de una posada en otra, despues de llevada la ropa y trastos de casa, se quedó solo en ella, rebuscándola y quitando los clavos de las paredes. Acertó á entrar en la cocina donde halló en el ala de la chimenea cuatro rábanos añejos, que como tales los dejáron perdidos y sin provecho. Juntólos y atólos y con mucho cuidado los llevó á su muger y con cara de herrero le dijo: asi se debe de ganar la hacienda

pues asi se deja perder; como no lo trajistes en dote de todo se os da nada; ¿veis esta perdicion? Guarda esos rábanos que dineros costáron, y volvedlos á echar á mal, perdida, que yo lo soy harto mas en consentir que por junto se traiga un manojo á casa. La muger los guardó y aquella noche por no tenerla negra con pendencia los hizo servir á la mesa, y comiéndolos el marido, dijo: Ahora por Dios, hermana, que sobre todos los gustos tiene lugar principal el de los rábanos añejos, que cuanto mas lacios mejor saben, si no probad uno de estos; y haciéndole fuerza la obligó á comerle contra toda su voluntad y con asco. Gentes hay que no se contentan con loar aquello que dicen aplacerles, ya sea por lo que fuere, sino que quieren que los otros lo hagan y que á su pesar sepa bien y se lo alaben: y juntamente con esto que vituperen el gusto ageno, sin considerar que son los gustos varios como las condiciones y rostros: que si por maravilla se hallaren dos que se parezcan, es imposible hallarlos en todo iguales: asi habré de hacer aquí lo que me aconteció en una comedia donde por ser de los primeros vine á ser de los delanteros, y como tras de mí hubiese otros no tan dispuestos, me decian que me hiciese á un lado, y en meneándome un poco se quejaban otros á quien hacia tambien estorvo; los unos y los otros me ponian á su modo por-

que todos querian ver; de manera que no sabiendo como acomodarme acomodándolos, hice orejas de mercader; púseme de pie derecho, y cada uno alcanzo como mejor pudo. ¿ Querrian el melancólico, el sanguino, el colérico, el flemático, el compuesto, el desgarrado, el retórico, el filósofo, el religioso, el perdido, el cortesano, el rústico, el bárbaro, el discreto, y aun la señora doña Calabaza que para sola ella escribiese á lo fruncido, y que con solo su pensamiento y á su estilo me acomodase? No es posible; y seríame necesario (demas de hacer para cada uno su diferente libro) haber vivido tantas vidas cuantos hay diferentes pareceres. Una sola he vivido, y la que me achacan es testimonio que me levantan. La verdadera mia iré prosiguiendo aunque mas me vayan persiguiendo, y no faltará otro Gil que me arguya como de lo que nunca hice, dije, ni pensé. Lo que le suplico es que no tome tema ni tanta cólera conmigo, que me ahorque por su gusto; que ni estoy en tiempo de ello, ni me conviene. Déjeme vivir pues Dios ha sido servido de darme vida en que me corrija, y tiempo para la enmienda: servirán aquí mis penas para escusarte de ellas, informándote para que sepas encadenar lo pasado y presente con lo venidero de los otros libros; y que hecho de todo un trabado contexto, quedes cual debes, instruido en las ve-

ras, que solo este ha sido el blanco de mi puntería y descubro el de mi pensamiento á los que se sirvieren de excusarme del trabajo; empero sea de manera que se puedan gloriar del suyo, que tengo por indecente negar su nombre, apadrinando sus obras con el ageno, que será obligarme á escribir otro tanto, para no ser tenido por tonto, cargándome descuidos agenos: esto se quede no parezca dicho con cuidado, ni mas de por haber venido á propósito. Mas volviendo al nuestro digo, que cada uno haga su plato y pasto de lo que le sirviéremos en esta mesa, dejando para otros lo que no le supiere bien ó no abrazare su estómago; y no quieran todos que sea este libro como los banquetes de Eliogábalo, que se hacia servir de muchos y varios manjares, empero todos de un solo pasto, ya fuesen pabos, pollos, faisanes, javalí, peces, leche, yervas ó conservas. Una sola vianda era, empero, como el maná, deferenciada en gustos; aunque los del maná eran los que cada uno queria, y esotros los que les daba el cocinero conforme á la torpe gula de su amo. Con la variedad se adorna la naturaleza, eso hermosea los campos estar aquí los montes, allí los valles, acullá los arroyos y fuentes de las aguas. No sean tan avarientos, que lo quieran todo para sí. que yo he visto en casa de mis amos dar libreas, y al page pequeño tan contento con la suya, en

que no entró tanta seda, como el grande que la hubo menester doblada por ser de mas cuerpo. Determinado estoy de seguir la senda que me pareciere atinar mejor al puerto de mi deseo y lugar adonde voy caminando. Y tu discreto huesped que me aguardas, pues tienes tan clara noticia de las miserias que padece quien como yo va peregrinando, no te desdeñes cuando en tu patria me vieres y á tu puerta llegare desfavorecido en hacerme aquel tratamiento que á tu propio valor debes; pues á tí solo busco y por tí hago este viage, no para hacerte cargo de él, ni con ánimo de obligarte á mas de una buena voluntad que naturalmente debes á quien te la ofrece, y si de tí la recibiere, quedaré con satisfaccion pagado y deudor para rendirte por ella infinitas gracias. Mas el que por oírmelas está deseoso de verme, mire no le acontezca lo que á los mas curiosos que se ponen á escuchar lo que se habla de ellos que siempre oye mal, porque con oro fino se cubre la pildora, y á veces le causa risa lo que le debiera hacer verter lágrimas: demas que si quisiere advertir la vida que paso y lugar adonde quedo, conocerá su demasía y me dará á conocer su poco talento. Póngase primero á considerar mi plaza, la suma miseria donde mi desconcierto me ha traido; represéntese otro yo, y luego discurra que pasatiempo se podrá tomar con el que.

siempre lo pasa preso y aherrojado con un renegador ó renegado cómitre: salvo si soy para él como el toro en el coso, que sus garrochas, heridas y palos alegran á los que le miran, y en mí lo tengo por acto inhumano; y si dijeres, que hago ascos de mi propio trato, que te lo vendo caro haciéndome de rogar, ó que hago melindre, me pesará que lo juzgues á tal, que aunque es notoria verdad haber servido siempre al embajador mi señor de su gracioso, entonces pude aunque no supe; y aunque ahora supiese, no puedo, porque tienen mucha costa, y no todo tiempo es uno: mas para que no ignores lo que digo, y sepas cuales eran mis gracias entonces, y lo que ahora seria necesario para ellas, oye con atencion el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II.

Guzman de Alfarache cuenta el oficio de que servia en casa del embajador su señor.

DEL mucho poder y poca virtud en los hombres, nace no premiar tantos servicios buenos y trabajos personales de sus fieles criados, cuanto palabras dulces de lenguas vanas: por parecerles, que lo primero se les debe por lo que pueden, y asi no lo agradecen; y de lo segundo se les hace gracia, porque no la tienen y compran sus faltas á peso de dineros. Es mucho de sentir que les parezca que contradice la virtud á su nobleza, y sintiendo mal de ella no la tratan; y tambien, porque como se haya de conseguir por medios ásperos, contrarios á su sensualidad y con su mucho poder nunca se les apartan del oido y lado lisongeros, viciosos y aduladores; esta es la leche que mamáron y paños en que les envolviéron; hiciéron su centro natural con el uso y con el mal abuso se quedáron. De aquí nacen los gastos demasiados, las prodigalidades, las vanas magnificencias, que sobre tabla se pagan muy presto, de contado, con suspiros y lágrimas:

dan antes á un truhan el mejor de sus vestidos que á un virtuoso el sombrero desechado ; y porque tambien es dadiva recíproca , trueco y cambio que corre ; visten ellos el cuerpo á los que revisten el suyo de vanidad ; favorecen con regalos á los que les adulan con alhagos de palabras tiernas y suaves, de buen sonido y consonancia ; compran con precio su gusto, por lo cual corre su alabanza justamente de la boca de semejantes, dejando abierta la puerta por su descuido, para que los buenos publiquen sus demasías, que real y verdaderamente se debiera tener por vituperio. No quiero con esto decir, que carezcan los príncipes de pasatiempos; conveniente cosa es, que tengan entretenimientos, empero que den á cada cosa su lugar, todo tiene su tiempo y premio. Necesario es, y tanto suele á veces importar un buen chocarrero, como el mejor consejero. No me pasa por el pensamiento atarles las manos á hacer mercedes, pues como tengo dicho, nunca el dinero se goza sino cuando se gasta, y nunca se gasta cuando bien se dispensa y con prudencia; ya, ya (por mis pecados) de uno y otro tengo experiencia, bien puedo deponer como aquel que ha traido los atabales acuestas, pues el tiempo que serví al embajador mi señor como has oido yo era su gracioso; y te prometo que fuera muy de menor trabajo y menos pesadumbre para mí cualquiera otro corporal; porque para decir

gracias, donaires y chistes, conviene que muchas cosas concurran juntas. Un don de naturaleza que se acredite juntamente con el rostro, talle y movimiento de cuerpo y ojos; de tal manera, que unas prendas favorezcan á otras y cada una por sí tengan un donaire particular para que juntas muevan el gusto ageno; porque una misma cosa la dirán dos personas diferentes; una de tal manera que te quitarán el calzado y desnudarán la camisa sin que con la risa lo sientas; y otra con tal desagrado, que se te hará la puerta lejos y angosta para salir huyendo, y por mas que procur en estos esforzarse á darles aquel vivo necesario no es posible. Requiérese tambien leccion continua para saber como y cuando, que y de qué se han de formar. Tambien importa memoria de casos y conocimiento de personas, para saber casar y acomodar lo que se dijere, con aquello de quien se dijere. Conviene solicitud en inquirir lo mas digno de vituperar, y mas en las mas nobles vidas agenas; porque ni los visages del rostro, libre lengua, disposicion del cuerpo, alegres ojos, varias medallas de matachines, ni toda la ciencia del mundo, será poderosa para mover el ánimo de un vano si faltare la salsa de murmuracion. Aquel puntillo de agrio, aquel granito de sal, es quien da gusto, sazon, y pone gracia en lo mas desabrido y simple; porque á lo restante llama el vulgo retablo artificioso,

con poco ingenio. Tambien es de importancia, oportunidad y tiempo en quien las quiere decir, que fuera de él y sin propósito, no hay gracia que lo sea, ni siempre se quieren oir, ni se podrán decir. Pídanlo al mas diestro en ellas que las diga, y si le cogen al descuido le dejarán helado. Aquesto le aconteció á Cisneros, un famosísimo representante, hablando con Manzanos que tambien lo era, y ambos de Toledo, los dos mas graciosos que se conociéron en su tiempo, que le dijo: Veis aquí, Manzanos, que todo el mundo nos estima por los dos hombres mas graciosos que hoy se conocen. Considerad, que con esta fama nos manda llamar el rey nuestro señor. Entremos vos y yo, y hecho el acatamiento debido (si de turbados acertáremos con ello) nos pregunta: ¿Sois Manzanos y Cisneros? Responderéisle vos, que sí, porque yo no tengo de hablar palabra. Luego nos vuelve á decir: Pues decidme gracias. Ahora quiero yo saber, ¿qué le diremos? Manzanos le respondió: Pues hermano Cisneros, cuando en eso nos veamos (lo que Dios no quiera) no habrá mas que responder sino, que no estan fritas. Asi, que no á todos, ni de todo. ni siempre podrán decirse, ni valdrán un cabello sin murmuracion. Esto sentia yo por excesiva desventura, hallarme obligado á ser como perro de muestra, venteando flaquezas agenas. Mas como era el quinto elemento sin quien los

cuatro no pueden sustentarse, y la repugnancia los conserva, continuamente andaba solícito, buscando lo necesario al oficio que ya profesaba, para ir con ello ganando tierra y rindiendo los gustos al mio; que no es la menor, ni menos esencial parte captar la benevolencia, para que celebren con buena gana lo que se dice y hace. De modo, que aquellas prendas que me negó naturaleza, las habia de buscar y conseguir por maña, tomando ilícitas licencias y usando perjudiciales atrevimientos, favorecido todo de particular viveza mia por faltarme letras; pues entonces no tenia otras, que las de algunas lenguas que aprendí en casa del cardenal mi señor, y aun esas estaban en agraz por mis verdes años. Considerad pues ahora de todo lo dicho, que puedo aquí tener y que me falta, sin libertad y necesitado. En aquellos tiempos, en la primavera de mis floridos años, todo iba corriente, todo parecia bien y á todo me acomodaba. Por ello y otras cosas anejas á ello, me traian vestido, era regalado, el de la privanza, el familiar, el dueño de mi amo, y aun de todos los interesados en ser sus amigos y llegados. Yo era la puerta principal para entrar en su gracia y el señor de su voluntad. Yo tenia la llave dorada de su secreto, habíame vendido su libertad, obligábame á guadársele, tanto por esto como por caridad, por ley natural y amor que le tenia, que siem-

pre conoció de mí gran sufrimiento en callar. Figúraseme ahora, que debia de ser entonces como la malilla en el juego de los naipes, que cada uno la usa cuando y como quiere. Diferentemente se aprovechaban todos de mí; unos de mis hechos por su propio interes; y otros de mis dichos por su solo gusto; y solo mi amo se tiraba conmigo en dichos y hechos. Esto he venido á decir porque de mí no se sienta que quiero contravenir á que los príncipes tengan en sus casas hombres de placer ó juglares. Y no seria malo, cuando los tuviesen, tanto para su entretenimiento cuanto para recoger por aquel arcaduz algunas cosas que no les entraria bien por otro. Y estos, acontecen ocasiones en que suelen valer mucho, advirtiendo, aconsejando, revelando cosas graves en son de chocarrerías, que no se atrevieran cuerdos á decirlas con veras. Graciosos hay discretos que dicen sentencias y dan pareceres, que no se humillaran sus amos á pedirlos á otros de sus criados aunque les importara mucho y fueran ellos grandísimos estadistas, para poderles aconsejar, ni lo consintieran de ellos por no confesarse ignorantes á sus inferiores ó que saben menos que ellos, que aun hasta en esto quieren ser Dioses, y estos criados: tales eran los papagayos, que deseaba tener Júpiter enjaulados; que no es de ahora el daño, ni nació ayer, despreciar los consejos de los tales, los

poderosos. Tanta es en ellos la ambicion que quieren agregar á sí todas las cosas, haciéndose dueños y señores absolutos de lo espiritual y temporal, de malo y bueno, sin que alguno en algo se les aventaje. De tal manera, que les parece que con solo su aliento dan á los otros gracia, y no haciendo algo quieren ser alabados de que por ellos tienen vida, honra, hacienda y aun entendimiento, que es la última blasfemia donde puede llegar su locura en este caso; y hay otro grave daño, y es, que quieren que como en capilla de milagros colguemos en su vanidad los despojos de nuestros males : que si andamos, les ofrezcamos las muletas de cuando estuvimos agravados y tullidos con pobreza : si escapamos de trabajos, les vamos á sacrificar la mortaja que la fortuna nos tenia cortada, cirios y figuras de cera, declarando ser el milagro suyo y colguémos en su templo las cadenas con que salimos á puerto del cautiverio de nuestras miserias. No fuera esto tan culpable si solo aconteciera lo dicho en casos virtuosos, pues el agradecimiento es debido á todo beneficio y manifiéstase tenerlo cuando dando á Dios las gracias de ello, se publica tambien la virtud en el que la obra : pues pusiéron su industria, ocupáron su persona, gastáron el favor, aprovecháron la ocasion, ganáron el tiempo y gastáron su dinero. Mas aun en torpezas, y vicios quieren tambien

exceder y ser solos ellos: como se vió en cierto titulado tan amigo de mentir á todo ruedo sin que alguno se le aventajase, que diciendo en una conversacion haber muerto un ciervo con tantas puntas que realmente se le conoció ser mentira, le salió al paso con mucho donaire otro caballero anciano deudo suyo, y dijo: No se maraville vuestra señoría de eso, que pocos dias ha que yo maté otro en ese monte mismo que tenia dos puntas mas. El señor se santiguaba, diciéndole: No es posible; y como enojado contra el caballero, le dijo: No me diga vuesa merced eso, que no es cosa jamas vista, ni lo quiero creer si el creer es cortesía. El caballero con un conocido atrevimiento fiado en su ancianidad y parentesco, descompuesta la voz, dijo: Pese á tal, señor, conténtese vuestra señoría con tener sesenta cuentos de renta mas que yo, sin tambien querer mentir mas que yo; déjeme con mi pobreza mentir como quisiere, pues no lo pido á nadie ni le defraudo su honra ni hacienda. Otros graciosos hay naturalmente ignorantes ó simples, por cuya boca muchas veces acontece hablarse cosas misteriosas y dignas de consideracion, que parece permitir Dios que las digan y que con ello tambien á lo que conviene callen; las cuales aun siendo de esta calidad tienen mucho donaire diciéndolas. Esto aconteció en un simple de su nacimiento de quien gustaba mucho un

príncipe poderosísimo, que como con secretas causas hubiese depuesto á un grave ministro suyo; y viendo entrar á este simple le preguntase lo que habia de bueno por la corte; respondió: Que habeis hecho muy mal en despedir á N. y que ha sido contra toda razon y justicia. Parecióle al príncipe, por tener su causa justificada, que aquella hubiera sido simpleza de su boca; y díjole: Aqueso tú lo dices que debia de ser tu amigo, que no porque lo hayas oido decir á ninguno. El simple le respondió: Mi amigo, por Dios que mentis, que mas mi amigo sois vos. Yo no digo nada que por allí lo dicen todos. Pesóle al príncipe, que hubiese quien fiscalizase sus obras ni examinase su pecho; y por saber si trataba de ello alguna gente de sustancia, le replicó: Pues dices que lo dicen tantos y que eres mi amigo, díme uno á quien lo has oido. El simple se reparó un poco, y cuando pensaba el príncipe que recorria la memoria para señalarle persona, le respondió con descompuesta ira: La santísima Trinidad me lo dijo; ved á cual de las tres personas quereis prender y castigar. Al príncipe le pareció negocio del cielo, y no volvió á tratar mas de ello.

Hay otro género de graciosos, que solo sirven de danzar, tañer, cantar, murmurar, blasfemar, acuchillar, mentir y ser glotones; buenos bebedores, y malos vividores, cada uno

por su camino, y alguno por todos; y de tal manera gustan de ellos, que les darán favor para todo, siendo gravísimo pecado. Á estos y por esto les dan joyas de precio, ricos vestidos y puñados de doblones; lo que no hicieran á un sabio, virtuoso y honrado, que tratara del gobierno de sus estados y personas, ilustrando sus nombres y magnificando su casa con gloriosos nombres. Antes cuando acontece que los tales acuden á ellos con casos de importancia, los menosprecian deshaciendo sus avisos: Pues ya sus gobernadores, letrados de su casa, deseosos de ambicion, ciegos de pasion, si han de dar su parecer, aunque saben que aquello conviene, lo contradicen porque parezca que hacen algo; y porque les pesa que otro se adelante con lo que pudieran ellos ganar gracias. Asi no son admitidos por no haber salido el triunfo de su mano, y porque no diga el otro, yo se lo dije: con esto se quedan muchas cosas faltas de remedio. Y si son casos tales que puede seguírseles de ello interes notorio, dicen al dueño con sequedad notable, por no dar paga ni gracias del beneficio: Ya sabíamos acá eso y tiene mil inconvenientes. Pues maldito sea otro el que tiene, mas de no haber dado ellos primero en ello, y con el viento de su vanidad y violencia de su codicia le despiden. Hacen primero como los boticarios, que destilan ó majan la yerva, y en sacando la sustancia

dan con ella en el muladar. Entéranse primero del negocio como pueden, y dando de mano al verdadero autor, despues lo disponen de modo que lo ponen de lodo, y vendiéndolo por suyo, sacan privilegio de ello. Son como las vasijas de vientre grande y boca estrecha, entienden las cosas mal, hinchen el estómago de cuanto les dicen; pero aunque mas les digan y mas les den, y esten llenos, como no lo supieren entender, tampoco se dan á entender. De esta manera se pierden los negocios, porque no pudo este quedar tan enterado en lo que le tratáron como el propio que se desveló muchas noches, acudiendo á las objeciones de contra y favoreciendo las de pro. Buen provecho les haga; en eso me la ganen, que no les arriendo la ganancia. Mi amo holgaba de oirme, mas que por oirme; y como buen jardinero recogia las flores que le parecian convenientes para el ramillete que deseaba componer, y dejaba lo restante para su entretenimiento. Conversaba conmigo de secreto lo que decian otros en público, y no solo conmigo; antes como deseaba saber y acertar, solicitaba las habilidades de hombres de ingenio, favorecíales y honrábalos; y si eran menesterosos, dábales lo que buenamente podia, y veia lo que les faltaba, por un modo discreto, sin que pareciese limosna, dejándolos contentos, pagados y agradecidos. Acostumbraba de ordinario sentar dos ó tres

de estos à su mesa, donde se proponen cuestiones graves, políticas y de estado; principalmente aquellas que mayor cuidado le daban. De esta manera, sin descubrirse, recibia pareceres y disfrutaba lo mas esencial de ellos. Lo mismo hacia con oficiales y gente ciudadana honrada, que sustentándoles amistad, sabia de ellos los agravios que recibian, el reparo que podian tener, y de qué ánimo estaban: y despues con su buen juicio disponia segun le convenia y en pocos casos erraba. Era muy discreto, compuesto, virtuoso, gentil estudiante y amigo de tales. Tenia las calidades que pide semejante plaza: mas enmedio de ella, en lo mejor de todo, estaba sembrado y nacido un pero. Manzana fué nuestra general ruina, y pero la perdicion de cada particular: era enamorado, que no hay carne tan sana donde no haya corrupcion y se hallen miserias y enfermedades. La suya era querer bien y aun con exceso, y en materia semejante cada uno juzga como le parece; aunque muchos políticos dijéron, que no se podia dar hombre cumplidamente perfecto sin haber sido enamorado, segun lo sintió un gustoso labrador, pregonero en su pueblo, el cual habiéndose pregonado muchas veces un jumento que á otro labrador se le habia perdido, como no pareciese (porque le debiéron de hurtar gitanos que si es necesario, para desaparecerlos y que no los conozcan,

los tiñen verdes.) y el dueño le pidiese con mucho encarecimento que le volviese á pregonar el domingo despues de misa mayor, y que si pareciese le daria un ceboncillo que tenia, el traidor pregonero movido de la codicia, lo hizo segun se lo pidió; y estando todo el pueblo junto en la plaza; se puso enmedio de ella y en voz alta dijo: El que de todos los vecinos de este lugar y zagales de él, nunca hubiere sido enamorado véngalo diciendo y le darán un gentil recental. Estaba puesto al sol arrimado á las paredes de la casa de consejo un moceton de veinte y dos años al parecer, melenudo, un sayo largo pardo, con girones, abierto por el ombro y cerrado por delante, calzon de frisa blanca, plegado por abajo, camisa de cuello colchado, que no se le pasara un arco turquesco con una muy aguda flecha, caperuza de cuartos, las abarcas de cuero de baca y atadas por encima con tomizas, la pierna desnuda, y dijo: Hernan Sanz, dádmelo á mí que par diez nunca he enamorado, ni ma quillotralo tal refunfuñadura. Entonces el pregonero, llamando al dueño del jumento muy apriesa y señalando al moceton con el dedo, le dijo: Anton Barrocal dadme el ceboncillo y veis aquí vuestro asno. Y porque lo levantemos mas de puntas, con verdades y de nuestro tiempo, en Salamanca un catedrático de prima de los mas famosos y graves letrados de aquella universidad,

visitaba por su entretenimiento á una señora monja, hermosa, de mucha calidad y discreta; y siéndole forzoso á él hacer ausencia de allí por algunos dias aunque breves, fuése sin despedirse de ella, pareciéndole haber hecho nna fineza en amor. Despues, cuando volvió del viage y la quisiese visitar, como ella no admitiese su visita, porque ignoraba cual fuese la causa de novedad semejante, habiéndole hecho siempre tanta merced; mas cuando por buena diligencia supo la causa, estimóselo en mucho, pareciéndole, que antes aquello era en cierta manera un género de favor. Envióle á dar sus disculpas, haciendo instancia en suplicarle le viese, poniendo por terceras para ello algunas amigas de ambas partes; ya por la mucha importunacion, aunque de mala gana salió á recibir la visita, empero con tanto enojo y cólera que lo dió bien á conocer, pues las primeras palabras fuéron decirle : Debeis de ser mal nacido; y tan bajos pensamientos no arguyen menos que humilde linage, lo cual confirma vuestro mal proceder, y asi habeis dado de ello infame muestra; pues teniendo el ser que teneis por mi respeto, y habiendo llegado por él al punto en que os veis, olvidado de todo y de lo que me cuesta el haberos calificado, me habeis perdido el debido reconocimiento; mas pues fué mia la culpa con engrandeceros no es mucho que padezca la pena de sufriros. Á estas

palabras añadió otras muchas de aspereza, tanto, que ya el pobre señor hallándose corrido por los que á semejante sequedad se halláron presentes y atajado de un exceso de rigor, dijo: Señora, en cuanto á tener vuesa merced esa queja de mí, ya sea con razon ó sin ella, y acusar mi mal proceder, pase, porque cada uno siente como ama; y conozco que todo aquesto nace de la mucha merced que la vuestra me hace: mas en lo forzoso, justo y necesario, habré de satisfacer á los presentes por mi honra, que si Dios fué servido de traerme al puesto que tengo, no ha sido por sobornos, ni por favores, antes por mis trabajos y continuos estudios en las letras. Ella entonces no dejándole pasar adelante, antes con ira, le replicó luego: ¿Pues como, traidor, teníades vos entendimiento para conseguirlas en tal extremo, ni para remendaros un zapato viejo, si yo no hubiera puesto el caudal con daros licencia que me amárades? Conforme á esto averiguado queda lo que importa amar, y no ser tan grán delito cuanto lo criminan: digo, cuando los fines no son deshonestos. Mas en mi amo juzgábase á mala parte y habian excedido y traspasado la raya, de que me cargaban á mí lo malo de ellos, achacándome, que despues que yo le servia tenia alegrado el casco y le sonaban dentro cascabeles, lo cual no se le habia sentido hasta entonces: Bien pudo ello ser asi que con mi

calor brotase pimpollos; mas para decir verdad (pues aquí no se conocen partes y la peor es para mí) cierto que me lo levantáron, porque ya cuando le comencé á servir y puso su cura en mis manos desahuciado estaba de los médicos. No quiero negar mi mucha ocasion, porque con el favor tenia tambien libertades y gracias perjudiciales: Yo era familiar en toda Roma; entraba en cada casa como en la propia tomando por achaque para mis pretensiones dar lecciones, á unas de tañer y á otras de danzar: entretenia en buena conversacion á las doncellas con chistes, y á las viudas con murmuraciones, y ganando amistad con los casados ganaba las bocas á sus mugeres á quien ellos me llevaban para darles gusto, y de este principio le tuvo mi amo para declararse mas; porque haciéndole yo relacion de lo que pasaba en todas partes, era cosa natural soplar con el aire de mis palabras el fuego de su corazon, quitándole la ceniza de sobre las ascuas que dentro estaban encendidas. Habia buena disposicion, y era menester poca ocasion: era la casa pajiza, bastaba poca lumbre para levantarse mucho incendio aficionándose de quien mejor le pareciese, sin guardar el recato que antes. Yo me confieso por el instrumento de sus excesos, y que por mi respeto de verme pasear, entrar y salir, estaban ya muchas casas y calidades manchadas con infamia. Mas dejémos

aquí á mi amo como hombre á quien, aunque aquesto le causaba nota, no era tan de culpar como á los que á mí me conocian; quisiérales yo preguntar, ¿qué honra, ó qué provecho era el que conmigo interesaban? ¿La señora viuda para qué quiere donaire? ¿Ó para qué los padres llevan á sus hijas tales pasantes, ni los maridos á sus mugeres entretenimientos tan peligrosos? ¿Qué otra cosa se puede sacar de los pagecitos pulidetes cual yo era que no pisaba el suelo, ni de los graciosos de los príncipes, ó enanos de los poderosos, de qué valen, sino de que les digan y oigan ellas de buena gana la de sus amos, lo bien que comen, lo mucho que gastan, los ámbares que compran, las galas con que regalan, y las músicas que diéron? ¿Para qué dan oidos á cosas, con que otros despues abran sus bocas y sacudan sus lenguas? ¿No ven que labran la cárcel, y tejen la tela con que las amortajan? ¿De qué aprovecha gustar de cnentos, que no es otra cosa sino dar lugar para que los lleven á sus amos, y les den que contar á sus vecinos? Pues ténganse su pago; si son amigas de gracias no se maravillen de las desgracias : quieren llevar á sus casas músicas, pues á fe que les han de cantar coplas; la viuda honrada su puerta cerrada; su hija recogida y nunca consentida; poco visitada y siempre ocupada, que del ocio nació el negocio; y es muy conforme á razon que la madre holgazana

saque hija cortesana; y si se picare, que la hija se repique, y sea cuando casada mala casera por lo mal que fué doctrinada. Miren los padres las obligaciones que tienen, quiten las ocasiones, consideren de sí lo que murmuran de los otros, y vean cuanto mejor seria que sus mugeres, hermanas é hijas aprendiesen muchos puntos de aguja y no muchos tonos de guitarra. Bien gobernar y no mucho bailar, que de no saber las mugeres andar por los rincones de sus casas nace ir á hacer mudanzas á las agenas. ¿Por ventura digo verdad? Ya sé que diréis que sí, empero que tales verdades como aquellas, no se han de tratar, ni decir donde no hay necesidad. Asi lo confieso y apruebo de mi parte: mas ya que á ninguno de los que aquí estan y me oyen les toca lo dicho, bien está dicho para que lo aconsejen á otros que en esto vieren descaminados, y cuando sea necesario.

Malo es lo malo, que nunca pudo ser bueno ser yo alcahuete de mi amo, y esto por la órden y traza que arriba he dicho, tomando ocasion de cuando era familiar en Roma entrar en cada casa como en la propia, valiéndome por achaque para mis pretensiones dar las lecciones de tañer y danzar, entretener á las doncellas con chistes y á las viudas con murmuraciones y tomando amistad con los casados. Mas tuve disculpa, porque me descubrió la necesidad aquel camino por donde saliese á

buscar mi vida ; ¿ pero qué descargo darán, ni como se podrán disculpar los que asi enagenan, y no estiman las prendas de mayor estimacion que tienen, y el ser esto lo que mas deben estimar y poner sobre sus ojos ? Si yo lo hacia, era por asentar con mi amo la aficion y privanza que en ambas partes habia, y no con fin ni pensamiento de alborotar su flaqueza, que lo condeno. Mas quien de mí se fiaba en semejantes casos y tanto me confiaba ¿ ¿ qué aguardaba ó qué esperaba de mí ? Paréceles á muchos que acreditan su estimacion, que se adquiere nobleza, y se grangea reputacion con semejantes visitas, entradas y salidas, siendo muy al contrario ; y á las mugeres, que tratando con pages, con poetas y estudianticos de alcorza, de bonete abollado y mocitos de barrio y otros á este modo, que serán tenidas por discretas, y pierden el nombre de castas, cual debian ser, quedándose despues para necias. De esto y esotro, lo que vine á sacar medrado, en resolucion, fué graduarme de alcahuete ; porque sin mentir, pudieran ponerme borla por lo que á muchos otros y por mucho menos, les veia poner borra. Veis como aun las desdichas vienen por herencia. Ya se decia, sin ningun género de rebozo ni máscara, que yo traia sin sosiego y quietud á mi amo ; y él á mí me traia hecho un Adonis en el trage pulido, galan y oloroso,

por mi buena solicitud y diligencia en cosas semejantes. ¿Qué cierta y segura es la murmuracion en cosas tocantes á esto; y si en lo bueno muerde, qué maravilla es, que en lo malo despedace y que haya sospechas donde no faltan hechas? Grandísima simplicidad é ignorancia fuera la mia y de tales como yo, cuando pidiéremos otro mejor nombre, ni queramos tapiar á piedra y lodo de tal suerte, como dicen, las imaginaciones, dando las evidentes ocasiones á ello. No se puede poner coto á los que juzgan, porque es querer poner puertas al campo, limitar los pensamientos, contar las arenas del mar. No aprovecha querer yo que no quieran, porfiar que no piensen, ó negar lo que todos afirman, todo es trabajo sin provecho, como querer atar y poner puertas al humo. ¿Mas qué diré ahora de nuestros amos tontos, pues les debe de parecer que por nuestra mano corre bien y con secreto su negocio? Real y verdaderamente conozco que no hay ciencia que corrija un enamorado; no hay en amores Bártulos, ni Aristóteles, ni Galenos; faltan consejos, falta el saber, y no hay medicina, pues no hay camino para mayor publicidad que nuestra solicitud; porque á dos visitas nuestras y un paso suyo, lo cantan luego los muchachos por las calles. La pena que yo tenia era verme apuntar el bozo y barbas, y que sin rebozo me daban con ello en ellas;

y como á los pages graciosos y de privanza toca el ser ministros de Venus y Cupido, cuanto cuidado ponia en componerme, pulirme y aderezarme, tanto mayor lo causaba en todos para juzgarme, y viéndome asi murmurarme. Yo procuraba ser limpio en los vestidos y se me daba poco por tener manchadas las costumbres y asi me ponian de lodo con sus lenguas. Últimamente, por activa ó por pasiva, ya me decian el nombre de las pascuas; y aunque les decia que como bellacos mentian, reianse y callaban, dando á la verdad su lugar: ultrajábanme con veras y recibian mis agravios à burlas: mis palabras eran pajas y las de ellos garrochas. Hombres hay considerados que toman los dichos, no como son sino de quien los dice, y es gran cordura de muy cuerdos. Al contrario de algunos (no se si diga necios) que de un favor de su dama forman injuria; y como si lo fuese ó lo pudiera ser, toman venganza representando agravio y haciéndosele á ella en su honra, sin razon la disfaman. Yo no podia resistir á tantos ni acuchillarme con todos; veia que tenian razon y pasaba por ello; y aunque es acto de fina humildad sufrir pacientemente los oprobrios, en mi era de cobardía y abatimiento de ánimo, que si á todo callaba era porque mas no podia; y asi lo sufria con paciencia. Como en casa no habia centella de vergüenza no reparaba en lo menos, perdido ya

lo mas, con risitas y sonsonetes me importaba llevarlo. En resolucion, aunque debiera tener por mas compatible cualquier excesivo daño que torpe provecho, tenia como melon la cama hecha; estaba dañado y sin tratar de la enmienda la tomaba como por honra dando ripio á lo malo cuando algo me decian, por no mostrarme corrido ni obligado, que fuera dar lugar á que mas me apretasen y menos me aprovechase. Ya con esto en alguna manera no me perseguian tanto; mas para qué habia de hacer otra cosa, cuando me importara, si aunque quisiera intentarlo no saliera con ello, y fuera encender el fuego, pensando apagarle con estopas y resina. Haga conchas de galápago y lomos de paciencia : cierre los oidos y la boca quien abriera la tienda de los vicios; y ninguno crea que teniendo costumbres feas tendrá fama hermosa, pues el nombre sigue al hombre y tal será estimado, cual su trato diere lugar para ello.

CAPÍTULO III.

Guzman de Alfarache cuenta lo que le aconteció con un capitan y un letrado en un banquete que hizo el embajador.

SON tan parecidos el engaño y la mentira que no sé quien sepa ó pueda diferenciarlos; porque aunque diferentes en el nombre son de una identidad, conformes en el hecho, supuesto que no hay mentira sin engaño ni engaño sin mentira.

Quien quiere mentir engaña; y el que quiere engañar miente. Mas como ya estan recibidos en diferentes propósitos iré con el uso, y digo conforme á él; que tal es el engaño respecto de la verdad como lo cierto en órden à la mentira, ó como la sombra del espejo y lo natural que la representa. Está tan dispuesto y es tan fácil para efectuar cualquier grave daño cuanto es difícil de ser à los principios conocido, por ser tan semejante al bien que representando su misma figura, movimientos y talle destruye con grande facilidad. Es una red sutilísima en cuya comparacion fué hecha de maromas la que fingen los poetas que fabricó Vulcano contra el adúltero. Es tan imperceptible y delgada

que no hay tan clara vista, juicio tan sutil, ni discrecion tan limada que pueda descubrirla, y tan artificiosa, que tendida en lo mas llano menos podemos escaparnos de ella por la seguridad conque vamos. Y con aquesto es tan fuerte que pocos ó ninguno la rompen sin dejarse dentro alguna prenda. Por lo cual se llama, con justa razon, el mayor daño de la vida; pues debajo de lengua de cera trae corazon de diamante, viste cilicio sin que le toque, chúpase los carrillos y revienta de gordo; y teniendo salud para vender habla doliente por parecer enfermo. Hace rostro compasivo, da lágrimas, y ofrécenos el pecho, los brazos abiertos para despedazarnos en ellos. Y como las aves dan el imperio al águila, los animales al leon, los peces à la ballena, y las serpientes al basilisco; asi entre los daños es el mayor de ellos el engaño y mas poderoso. Como áspid mata con un sabroso sueño; es voz de sirena que prende agradando al oido. Con seguridad ofrece paces, con halago amistades y faltando à sus divinas leyes las quebranta dejándolas agraviadas con menosprecio. Promete alegres contentos y ciertas esperanzas que nunca cumple ni llegan, porque las va cambiando de feria en feria; y como se fabrica la casa de muchas piedras, asi un engaño de otros muchos todos á solo aquel fin. Es verdugo del bien, porque con aparente santidad asegura, y ninguno se guarda de él ni

le teme. Viene cubierto en figura de romero para ejecutar su mal deseo. Es tan general esta contagiosa enfermedad, que no solamente los hombres la padecen, mas las aves y animales. Tambien los peces tratan allá de sus engaños para conservarse mejor cada uno.

Engañan los árboles y plantas prometiéndonos alegre flor y fruto, que al tiempo falta y lo pasan con lozanía. Las piedras aun siendo piedras y sin sentido, turban el nuestro con su fingido resplandor y mienten, que no son lo que parecen. El tiempo, las ocasiones, los sentidos nos engañan; y sobre todo aun los mas bien trazados pensamientos. Toda cosa engaña y todos engañamos en una de cuatro maneras: la una de ellas es, cuando quien trata el engaño sale con él dejando engañado al otro, como le aconteció á cierto estudiante de Alcalà de Henáres; el cual, como se llegasen las pascuas, y no tuviese con que poderlas pasar alegremente, acordóse de un vecino suyo que tenia un muy gentil corral de gallinas y no para hacerle algun bien: erà pobre mendicante y juntamente con esto grande avariento. Criábalas con el pan que le daban de limosna, y de noche las encerraba dentro del aposento mismo en que dormia; pues como anduviese dando trazas para hurtárselas y ninguna fuese buena, porque de dia era imposible y de noche asistia y las guardaba, vínole á la memoria fingir un

pliego de cartas y púsole de porte dos ducados, dirigiéndole á Madrid á cierto caballero principal y muy conocido; y antes que amaneciese con mucho secreto se le puso al umbral de la puerta para que luego en abriendo le hallase. Levantóse por la mañana, y como le vió, sin saber qué fuese le alzó del suelo; pasó el estudiante por allí como acaso y viéndole el pobre le rogó que le leyese qué papeles eran aquellos; el estudiante le dijo: cuales me hallara yo ahora otros: estas cartas van á Madrid con dos ducados de porte, á un caballero rico que allí reside, y no será llegado cuando esten pagados. Al pobre le creció el ojo; parecióle que un dia de camino era poco trabajo, en especial que á medio dia lo habria andado y à la noche se volveria en un carro. Dió de comer á sus aves, dejólas encerradas y proveidas y fuése á llevar su pliego. El estudiante á la noche saltó por unos trascorrales y desquiciando el aposentillo, no le tocó en alguna otra cosa que las gallinas, no dejándole mas de solo el gallo con un capuz y caperuza de bayeta mui bien cosido de manera que no se le cayese, y asi se fué á su casa. Cuando el pobre vino à la suya de madrugada y vió su mal recaudo y que habia trabajado en balde, porque tal caballero no habia en Madrid, lloraban él y el gallo su soledad y viudez amargamente. Otros engaños hay, en que junto con el engañado lo queda

tambien el engañador. Asi le aconteció á este mismo estudiante y en este mismo caso; porque como para efectuarlo no pudiese solo él siéndole necesaria compañía, juntóse con otro camarada suyo dándole cuenta y parte del hurto. Este le descubrió á un su amigo; de manera que pasó la palabra hasta venirlo á saber unos bellaconazos Andaluces. Y como esotros fuesen Castellanos viejos y por el mismo caso sus contrarios, acordáron de desvalijarlos con otra graciosa burla. Sabian la casa donde fuéron y calles por donde habian de venir. Fingiéronse justicia, y aguardáron hasta que volviesen á la traspuesta de una calle, de donde luego que los divisáron, saliéron en forma de ronda, con sus linternas, espadas y rodelas. Adelantóse uno á preguntar, ¿ qué gente ? Pensáron ellos que aquel era corchete, y por no ser conocidos, y presos con aquel mal indicio, soltáron las gallinas y diéron á huir como unos potros, de manera que no faltó quien tambien á ellos los engañase.

La tercera manera de engaños es, cuando son sin perjuicio, que ni engañan á otro con ellos, ni lo quedan los que quieren ó tratan de engañar, lo cual es en dos maneras, ó con obras ó palabras. Palabras, contando cuentos, refiriendo novelas, fábulas y otras cosas de entretenimiento. Y obras, como son las del juego de manos y otros primores ó tropelías

que se hacen y son sin algun daño ni perjuicio.

La cuarta manera es cuando el que piensa engañar queda engañado, trocándose la suerte. Aconteciόle aquesto á un gran príncipe de Italia, aunque tambien se dice de Cesar; el cual por favorecer á un famosísimo poeta de su tiempo, le llevó á su casa donde le hizo á los principios muchas lisonjas y caricias acompañadas de mercedes cuanto dió lugar aquel gusto; mas fuésele pasando poco á poco hasta quedar el pobre poeta con solo su aposento y limitada racion; de manera que padecia mucha desnudez y trabajo, tanto que ya no salia de casa por no tener con que cubrirse. Y considerándose allí enjaulado que aun como á papagayo no trataban de oirle: Acordó de recordar al príncipe dormido en su favor, tomando traza para ello; y en sabiendo que salia de casa, esperábale á la vuelta; y saliéndole al encuentro con alguna obra que le tenia compuesta se la ponia en las manos, creyendo con aquello refrescarle la memoria. Tanto continuó en hacer esta diligencia, que como ya cansado el príncipe de tanta importunacion, le quiso burlar; y habiendo él mismo compuesto un soneto, y viniendo de pasearse una tarde, cuando vió que le salia el poeta al encuentro, sin darle lugar á que le pudiese dar la obra, que le habia compuesto, sacó del

pecho el soneto y púsosele en las manos al poeta, el cual entendiendo la treta, como discreto, fingiendo haberlo ya leido, celebrándole mucho, echó mano á su faltriquera y sacó de ella un solo real de á ocho que tenia, y dióselo al príncipe, diciendo: Digno es de premio un buen ingenio: cuanto tengo doy, que si mas tuviera mejor lo pagara. Con esto quedó atajado el príncipe, hallándose preso en su mismo lazo con la misma burla que pensó hacer, y trató de allí adelante de favorecer al hombre como solia primero. Hay otros muchos géneros de estos engaños y en especial es uno y dañosísimo el de aquellos que quieren que como por fe creamos lo que contra los ojos vemos. El mal nacido y por tal conocido, quiere con hinchazon y soberbia ganar nombre de poderoso, porque bien mal tiene cuatro maravedis, dando con su mal proceder causa que hagan burla de ellos, diciendo quien son qué principio tuvo su linage; de donde comenzó su caballería, cuanto le costó la nobleza y el oficio en que tratáron sus padres y quienes fueron sus madres. Piensan estos engañar y engáñanse, porque con humildad, afabilidad y buen trato fueran echando tierra hasta henchir con el tiempo los hoyos y quedar parejos con los buenos. Otros engañan con fieros para hacerse valientes como si no supiésemos que solo aquellos lo son que callan. Otros con el mucho

hablar y mucha librería quieren ser estimados por sabios, y no consideran cuanta mayor la tienen los libreros, y no por eso lo son, que ni la loba larga, ni el sombrero de falda, ni la mula con tocas engualdrapada será poderosa para que á cuatro calles no dscubran la hilaza. Otros hay necios de solar conocido que como tales, ó que caducan de viejos, inhabiles ya para todo género de uso y ejercicio, notorios en edad y flaqueza, quieren desmentir las espías contra toda verdad y razon, tiñéndose las barbas cual si alguno ignorase que no las hay tornasoladas que á cada viso hacen su color diferente y ninguna perfecta como los cuellos de las palomas, y en cada pelo se hallan tres diferencias, blanca al nacimiento, flavo en el medio y negro á la punta, como pluma de papagayo; y en mugeres cuando lo tal acontece ningun cabello hay que no tenga su color diferente.

Puedo afirmar de una señora que se teñia las canas la cual estuve con atencion mirando, y se las ví verdes, azules, amarillas, coloradas, y de varios colores y en algunas todas; de manera que por engañar el tiempo descubria su locura, siendo risa de cuantos la veian. Que usen esto algunos mozos á quien por herencia (como fruta temprana de la Vera de Plasencia) les naciéron cuatro pelos blanços, no es maravilla, y aun estos dan ocasion

que se diga libremente de ellos aquello de que van huyendo, perdiendo el crédito en edad y seso. Desventurada vejez, templo sagrado, paradero de los carros de la vida, ¿como eres tan aborrecida en ella siendo el puerto de todos mas deseado? ¿Como los que de lejos te respetan en llegando á tí te profanan? ¿Como si eres vaso de prudencia, eres vituperada como loca? ¿Y si eres la misma honra, respeto y reverencia, estás de tus mayores amigos tenida por infame? ¿Y si archivo de la ciencia porque te desprecian? Ó en tí debe de haber mucho mal, ó la maldad está en ellos; y esto es lo cierto: llegan á tí sin lastre de consejo, y da vaivenes la gavia, porque al seso le falta el peso. Al propósito te quiero contar un cuento largo, de consideracion, aunque de discurso breve, fingido para este propósito. Cuanto Júpiter crió la fábrica de este Universo, pareciéndole toda en todo tan dmirable y hermosa, primero que criase al hombre crió los demas animales entre los cuales quiso el asno señalarse, que si asi no lo hiciera no lo fuera: luego que abrió los ojos y vió esta belleza del Orbe, se alegró. Comenzó á dar saltos de una en otra parte con la rociada que suelen que fué la primera salva que se le hizo al mundo inmundo, hasta que ya cansado, queriendo reposar, algo mas manso de lo que poco antes anduvo, le pasó por la imaginacion,

como, de donde, ó cuando era él asno, pues ni tuvo principio de él ni padres que lo fuesen? ¿Por qué ó para qué fué criado? ¿Cual habia de ser su paradero? Cosa muy propia de asnos venirles la consideracion á mas no poder á lo último de todo, cuando es pasada la fiesta, los gustos y contentos; y aun quiera Dios que llegue como ha de venir, con enmienda y perseverancia: ¡qué temprano recoge quien tarde se convierte! Con este cuidado se fué á Júpiter y le suplicó se sirviese de revelarle, ¿quién ó para qué le habia criado? Júpiter le dijo que para servicio del hombre, refiriéndole por menor todas las cosas y ministerios de su cargo. Y fué tan pesado para él, que de solamente oirlo le hizo mataduras y arrodillar en el suelo de ojos con el temor del trabajo venidero, aunque siempre los males no padecidos asombran mas con el ruido que hacen oidos, que despues de ejecutados. Quedó en aquel punto tan melancólico, cual de ordinario le vemos, pareciéndole vida tristísima la que se le aparejaba; y preguntando ¿cuanto tiempo habia de durar en ella? Le fué respondido que treinta años. El asno se volvió de nuevo á congojar pareciéndole que seria eterna si tanto tiempo la esperase, que aun á los asnos cansan los trabajos; y con humilde ruego le suplicó que se doliese de él, no permitiendo darle tanta vida; y pues no

habia desmerecido con alguna culpa, no le quisiese cargar de tanta pena; que bastaria vivir diez años los cuales prometia servir como asno de bien, con toda fidelidad y mansedumbre; y que los veinte restantes los diese á quien mejor pudiese sufrirlos. Júpiter movido de su ruego, concedió su demanda, con lo cual quedó el asno menos mal contento. El perro que todo lo huele habia estado atento á lo que pasó con Júpiter y el asno y quiso tambien saber de su buena ó mala suerte; y aun anduvo en esto muy perro, queriendo saber lo que no era lícito, secretos de los Dioses y para solo ellos reservados, cuales eran las cosas por venir. En cierta manera pudo tener excusa su yerro, pues lo preguntó á Júpiter, y no hizo lo que algunas de las que me oyen, que sin Dios y con el Diablo buscan hechicerías y gitanas que las echen suertes, y digan su buena ventura: ¡ved cual se la dirá quien para sí la tiene mala! Dícenles mil mentiras y embelecos: húrtanles por bien ó por mal aquello que pueden, y déjanlas para necias, burladas, y engañadas. En resolucion, fuése á Júpiter y suplicóle, que pues con su compañero el asno habia procedido tan misericordioso dándole satisfaccion á sus preguntas, le hiciese á él otra semejante merced. Fuéle respondido, que su ocupacion seria en ir y venir á caza, matar la liebre y el conejo, y

no tocar en él, antes ponerlo con toda fidelidad en manos del amo ; y despues de cansado y despeado de correr y trabajar, habian de tenerle atado á estaca, guardando la casa donde comeria tarde, frio y poco, á fuerza de dientes, royendo un hueso roido y desechado, y juntamente con esto le darian muchas veces muchos puntillones y palos. Volvió á replicar, preguntando el tiempo que habia de padecer tanto trabajo. Fuéle respondido que treinta años. Mal contento el perro, le pareció negocio intolerable ; mas confiado de la merced que al asno se le habia hecho, representando la consecuencia, suplicó á Júpiter, que tuviese de él misericordia y no permitiese hacerle agravio, pues no menos que el asno era hechura suya y el mas leal de los animales : que lo emparejase con él dándole solos diez años de vida. Júpiter se los concedió ; y el perro reconocido de esta merced, bajó el hocico por tierra, en agradecimiento de ello, resignando en sus manos los otros veinte años de que le hacia dejacion. Cuando pasaban estas cosas no dormia la mona que con atencion estaba en acecho deseando ver el paradero de ellas ; y como su oficio sea contrahacer lo que otros hacen, quiso imitar á sus compañeros ; demas que la llevaba el deseo de saber de sí, pareciéndole, que quien tan clemente se habia mostrado con el asno y el perro, no seria para

con ella riguroso. Fuése á Júpiter y suplicóle se sirviese de darle alguna luz de lo que habia de pasar en el discurso de su vida, y para qué habia sido criada, pues era cosa sin duda no haberla hecho en balde. Júpiter le respondió, que solamente se contentase saber por entonces que andaria en cadenas arrastrando una maza de quien se acompañaria como de un fiador, si ya no la ponian asida de alguna baranda ó reja donde padeceria el verano calor, y el invierno frio, con sed y hambre, comiendo con sobresaltos, porque á cada bocado daria cien tenazadas con los dientes y le darian otros tantos azotes para que con ellos provocase á risa y gusto. Esto se le hizo á ella muy amargo, y si pudiera lo mostrara entonces con muchas lágrimas; pero llevándolo en paciencia quiso tambien saber cuanto tiempo habia de padecerlo. Respondiéronle lo que á los otros, que viviria treinta años. Congojada con esta respuesta y consolada con la esperanza en el clemente Júpiter, le suplicó lo que los demas animales, y aun se le hiciéron muchos. Otorgósele la merced segun lo habia pedido, y dándole gracias le besó la mano por ello y fuése con sus compañeros.

Últimamente crió despues al hombre, criatura perfecta mas que todas las de la tierra, con ánima inmortal y discursiva. Dióle poder sobre todo lo criado en el suelo, haciéndole

señor y usufructuario de ello. El quedó muy alegre de verse criatura tan hermosa, tan misteriosamente organizado, de tan gallarda compostura, tan capaz, tan poderoso señor, que le pareció que una tan excelente fábrica era digna de inmortalidad; y asi suplicó á Júpiter le dijese, no lo que habia de ser de él, sino cuanto habia de vivir. Júpiter le respondió, que cuando determinó la creacion de todos los animales y suya, propuso darles á cada uno treinta años de vida. Maravillóse de esto el hombre, que para tiempo tan corto se hubiese hecho una obra tan maravillosa, pues en abrir y cerrar los ojos pasaria como una flor su vida, y apenas habria sacado los pies del vientre de su madre, cuando entraria de cabeza en el de la tierra, dando con todo su cuerpo en el sepulcro, sin gozar su edad ni del agradable sitio donde fué criado; y considerando lo que con Júpiter pasáron los tres animales fuése á él y con rostro humilde le hizo este razonamiento: Supremo Júpiter, si ya no es que mi demanda te sea molesta y contra las ordenaciones tuyas, (que tal no es intento mio; mas cuando tu divina voluntad sea servida conformando la mia con ella en todo) te suplicó, que pues estos animales brutos, indignos de tus mercedes, repudiáron la vida que les diste, de cuyos bienes les faltó noticia con el conocimiento de razon que no tuviéron, pues alargáron cada

uno de ellos veinte años de los que les habias concedido, te suplico me los des para que los viva por ellos, y tú seas en este tiempo mejor servido de mí. Júpiter oyó la peticion del hombre, concediéndole, que, como tal, viviese sus treinta años, los cuales pasados, comenzase á vivir por su órden los heredados. Primeramente veinte del asno, sirviendo su oficio, padeciendo trabajos, acarreando, juntando, traiendo á casa, y llegando para sustentar lo necesario á ella. De cincuenta hasta setenta, viviese los del perro, ladrando, gruñendo, con mala condicion y peor gusto. Y últimamente, de setenta á noventa usase de los de la mona, contrahaciendo los defectos de su naturaleza; y asi vemos en los que llegan á esta edad, que suelen, aunque tan viejos querer parecer mozos, pulirse, aderezarse, pasear, enamorar y hacer valentías, representando lo que no son como lo hace la mona, que todo es querer imitar las obras del hombre y nunca lo puede ser.

Terrible cosa es y mal se sufre, que los hombres quieran á pesar del tiempo y de su desengaño, dar á entender lo contrario de la verdad; y que con tintas, emplastos, y escaveches, nos desmientan y hagan trampantojos desacreditándose á sí mismos, como si con esto comiesen mas, durmiesen mas ó mejor, viviesen mas ó con menos enfermedades, ó

como si por aquel camino les volviesen á nacer los dientes y muelas, que ya perdiéron, ó no se les cayesen las que quedan; ó como si reformasen sus flaquezas, cobrando color natural, vivificándose de nuevo la vieja y helada sangre: ó como si se sintiesen mas poderosos en dar y tener mano. Finalmente, como si supiesen que no se pusiese, ni se murmurase, que ya no se dice otra cosa, sino de cual es mejor lejía, la que hace Fulano, ó la de Zutano. No sin propósito he traido lo dicho, pues viene á concluirse con dos caballeros confrades de esta bobada, por quien he referido lo pasado.

El embajador mi señor (como has oido) deba plato de ordinario; era rico y holgaba hacerlo; y como no siempre todos los convidados acontecia ser de gusto, sucedió un dia que hacia banquete al embajador de España, y á otros caballeros, llegársele dos de mesa: eran personas principales, un Capitan, y un Letrado, pero para él enfadosísimos y cansados ambos, y de quien antes habia murmurado conmigo á solas, porque tanto cuanto gustaba de hombres de ingenio, verdaderos y de buen proceder, aborrecia por el contrario todo género de mentiras, aun en burlas: no podia ver hipócritas ni aduladores, queria que todo trato fuera liso, sencillo y sin doblez; pareciéndole que allí estaba la verdadera cien-

cia. Y aunque habia causas en estos para ser aborrecidos, tengo tambien por sin duda que hay en amarse ó desàmarse unos mas que otros algun influjo celeste, y en estos obraba con eficacia porque todos los aborrecian. Bien quisiera mi amo escaparse de ellos, mas no pudo á causa que se le llegáron en la calle y le viniéron acompañando. Hubo de tenerles el enbite por fuerza trayéndolos á su pesar consigo, que no hay peso que asi pese como lo que pesa una semejante pesadilla. Luego como entró por la puerta de casa le conocí en el rostro que venia mohino. Miréle con atencion y entendióme: hízome señas hablándome con los ojos, mirando á aquellos dos caballeros, y no fué mas menester para dejarme bien satisfecho y enterado de todo el caso. Callé por entonces y disimulé mi pesadumbre: púseme á imaginar qué traza podia tener para que aquestos hombres que tan disgustado tenian á mi amo, le pudieran ser en alguna manera de entretenimiento y risa pagando el escote. Tocóme luego en la imaginacion una graciosa burla, y no hice mucho en fabricarla, porque ya ellos venian perdigados y la traian guisada. Esperé la ocasion que ya estaba muy cerca, y guardéme para los postres por ser mejor admitido, que para que la boca se hinche de risa no ha de estar el vientre vacío de vianda; y nunca se quisiéron bien gracias y amores, y

tanto se rie cuanto se come. Las mesas estaban puestas, viniéron sirviendo manjares, brindáronse los huéspedes y cuando ya vi que se les calentaba la sangre á todos y andaba la conversacion en folla, tratando de varias cosas, antes de dar agua manos ni levantar los manteles, lleguéme por un lado al capitan, y díjele al oido un famoso disparate : él se rió de lo que le dije y viéndose obligado á responderme con otro, me hizo bajar la cabeza para decírmelo al oido; y asi en secreto nos pasáron ciertas idas y venidas; y cuando me pareció tiempo á propósito levantéle la voz muy sin él diciendo con rostro sereno, cual si fuera verdad, que de lo que queria decir hubiéramos tratado, y dije : No, no, eso no; señor capitan, si vuestra merced se lo quiere decir, muy enhorabuena, pues tiene lengua para ello y manos para defenderlo, que no son buenas burlas esas para un pobre mozo como yo y tan servidor del señor doctor como el que mas en el mundo. Mi amo y los mas huéspedes dijéron á una : ¿Qué es eso, Guzmanillo? Yo respondí : No sé por Dios; aquí el señor capitan que tiene deseo de verme de corona, me ordena los grados y anda procurando como el señor doctor y yo nos cortemos las uñas, metiéndonos en pendencia. El capitan se quedó helado del embeleco, y no sabiendo en lo que habia de parar se reia sin

hablar palabra; mas el embajador de España me dijo: Guzman amigo, por mi vida, ¿qué ha sido eso? ¿Sepamos de qué te ries y enojas en un tiempo, que algo debe de tener de gusto? Pues vuestra señoría metió su vida por prenda, diréIo aunque muy contra toda mi voluntad, y protesto que no digo nada, ni lo dijera con menos fuerza si me sacaran la lengua por el colodrillo. Sabrá vuestra señoría que me mandaba el señor capitan que hiciese al señor doctor una burla, picándole algo en el corte de la barba, porque dice que la trae á modo de barba de pichel de Flandes, y que la mete las noches en prensa de dos tabletas, liada como guitarra, para que á la mañana salga con esquinas como limpiadera, pareja y tableada, los pelos iguales, cortados en cuadro, muy estirada porque alargue, para que con ella y su bonete romano acrediten sus letras pocas y gordas como de libro de coro; cual si fuera esto parte para darlas, y no se hubiesen visto caballos Argeles, hijos de otros muy castizos y muy grandes, necios de falda, mayores que las de sus lobas; y son como melones que nos engañan por la pinta, parecen finos y son calabazas: Esto queria que yo le dijese como de mio; por eso digo que se lo diga él, ó haga lo que mandare. Santiguábase riendo el capitan viendo mi embuste, y todos tambien se reian, sin saber si fuese

verdad ó mentira que tal nos hubiese pasado. Mas el señor doctor con su entendimiento atestado de sopas, no sabia si enojarse ó llevarlo en burlas; empero como le estaban los mas mirando, asomóse un poco y haciendo la boca de corrido, dijo: Monsieur, si mi profesion diera lugar á la satisfaccion que pide semejante atrevimiento, crea vuestra Señoría que cumpliera con la obligacion en que mis padres me dejáron; mas como vuestra señoría está presente y no tengo mas armas que la lengua, daráseme licencia que pregunte al señor capitan y me diga la edad que tiene; porque si es verdad lo que dice que se halló en servicio del emperador Carlos V. en la jornada de Tunez, ¿como no tiene pelo blanco en toda la barba ni alguno negro en la cabeza? ¿Y si es tan mozo como parece, para qué depone de cosas tan antiguas? ¿Díganos en qué Jordan se baña ó á que santo se encomienda para que le pongamos candelitas cuando le hayamos menester? Aclárese con todos, tenga y tengamos; pues ha salido de un triunfo, hagamos ambos bazas, que no será justo, habiendo metido prenda que la saque franca. Todos los convidados volviéron á refrescar la risa, en especial mi amo, por haberse tratado de dos cosas que le causaban enfado y deseaba en ellas la reformacion; y viendo lo que habia pasado, me dijo: Di

ahora tú, Guzmanillo, ¿qué sientes de esto? Absuelve la cuestion pues propusiste el argumento. Yo entonces dije: Lo que puedo responder á vuestra señoría solo es, que ambos han dicho verdad y ambos mienten por la barba.

CAPÍTULO IV.

Agraviado solo el doctor, que Guzmanillo le hubiese injuriado en presencia de tantos caballeros, quisiera vengarse de él: sosiégale el embajador de España, haciendo que otro de los convidados refiera un caso, que sucedió al condestable de Castilla Don Alvaro de Luna.

SOLEMNIZARON el agudo dicho, y el encarecerlo algunos tanto, encendió al doctor de manera que ya les pesaba de haberlo comenzado; mas el embajador de España, con su mucha prudencia, tomó la mano en meter el baston, haciéndolo con su discrecion, chacota. El capitan era de buen proceder, soldado corriente: reíase de todo y santiguábase jurando que ni tal palabra habló conmigo, ni le pasó por el pensamiento tratar de caso semejante. Y como era hombre rasgado y estaba sordo de oir en su negocio mucho mas y peor de lo que allí el doctor dijo, y porque le pareció que tenia razon en cuanto hablaba como injuriado, pasó por ello. Mas cuando el doctor supo cierto haber sido yo solo el autor de su pesadumbre, de tal manera se volvió contra mí, que partia con los dientes las palabras, no acertando á pronun-

ciarlas de corage : quisiera levantarse á darme mil mojicones y cabezadas, empero no le dejáron; y faltándole todo género de venganza, no pudiendo con otra que la sola lengua, la soltó en decirme cuantas palabras feas á ella se le viniéron, de que hice poco caso, antes le ayudaba diciéndole que me dijese. De esto se enojaba mas ver que de todo me burlaba, y fué causa de que la soltase demasiadamente; porque como excomunion iba tocando á participantes; y casi y aun sin casi, si mi amo no le atajara, (viendo la polvareda que suele un colérico necio levantar á veces con dejan obligados á muchos en mucho) pasara el negocio á malos términos. Apaciguólo con razones lo mejor que pudo divertirlo; y para bien hacerlo, barajando la conversacion pasada, volvió el rostro á Cesar, aquel caballero Napolitano que habia contado el caso de Dorido y Clorinia, (el cual era uno de sus convidados) y díjole : Señor Cesar, pues ya es notorio en Roma y á estos caballeros el caso y muerte de la hermosa Clorinia, recibamos merced en que nos diga, ¿qué se sabe del constante Dorido, que me tiene con mucho cuidado? A su tiempo lo sabrá vuestra señoría, dijo Cesar, que aqueste no lo es para que de él se trate, ni semejantes desgracias y lástimas caerán bien hoy sobre lo que aquí ha pasado. Mas pues habemos comido y la fiesta viene, diré otro caso que la ocasion me

ofrece, que por haber sido verdadero creo dará mucho gusto. Agradeciéronle todos la promesa; y estándole atentos, dijo:

Residiendo en Valladolid el condestable de Castilla Don Álvaro de Luna en el tiempo de su mayor creciente, gustaba muchas veces madrugar las mañanas del verano y salirse á pasear un poco gozando del fresco por el campo; y despues de haber hecho algun ejercicio antes que le pudiese ofender el sol se recogia. Una vez de estas, habiéndose alargado y detenido algo mas de su ordinario por un alegre jardin que á la orilla del rio Pisuerga estaba, recreándose de ver su varia composicion, hermosas flores, alegres árboles y sabrosas frutas; entró el calor de manera que temiendo la vuelta, y con el gusto de tanta recreacion, determinó quedarse gozándola hasta la noche. Y en cuanto los criados prevenian de lo necesario á la comida, para entretener el tiempo, pidió á dos caballeros que le acompañaban, el uno Don Luis de Castro, y el otro Don Rodrigo de Montalvo, que cada uno le contase un caso de amores, el de mayor peligro y cuidado que le hubiese sucedido; porque sabia bien que los dos eran entonces los galanes de mas nombre, de ilustre sangre, discretos, gallardos de talle y trato, curiosos en sus vestidos, generales y briosos en todas gracias, que pudieran con satisfaccion colmar su deseo en aquella materia.

Y para mas animarlos, prometió por premio una rica sortija de un diamante que traia en el dedo á quien por el suceso mejor la mereciese. Don Luis de Castro tomó luego la mano, y dijo: Bien podrá ser, condestable mi señor, que otros amantes para contar sus desdichas las vayan matizando con sentimientos, exageraciones y terneza de palabras en tal manera que por su gallardo estilo provoquen á compasion los ánimos; y de los de este género se halla mucho escrito. Mas que real y verdaderamente, desnudo de toda composicion, haya sucedido en los presentes tiempos negocio semejante al mio, no es posible, por ser el mas extraño y peregrino de los que se saben; y pues vestra señoría es el juez, bien creo conocerá lo que tengo por él padecido.

Yo amé á cierta señora de este reyno, doncélla y una de las calificadas de él, tan hermosa como discreta y honesta; de lo cual y de lo que mas dijere acerca de esto, doy por testigo presente á Don Rodrigo de Montalvo como amigo que solo se halló presente á todo. Servíla muchos años, y lo mejor de los mios, con tanto secreto y puntualidad que jamas de mí se conoció tal cosa, ni en alguna de su gusto hice falta. Por ella corrí sortijas y toros; jugué cañas; mantuve torneos y justas, ordené saraos y máscaras. Y para desvelar sospechas, (desmintiendo las espías, que no se supiese ni hu-

biese rastro por donde se pudiera presumir ser por ella) siempre para lo exterior ponia los ojos en otras damas; empero real y verdaderamente bien conocia la de mi alma ser sola ella su dueño y por quien lo hacia. En estas fiestas y otras ocasiones encaminadas á este solo fin, me gasté de manera, sacando facultades para vencer dificultades y vendiendo posesiones, que siendo conocidamente mucho lo que mis padres me dejáron, todo lo consumí hasta quedar tan pobre que la merced sola de vuestra señoría es la que me sustenta; y aunque no es aquesto lo que pide menor sentimiento, verse un caballero como yo, de mi calidad y prendas, mi hacienda deshecha; tan arrinconado y pobre que la necesidad me obligue á servir, habiendo sido servido siempre; que aunque confieso por mucha felicidad el ser criado de vuestra señoría, no se duda cuanta sea la buena fortuna de aquellos que pasan su vida con seguridad y descuido, sin sobresaltos ni desvelos en buscar medios con que grangear voluntades; y tengo que la mayor de mis desgracias y siento en el alma, que habiéndome mi dama entretenido con falsas esperanzas y promesas vanas que nunca daria sus favores á otro; antes por premio de mi constante amor se casaria conmigo, de que me dió su palabra; mas fuéron palabras de muger ó fuéron obras de mi corta fortuna, pues cuando me vió gastado y pobre, olvidada de

todo lo pasado, dándome de mano, la dió á otro desposándose con él. Faltó á su obligacion y á su calidad, pues despreciada la mia y los bienes naturales, hizo eleccion de los de fortuna con marido no igual suyo, porque se le aventajaba en la hacienda y aun en años, que hasta en estas desdichas hace suplir el dinero. Ya tengo dicho el discurso de mis amores, los venturosos principios y desgraciados fines que tuviéron; y aunque por no cansar á vuestra señoría me acorto en referir por menor lo que padecí estos tiempos, vuestra señoría supla con su discrecion cuanto seria, cuantos trabajos importaria padecer y á cuantos peligros habria de ponerse quien seguia tan altos pensamientos y tan recatado andaba en el secreto, para que nada faltara de su punto. No creo tendrá Don Rodrigo, ni otro algun caballero, suceso de infortunio mayor que poder contar á vuestra señoría, pues amando con tanta firmeza y sirviendo con tantas veras, fiado de palabras dulces y suaves, perdí mi tiempo, perdí mi hacienda y sobre todo á mi dama, para venirme á dar en trueco de todo la fortuna solo el premio de aquesa sortija.

Don Luis acabó con esto su razonamiento, y Don Rodrigo de Montalvo comenzó el suyo, diciendo: Tambien habeis perdido la sortija pues de razon será mia; y volviendo el rostro con las palabras al condestable, prosiguió de

esta manera : Por cierto, Señor ilustrísimo aunque confieso ser verdad cuanto Don Luis aquí ha referido, de que soy testigo de vista, por la grande amistad que habemos tenido siempre, ahora no tiene razon de pretender el diamante; porque si desapasionado lo considera y trocásemos los asientos, juzgaria en mi favor y contra sí. Mas pues él vive ciego, juzgarálo vuestra señoría por mi suceso, el cual tiene su principio del fin de sus amores que ha contado, que pasa en esta manera : Pocos dias ha que nos andábamos él y yo paseando una tarde por la orilla de este mismo rio, tratando de algunas cosas bien agenas de lo que nos esperaba, cuando se llegó á Don Luis un criado antiguo de esta misma señora dama suya, de cuya parte secretamente le dió una carta que abierta y leida de Don Luis, me la dió que la leyese : yo lo hice mas de una y dos veces, maravillado de lo que habia en ella escrito; por lo cual, y por no ser pobre de memoria, me quedó toda en ella, y decia de esta manera : Señor mio, no es justo que me acuseis de ingrata por pareceros tener alguna justa causa, que no es posible olvidarse, como lo habeis creido de mí, lo que se ama de veras; y pues reconozco mi deuda y vuestra firmeza, reconoced que ni tuve ni tengo culpa contra vos cometida; y el no corresponder á vuestro merecimiento con mis obras, fué por ser tan con-

trarios á lo que se debia en aquel estado tan peligroso de doncella. Estorbáron el matrimonio (que con vos deseaba mas que á mi propia vida) la obediencia de hija, el mandato de padres, y la instancia de mis deudos movidos todos de vano interes y título de condesa, que contra mi gusto tengo; pues me obligáron á entregar el cuerpo á quien jamas dí el alma, por ser en calidades y edad tan contrario á la mia. Vuestra soy todo el tiempo que viviere, lo cual podreis conocer en el deseo que tengo de acudir á los vuestros. El conde mi marido hace una larga jornada, venios aquí luego, y no traigais en vuestra compañía otra persona que á Don Rodrigo vuestro amigo; y cuando llegeis á esta villa, hallaréis á la entrada de ella, en una ermita, órden para lo que habeis de hacer.

Esto contenia la carta; la cual vista por Don Luis que lo que venia en ella era lo mas contrario de su esperanza y natural á su deseo, no podré significar las pasiones amorosas que sintió, leyéndola por momentos : ponia con atencion los ojos en ella, volvíalos al criado, esperando que á voces le dijéramos todos la certeza de su gusto por el bien prometido que aun dudaba de ello; y tan turbado como alegre, me decia : ¿Qué vemos, Don Rodrigo? ¿Estoy recordado? ¿Es por ventura sueño? ¿Somos vos y yo los que leímos esta carta? ¿Es por ventura

esta letra de la condesa y aquel su escudero? ¿Fáltame acaso el juicio, y como afligido enamorado cercano á la desesperacion, finjo imaginaciones para engañar la fantasía? Con todas estas cosas, y certificarse de ellas, diciéndole yo no ser ilusiones, antes muy ciertas esperanzas de cobrar bienes perdidos, le animé á que con toda diligencia se abreviase la partida, en cumplimiento de lo que se nos mandaba. Hízose luego, y cuando llegámos á la ermita, hallámos en ella una reverenda y honrada dueña, que por saberse ya el dia y hora que habíamos de llegar, nos esperaba; la cual nos dió un recado, diciéndonos que el conde su señor habia salido fuera y vuéltose del camino por ciertas indisposiciones; mas que aguardásemos allí en cuanto fuese á palacio á decir á su señora la condesa su llegada. Fuése y quedámos, yo algo confuso, y Don Luis desesperado; yo por las dificultades que se pudieran ofrecer; y él de considerar su corta fortuna, que nunca dejaba de seguirle; y asi, en el tiempo que se dilató la vuelta de la buena dueña, nos pasáron muchos cuentos que no son para referir en este; y á las once de la noche volvió á nosotros diciendo que la siguiésemos. Ayudábanos la obscuridad, y metiónos con mucho secreto en un aposento de palacio donde salió la condesa que nos recibió con grandísimas muestras de alegría. Ya despues de ha-

bernos dado los parabienes de las deseadas vistas, que todo fué breve, me dijo la condesa: Don Rodrigo, el tiempo que tenemos para poder gozar la ocasion que se ofrece, ya con vuestra discrecion podréis juzgar cuanto sea corto. Tambien sabeis la obligacion de amistad que teneis á Don Luis; y cuando esta faltara, por mí que lo pido, debeis concederme un ruego. Sabed que como el conde mi marido, por indisposicion que tuvo, se volviese del camino y llegase cansado, se fué luego á echar á la cama, donde le dejo dormido; mas porque podria suceder que en despertando alargase alguna pierna ó brazo hácia mi lugar y me hallase menos, de lo cual me resultaria notorio peligro y grandísimo escándalo en la casa; deseo que en tanto que aquí nos entretenemos hablando vuestro amigo Don Luis y yo, que á lo mas largo podrá ser como un cuarto de hora, os acosteis en mi lugar y esteis en él, para que con esto pueda estar aquí segura; y me constituyo por fiadora de vuestro peligro, que no tendréis alguno; porque demas de ser el conde viejo, nunca recuerda en toda la noche hasta ya muy de dia, sino es á gran maravilla que suele dar un vuelco y luego se duerme. Sabe Dios y considere vuestra señoría cuanto me podia pesar que la condesa me pusiera en tan evidente poligro. Mas como los actos de cobardía son tan feos, pareciéndome que si lo rehu-

sara no cumplia con mi honra ni obligaciones, tanto de amistad como ruego de la condesa, dije que lo haria: Pedíles encarecidamente que no se detuviesen mucho, pues reconocian el riesgo en que por sus gustos me ponia. Ellos me lo prometiéron y juráron que á lo mas largo no pasaria de media hora. Púsome la condesa un tocado suyo; y desnudo y descalzo me llevó á su retrete y me metió en su cama. No habia luz alguna; estaba todo á obscuras y en extraño silencio : estúveme asi á un lado de la cama, lo mas apartado que pude, no un cuarto de hora, ni media, sino mas de cinco, que era ya casi de dia. Considere cada uno y juzgue lo que pudiera sentir en lugar semejante y tanto tiempo. ¡Qué congojas por no ser conocido! ¡Con cuanto temor de no ser sentido! Y era lo menos que sentia, lo mas que me pudiera suceder, que era la muerte, si recordara el conde; porque como entré desnudo y sin armas, habia de ser á brazos la pendencia; y cuando de los suyos escapara, no pudiera de los de sus criados, pues no sabia como, ni por donde habia de huir; y no fuéron solas estas mis congojas, que adelante pasáron, porque Don Luis y la condesa se reian y hablaban tan descompuestos y recio, que les oia desde la cama casi todo lo que decian, con que me aumentaban el temor no despertasen al conde, y entre mí me deshacia, viendo que no les podia decir que

hablasen quedo ya que se tardaban. Reventaba con eso, por no poder apartarme de allí un punto por esta negra honrilla. Despues de todo esto, ya cuando viéron el dia tan cerca que casi era claro se viniéron risueños y juntos hácia la cama, con una vela encendida, llegándose adonde yo estaba, con mucha grita y trisca, haciendo grande ruido. Entonces vine á pensar, si con el mucho contento se hubieran vuelto locos. Ya me pesaba tanto de su desgracia como de mi desventura; pues habia de ser la infamia y castigo general en todos y sin que alguno escapase de él, ellos por faltos, y yo por sobrado. Vime de modo, que dentro de un espacio muy breve tuve mil imaginaciones, y ninguna que me pudiera ser de provecho; y estando en ellas, en medio de mi mayor conflicto, se viniéron acercando á la cama, y tirando la condesa de la cortina, que ya podíamos claramente vernos, quedé sin algun sentido, tanto que quisiera huir y no pude; mas muy presto volví en mí, porque yo que siempre creí tener á mi lado al conde, alzando la condesa la ropa de la cama, descubrió el desengaño, y conocí no ser él, sino una señora doncella hermana de la condesa, hermosa como la misma Venus. De lo cual, y de la burla que creí habérseme hecho, quedé tan atajado y corrido, que no supe hablar ni otra cosa que hacer mas de levantarme como estaba en ca-

misa y salir á buscar mis vestidos, de que despues me avergoncé mucho mas de lo que temí antes. Vea pues vuestra señoría el peligro á que me puse, y juzgue por él debérseme dar la sortija. Riéndose mucho de esto el condestable, dijo: Que Don Luis no debia tener queja del amor pues, aunque tarde y con trabajos, llegó á conseguir su deseo; y asi no era merecedor del premio puesto. Ni tampoco Don Rodrigo, pues no habia corrido algun peligro durmiendo con el conde, aunque habia sido muy donosa la burla que le habian hecho. Por lo cual juzgaba no ser alguno de ellos dueño del diamante; y sacándole del dedo, le entregó á Don Rodrigo, para que le enviase á la doncella con quien habia dormido; pues ella sola padeció el peligro, y lo corriera su honra si fuera sentida. Con esto dió fin á su cuento, y todos muy contentos quedáron determinando, si la sentencia del condestable habia sido discreta ó justa. Loáronle todos de cortesauo; y con esto, haciéndoseles á cada uno la hora para sus negocios, poco á poco se deshizo la conversacion y se despidiéron por acudir á ellos.

CAPÍTULO V.

No sabiendo una matrona romana como librarse, sin detrimento de su honra, de las persuasiones de Guzman de Alfarache, que la solicitaba para el embajador su señor, le hizo cierta burla que fué principio de otra desgracia que despues le sucedió.

Los que del rayo escriben dicen, y la experiencia nos enseña, ser su soberbia tanta, que siempre menospreciando lo flaco, hace sus efectos en lo mas fuerte. Rompe los duros aceros de una espada, quedando entera la vaina. Desgaja y despedaza una robusta encina, sin tocar á la débil caña. Postra la levantada torre y gallardos edificios, perdonando la pobre choza de mal compuesta rama. Si toca en un animal, si asalta á un hombre, como si fuere barro, le deshace los huesos y deja el vestido sano. Derrite la plata, el oro, los metales y moneda, salvando la bolsa en que está metida; y siendo asi se quebranta su fuerza en llegando á la tierra; ella sola es quien le resiste. Por lo cual en tiempos tempestivos, los que sus efectos temen se acostumbran meter en las cuevas ó soterráneos hondos, porque dentro de ellos conocen estar

seguros. El ímpetu de la juventud es tanto, que podemos verdaderamente compararle con el rayo, pues nunca se anima contra cosas frágiles, mansas y domésticas, antes de ordinario aspira siempre y acomete á las mayores dificultades y sinrazones. No guarda ley, ni perdona vicio: es caballo que parte de carrera, sin temer el camino ni advertir en el paradero. Siempre sigue el furor, y como bestia mal domada no se deja ensillar de razon, y alborótase sin ella no sufriendo ni aun la muy ligera carga. De tal manera desbarra, que ni aun con su enojo propio se sosiega; y siendo esta furiosa fiera, solo con la humildad se corrige. Esta es la tierra contra quien su fuerza no vale; su contrayerva donde se halla fiel reparo: de suerte, que no hay esperar cosa en el mozo que no fuere humilde, por ser la juventud puerta del pecado. Criéme consentido, no quise ser corregido; y como la prudencia es hija de la experiencia que se adquiere por transcurso de tiempo, no fuera mucho si errara como mancebo; mas que habiéndome sucedido lo que ya de mí has oido en los amores de Malagon y Toledo, y debiendo temer, como gato escaldado el agua fria, diese mas crédito á mugeres y me quisiese dejar llevar de sus enredos, que no conociese con tantas experiencias tales, que siempre nos tratan con cautela; ó nace de mucha simplicidad nuestra, ó

demasiada pasion del apetito : y aquesto es lo mas verdadero y cierto. Y á Dios pluguiera que aquí parara y en este puerto diera mi plus ultra, plantando las columnas de mi escarmiento sin que, como verás adelante, no reincidiera mil veces en esta flaqueza, sin poderme preciar de que de alguna hubiese salido con bien de la feria. Mas como el que ama siempre hace donacion á quien ama de su voluntad y sentidos, no es maravilla que como ageno de ellos haga locuras, multiplicando los disparates. El embajador mi señor amaba una señora principal y noble llamada Fabia. Era casada con un caballero romano, á la cual yo paseaba muy à menudo, y no con pequeña nota, pues ya por ella estaba indiciada sin razon; porque de su parte jamas hubo para ello algun consentimiento ni causa. Mas como todos y cada uno puede amar, protestar, y darse de cabezadas contra la pared sin que la parte contraria se lo impida, mi amo hacia lo que su pasion le dictaba, y ella lo que á su honra y á la de su marido le convenia. Verdad es, que no estábamos tan ciegos que dejásemos de ver por la tela de un cedazo, faltándonos de todo punto la luz : alguna llevábamos, aunqué poca. El marido era viejo, mezquino y mal acondicionado : mirad qué tres enemigos contra una muger moza, hermosa y bien traida. Con esto y con que una familiar criada suya doncella

que habia sido, era prenda mia, crei que por sus medios y mis modos con las ocasiones dichas, pudiéramos fácilmente ganar el juego. ¿ Mas quien sino mi desdicha lo pudiera perder, llevando tales triunfos en la mano ? Salióme todo al reves; no es todo fácil cuanto lo parece : virtudes vencen señales, y nada es parte para que la honrada muger deje de serlo. Cuando esta supo lo que con su criada me pasaba, procuró vengarse de ambos á su salvo y mucho daño de nuestro amor y de mi persona en especial ; porque como me viese solicitar esta causa tanto, y su doncella dama mia por mis intereses y gusto ayudase con todo su cuidado en ello, haciendo á tiempos algunas remembranzas, no dejando pasar carta sin envite y aun haciendo de falso muchos con rodeos, que nunca le faltaban; de tal manera, que como la honrada matrona se viese acosada en casa y ladrada en la calle de los maldicientes, no hizo alharacas, melindres, ni embelecos de los que algunas acostumbran para calificar su honestidad y con aquel seguro gozar depues de su libertad, que la muger honrada con medios honrados trata de sus cosas no dando campanadas para que todos la oigan y censuren, y que cada cual sienta de ellas como quisieren ; porque como son los buenos menos, los mas juzgan mal, por ser malos ellos, y aquella voz ahoga, como la cizaña el

trigo. Como esta señora era romana hizo un hecho romano : conociendo su perdicion acudió al remedio con prudencia, fingiéndose algo apasionada y aun casi rendida. Un dia que la criada le metió cierta coleta en el negocio, se le mostró risueña y con alegre rostro le dijo : Nicoleta, que asi se llamaba la moza, yo te prometo que sin que hubieras gastado conmigo tantas invenciones, ni palabras estudiadas, me hubieras ya rendido la voluntad que tan salteada me tienes, porque yo se la tengo á Guzman y á su buen término, demas que su amo merece que cualquiera muger de mucha calidad y no tan ocasionada, huelgue de su amistad y servicios : mas como sabes y has visto, no sé como sea posible ser nuestro trato seguro de lenguas, pues aun faltando causa verdadera y no habiéndose dado de mi parte algun consentimiento á lo que por ventura deseo, ya se murmura por el barrio y en toda Roma, lo que aun en mi casa y contigo que sola pudieras venir á ser el instrumento de nuestros gustos, no he comunicado ; y pues ya está en términos que la voz popular corre con tanta libertad, y yo no la tengo para resistirme mas amor de aquese caballero, lo que te ruego es que lo dispongas y traces con el secreto mayor que sea posible : dile á Guzman que acuda por acá estas noches para que una de ellas le des entrada, y ver conmigo si se ofreciere

oportunidad, para tratar algo de lo que deseamos. Nicoleta se arrojó por el suelo de rodillas, no sabiendo qué besar primero si los pies, ó las manos; y con la cara encendida en fuego de alegría no cesaba de rendirle gracias, calificando el caso y afeando las faltas de su viejo dueño. Traíale á la memoria las pasadas pesadumbres, mala condicion y sequedades que con ella usaba, para con ello mejor animarla en la resolucion que simplemente creió haber tomado. Con esto se vino á mí desalada, los brazos abiertos y enlazándome fuertemente con ellos, me apretaba pidiéndome las albricias, que despues de ofrecidas me resfrió lo pasado. Yo con ella por la mano (como quien lleva despojos de alguna famosa victoria) nos entramos en el retrete de mi amo, donde con grande regocijo celebramos la buena nueva, dando trazas de la hora, como y por donde habia yo de poder entrar á hablar con Fabia; y dando mi amo á Nicoleta un bolsillo que tenia en la faltriquera con unos escudos españoles, hacia como que no queria recibirla; mas nunca cerró el puño, ni encogió la mano; antes por la vergüenza la volvió atras como el médico, y con una risita le daba gracias por ello. Con esto se depidió de él, y de mí: quedóse mi amo dándome cuenta de sus amores, y yo á él parabienes de ellos, con que pasámos toda aquella tarde. Ya despues de anoche-

cido, á las horas que tenia de órden, fuí á mi puesto, hice la seña, mas ni aquella noche, ni en otras tres ó cuatro siguientes tuvo lugar el concierto. Llegóse un dia que habia muy bien llovido menudico y cernido, y á mis horas vine á correr la tierra con lodos, como dicen hasta la cinta: llegué algo remojado, anocheció muy obscuro, y asi fué todo para mí: mi suerte, que no debiera, llegó á tener efecto. Como para las cosas de interes y gusto importe tanto despedir el miedo y acometer las dificultades con osado ánimo, yo le mostré aquella vez mas de lo que importaba, pues con agua del cielo y barro en el suelo, la noche tenebrosa, y dándome con la frente por las esquinas, vine al reclamo. Luego fuí conocido, empero hiciéron por un rato estarme mojando, y tanto que ya el agua que habia entrado por la cabeza, me salia por los zapatos: mandáronme esperar un poco, y cuanto ya no lo habia en todos mis vestidos ni persona que no estuviese remojado mucho, sentí que muy pasito abrian la puerta y á Nicoleta llamarme. Parecióme aquel aliento que salió de su voz de tanto calor, que me dejó todo enjuto: ya no sentia el trabajo pasado, con la regalada visita de la fregoncilla de mi alma y esperanzas de gozar la de Fabia. Poco habíamos hablado, porque solo me habia dado el bien venido, cuando bajó la señora, y dijo á su criada:

Oyes, Nicoleta, sube arriba y mira lo que tu señor hace; y si llamare, avísame de ello, en tanto que aquí estoy con el señor Guzman hablando. A todo esto estábamos á obscuras, que ni los bultos nos veíamos ó con dificultad muy grande, cuando me comenzó á preguntar por mi salud, como si me la deseara ó le fuera de importancia ó gusto. Yo le repliqué con la misma pregunta; díle un largo recado de mi amo en agradecimiento de aquella merced y ofrecile á su servicio con una elegante oracion que tenia estudiada para el propio efecto; mas antes de concluirla, en la mayor fuerza de ella, ganada la benevolencia, no la pude hacer estar atenta, ni volverla dócil, porque alborotada con un improviso, me dijo: Señor Guzman, perdone por mi vida, que con el miedo que tengo todos pienso que me acechan. Éntrese aquí dentro, y allí frontero hay un aposento: váyase á él, y aguarde en tanto que voy á dar una vuelta por mi casa y aseguro mi gente, presto seré de vuelta, no haga ruido. Yo la creí, entréme de hilo; y pareciéndome que atravesaba por algun patio, quedé metido en jaula en un sucio corral, donde á dos ó tres pasos andados tropecé con la priesa en un monton de basura, y dí con la cabeza en la pared frontera tal golpe, que me dejó sin sentido; empero con el que me quedaba, poco á poco anduve las paredes á la redonda,

tentando con las manos como los niños que juegan á la gallina ciega, en busca del aposento, mas no hallé otra puerta que la por donde habia entrado. Volví otra vez, pareciéndome que quizá con el recio golpe no la hallaba, y vine á dar en un callejoncillo angosto y muy pequeño, mal cubierto, y no todo, donde solo cabia la boca de una media tinaja; lodoso y pegajoso el suelo y no de muy buen olor, donde ví mis daños y consideré mis desventuras. Quise volverme á salir, y hallé la puerta cerrada por defuera. El agua era mucha, fuéme forzoso recojerme debajo de aquel avariento techo y desacomodado suelo. Allí pasé lo que restó de la noche, harto peor para mí que la Toledana y no de menor peligro que la que tuve con el Genoves mi pariente. No solo me afligia el agua que llovia, que aunque no venia cernida, caíame á canal, y cuando menos goteando. Mas consideraba que habia de ser, que pues me habian armado aquella ratonera, sin duda por la mañana seria entregado al gato. Tras esto me venian luego á la imaginacion otros discursos con que me consolaba, diciendo: Líbreme Dios de la tramontana de esta noche y déjeme amanecer con vida que cuando el patron de la nave aquí me halle, todo será decirle que su criada me trajo, y que soy su marido, porque será menor daño casarme con ella que verme desencajar los

huesos á tormentos para que diga lo que buscaba, si acaso con eso se contenta, y no me da de puñaladas y me sepulta en este mal cementerio acabando de una vez conmigo. En esto iba y venia, hasta que ya despues de las dos de la madrugada me pareció que ya abrian la puerta, con que todo lo pasado se me hizo flores creyendo seria Fabia que volvia; mas cuando á la puerta llegué y la hallé sin cerrojo ni persona viviente por todo aquello volví á cobrar con mayor temor mis pasadas imaginaciones, creyendo que detras de alguna pared ó puerta de la casa esperaban que saliese para con mayor seguro y facilidad quitarme la vida. Desembainé la espada y en otra mano la daga; fuí poco á poco reconociendo con la escasa luz de la madrugada los pasos por donde me habian entrado, que no eran muchos ni dificultosos; empero con mas miedo que vergüenza llegué á la puerta de la calle que hallé tambien abierta. Cuando puse los pies en el umbral, abrí los ojos, y vi que lo pasado habia sido castigo de mis atrevimientos; y que aunque la burla fué pesada, pudiera serlo mas y peor. Consoléme y reconocíme; sentí mi culpa, y en este pensamiento llegué hasta mi casa, donde entrando en mi aposento me desnudé y metíme revuelto entre las frazadas, para cobrar algun calor del que con el agua y sustos habia perdido. De esta manera pasé

hasta casi las diez del dia sin poder tomar sueño de corrido, pensando y vacilando en lo que podria responder á mi amo; porque si decia la verdad fuera con afrenta notable mia, y me habian de garrochear por momentos, dándome con aquella burla por las barbas riéndose de mí los niños. Negárselo y entretenerlo tampoco me convenia, pues ya Nicoleta le habia cogido las albricias, y pareceríale invencion para llevarle su dinero. Todas eran matas y por rozar; de una parte malo y de la otra peor; si saltaba de la sarten habia de dar en las brasas. Y pensando en hallar un medio de buen encaje, veis aquí donde un criado tocó en mi aposento que Monsieur me llamaba. ¡ Ó desgraciado de mí ! dije luego, ¿qué haré, que me cogen las manos en la masa, y al pie de la obra, el hurto patente, y por prevenir el despidiente : ánimo, ánimo, me respondí, cuando te suelen á tí arrinconar casos como este, Guzman amigo ? Aun el sol está en las bardas, el tiempo descubrirá veredas ; quien te sacó á noche del corral, te sacará hoy del retrete. Tomé otro de mis vestidos, y tan galan, como que tal por mí no hubiera sucedido; subí adonde me llamaba el embajador mi señor. Preguntóme ¿ como me habia ido? ¿ y como no le habia dado cuenta de lo pasado con Fabia ? Respondíle que me tuviéron en la calle hasta mas de media noche aguardando la

vez y últimamente la tuve mala, y nació hija, pues no fué posible hablarme ni darme puerta. Tambien le dije, que me queria volver á echar, porque no me sentia con salud por entonces. Dióme licencia, subíme á la cama, desnudéme y comí en ella y asi me quedé hasta la tarde, trazando mil imaginaciones, alambicando el juicio, sin sacar cosa de jugo ni substancia. Como con el enojo y pensamientos no tomaba reposo, ni de un lado tenia sosiego ni del otro, de espaldas me cansaba y sentado no podia estar, determiné levantarme. Ya tenia los vestidos en las manos y los pies fuera de la cama, cuando entró en mi aposento un mozo de caballos, y dijo: Señor Guzman, abajo en el zaguan estan unas hermosas que le llaman. Ó que les venga el cáncer, dije. Díles que se vayan al burdel ó que no estoy en casa. Parecióme que ya toda Roma sabia de mi desdicha y que serian algunas maleantes que me venian á requerir con algun ladrillejo: receléme de ellas, hice que las despidiese, y asi se fuéron. Aquella noche me mandó mi amo continuar la estacion: respondíle hallarme mal dispuesto, por lo cual quiso que me retirase temprano y avisase de lo que habia menester; y si fuese necesario llamar al médico. Beséle las manos por la merced muy á lo regalon, y volvíme á mi aposento, donde me recogí solo como aquel dia lo habia hecho,

Por la mañana del siguiente amaneció conmigo un papel de mi Nicoleta, quejándose de mí, porque habiéndome venido á visitar el dia pasado, no le habia querido hablar, ni darle aviso de lo que la noche antes habia tratado con su ama; que ocasion tuve pues habia pasádose aquella noche sin dar vuelta por aquella calle, y que me habia esperado hasta mas de las doce. Añadió á esto otras palabras que me dejáron tan sobresaltado como confuso. Y para salir de duda, le respondí por otro billete que aquel dia por la tarde la visitaria por la calleja detras de la casa. Estaba la de Fabia entre dos calles, y á las espaldas de la puerta principal habia un postigo, y encima de él un aposento con una ventanilla por donde cómodamente podia Nicoleta hablarme de dia por ser calleja de mal paso, angosta, y llena de lodo; y entonces lo estaba tanto, que mal y con trabajo pude llegar al sitio. Cuando en él estuve, me preguntó, ¿qué habia sido de mí? ¿qué grande ocasion pudo impedirme, que la noche antes no la hubiera visitado, cuando no por ella debiera hacerlo por su ama? Formaba muchas quejas culpando la inconstancia de los hombres, como no por amar sino por vencer, seguian á las mugeres, y en teniéndoles alguna prenda las olvidaban y tenian en poco. De esto y de lo que profesaba quererme, conocí su inocencia y la ma-

licia de Fabia, pues nos queria engañar á entrambos; y díjele: Nicoleta mia, engañada estás en todo, sabe que tu señora nos ha burlado: referíle lo que me habia sucedido, de que se santiguaba, no cesando de hacerse cruces pareciéndole no ser posible. Yo estaba muy galan, perniabierto, estirado de cuello, y tratando de mis desgracias, muy descuidado de las presentes que mi mala fortuna me tenia cercanas; porque aconteció que como por aquel postigo se servian las caballerizas, y se hubiese por él entrado un gran cebon, hallóle el mozo de caballos hozando el estiércol en junto de las camas y todo esparcido por el suelo, tomó bonico una estaca, y dióle con ella los palos que pudo alcanzar. El era grande y gordo, salió como un toro huyendo; y como estos animales tienen de costumbre ó por naturaleza, caminar siempre por delante y revolver pocas veces, embistió conmigo, cogióme de bola, quiso pasar por entrepiernas, y llevóme á horcajadillas sin poderme cobrar ni favorecer: cuando acordé á valerme, ya me tenia en medio de un lodazal, y tal, que por salvarlo, para que me sacase de él convino el abrazarle por la barriga con toda mi fuerza, y como si jugáramos á quebranta barriles, ó á punta con cabeza, dándole aldabadas á la puerta falsa, con hocicos, y narices me traspuso (sin poderlo escusar, temiendo no caer

en el cieno) tres ó cuatro calles de allí, á todo correr y gruñir, llamando gente, hasta que conocido mi daño, me dejé caer sin reparar adonde; y me hubiera sido menos mal en mi callejuela; porque supuesto que no fuera tanto, ni tan público, tenia cerca el remedio. Levantéme muy bien puesto de lodo, silvado de la gente, afrentado de toda Roma, tan lleno de lama el rostro y vestido de pies á cabeza, que parecia salir del vientre de la ballena. Dábanme tanta grita de puertas y ventanas, y los muchachos tal priesa, que como sin juicio buscaba donde esconderme. Vi cerca una casa, donde creí hallar un poco de buen acogimiento: entréme dentro, cerré la puerta, haciéndome fuerte contra todo el pueblo que deseaba verme: mas no me aconteció segun lo deseaba, que al malo no es justo sucederle cosa bien; pena es de su culpa, y asi lo fué de la mia el mal recibimiento que allí me hiciéron, como lo sabrás en el siguiente capítulo.

FIN DEL CAPÍTULO QUINTO Y DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA

DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

FIN DE LA TABLA.

Lyon, Imprenta de C. Coque, calle del palacio del Arzobispo.




9 MAY 1914

